

1.9-809

RÉCUERDOS DE LA VIUDA DE MIGUEL HERNANDEZ

P R E F A C I O.

Muchos amigos de Miguel Hernández me han pedido, en numerosas ocasiones, que escribiera mis recuerdos sobre él. Esto, unido a ciertos errores sobre la vida de Miguel que he observado en las biografías y en artículos de prensa, me ha movido a escribir estas páginas. Haber escrito esto, para mí que no soy de la familia de las letras, ha sido un gran trabajo. Pero como deber que me había impuesto, aquí están mis recuerdos, que cedo a los aficionados de la obra y la vida de Miguel, lo que para mí es una satisfacción. También me satisface y es mi obligación rechazar versos que le aplican a su obra sin documento que lo acredite. Al tiempo que aclaro frases y pasajes de su correspondencia conmigo.

Por otra parte me atrevo a poner el ambiente mío de antes de conocernos, que fue el mismo que vivió Miguel. Y otros ambientes de miseria e ignorancia de familia y otras gentes, pobreza e injusticia que Miguel resalta y defiende durante su obra.

Me estuvo pretendiendo Miguel desde el año 1939 hasta el 27 de septiembre del 34. Pasaba varias veces por la puerta del taller de la calle Mayor, en Orihuela, donde yo trabajaba de modista. Siempre llevaba papeles; entonces trabajaba en la Notaría de D. Luis Maseres. Miraba hacia dentro del taller y me di cuenta que me miraba a mí. Otra chica también se dio cuenta y dijo: "El poeta quiere a una chica de aquí y yo sé quién es". Al descubrirse, cada vez que Miguel pasaba decían todas: "El poeta". A Miguel no le gustaba aquello y me decía que les iba a echar una fresca. Yo sabía cuando iba a pasar porque pisaba muy fuerte y oía a lo lejos los tacones. La maestra que era muy guasona y me decía: "Josefina el poeta lleva el pantalón redondo. Yo no sabía qué me quería decir y era que lo llevaba planchado sin doble porque no le gustaba a él con esa forma tan planchado.

La costumbre que había entonces era la de no admitir a un chico enseguida. El me esperaba en la puerta del taller y yo, al salir, me ponía en medio, entre dos compañeras. Siempre me preguntaba con mucho interés, cómo me llamaba y yo nunca se lo dije. Un día por la tarde, al salir del taller, ya finalizando la calle Mayor, me dio un papel doblado dos veces y se fue deprisa. Yo lo tomé de improviso y me quedé pensando que él creería que yo le quería. La poesía era la que empieza así: "ser onda, oficio, niña, es de tu pelo". Está escrita a máquina y con la letra suya puso junto a su nombre esta frase: "Para tí".

Ser onda, oficio, niña, es de tu pelo,
nacida ya para el marero oficio;
ser graciosa y morena tu ejercicio
y tu virtud más ejemplar ser cielo.

¡Niña!, cuando tu pelo va de vuelo,
dando del viento claro un negro indicio,
enmienda de marfil y de artificio
ser de tu capilar borrasca anhelo.

No tienes más que hacer que ser hermosa,
ni tengo más festejo que mirarte,
alrededor girando de tu esfera.

Satélite de tí, no hago otra cosa,
si no es una labor de recordarte.
¡Date presa de amor, mi carcelera!

Un día iba yo con una amiga por el jardín de la Plaza nueva, Plaza de la República entonces. El iba con un chico que le decían Gemestar; éste se puso al lado de mi amiga y Miguel aprovechó la ocasión y me dijo si quería una barca para pasar un charco muy grande que había en el jardín de haberlo regado. Aún dimos unas cuantas vueltas, paseando por allí, acompañándome después hasta la calle del Río. No quise que llegara hasta la puerta del cuartel donde yo vivía. Dos días después era su Santo, y me trajo una caja de bombones.

Otro día me decía que me tenía que decir una cosa que yo nunca quise que me la dijera. Al poco tiempo hablábamos en la puerta del cuartel en un rellano, a la izquierda, donde había una columna. Miguel, en muchas de sus cartas, nombra la columna. En una de ellas me decía:

"Dime si se ha caído la columna del cuartel donde hemos pasado tantas horas disputando y queriéndonos. Si se ha caído habrá sido de pena de no tenernos a su lado nosotros".

Al cuartel le decían la casa del Paso. Aunque su interior era deteriorado y desagradable, éste era un edificio muy bonito e importante y es una pena que ahora sea un solar. Era pasje y, al salir, había una placeta a donde daban mis balcones y allí me silbaba Miguel; yo me asomaba al balcón, lo veía y bajaba. Un día que oí el silbido, a la misma hora, me extrañó no ver a Miguel cuando me asomé al balcón. Bajé y entonces venía Miguel; le pregunté por qué me había llamado y se había ido, y me dijo que no me había llamado. Nos quedamos confusos, hasta que comprobamos que un loro que tenían en el balcón se había aprendido el silbido de Miguel y siempre silbaba a la misma hora que Miguel venía, pero ya no me engañaba.

Al principio, a veces, nos reíamos jugando a un juego que se llamaba "veo, veo" y lo que decíamos que veíamos se tenía que encontrar,

en donde estábamos. Yo nunca acertaba y Miguel tenía que terminar diciéndomelo. Se decía así: "Veo, veo ¿Qué ves?...una cosa que empieza por "cu". Resultó siendo "Cutis". Otras veces le gustaba recitarme poesías como la "La casada infiel"; otras veces imitaba el lenguaje de los pájaros con toda exactitud. A mí me asombraba y me imponía. Me contaba que en el huerto tenía paleras de higos chumbos y cuántas veces grababa en las paleras pequeñas mi nombre y observaba cómo, al ir creciendo la palera, crecía mi nombre.

Yo quería que viniera los domingos por la mañana también, y pocas veces lo hizo, porque decía que, a mediodía, se bañaba en el río y le era muy molesto quitarse la ropa del domingo y volvérsela a poner otra vez por la tarde. Miguel se reía mucho cuando me echaban un piropo yendo con él. Un día se puso uno delante de nosotros diciéndome que estaba "amamosica". y después en muchas cartas me preguntaba si seguía siendo tan "amamosica". Hay simples cosas que no se me ocurrirían aclararlas si no es por que Miguel me las nombra en sus cartas. También en las cartas dice mucho "hermosa vaca", porque los campesinos labrando con ellas, cualquier cosa que les digan a las vacas las llaman hermosa, como por ejemplo: "Toma, hermosa". Entonces, en Orihuela, cuando le decían a alguna cosa hermosa, la otra persona contestaba: "Vaca".

Los domingos paseábamos dando la vuelta por los puentes y por el camino de la estación, donde a un lado del paseo había un bancale de lechugas y era costumbre comprar una y comerla por el paseo. Todas las semanas compraba Miguel una revista que se llamaba "Cinegramas" con las fotografías y parte de la biografía de muchos artistas famosos y me decía que los actores que más le gustaban. Decía que el mejor era Charlot. Un día me contaba un chiste. Decía que en Norteamérica hicieron un concurso con primer premio, segundo y tercero, para quien más se pareciera a Charlot. Charlot se enteró, y se presentó al concurso consiguiendo el segundo premio. ¡Con qué risa me lo contaba! También decía que eran buenos actores Clark Gable, Gary Cooper y otros de esa época. De las actrices, le gustaba Greta Garbo, Marlene Dietrich, Claudette Colbert, Joan

Crawford y otras por el estilo. Tengo una fotografía hecha en la sierra de San Miguel donde fuimos a merendar, en la que estamos leyendo la revista. En sus cartas desde Madrid me nombra la revista que seguía comprando, y me envía una fotografía con su hermana y su sobrina en brazos, y me encarga que la rompa en cuanto la vea porque lo han sacado tuerto. Su hermana lleva la revista en la mano. Esta fotografía se la dio la familia de Miguel a Claude Couffón que la publicó en una edición que lleva cartas y poesías de Miguel inéditas sin pedirnos permiso. Así fue la actitud de éste señor.

Al cine sólo fuimos una vez; a mí me gustaba más pasear o sentarnos en un banco. Además, me dolía que se gastara el dinero que yo veía que necesitaba.

Tampoco quise que me hiciera ningún regalo y le decía que lo que tuviera que gastar conmigo se lo diera a su madre. Un domingo, estábamos sentados en un banco de la glorieta y nos dimos cuenta que nos acompañaba, detrás de nosotros un rosal de rosas rojas. Miguel cogió una, la besó y por gusto suyo la llevé toda la tarde puesta en el pecho, diciéndome qué, en cada carta, le enviara un pétalo besándolo. Desde Madrid me decía:

"Sigue mandándome hasta el último pétalo de tu rosa y mía, que así me creeré que el tiempo no pasa, y que estoy en Orihuela todavía como cuando la besamos en los andenes de la estación."

Yo se lo mandaba y me decía en su carta los besos que él le daba.

Hace poco me encontré en un sobre de sus cartas un pétalo de aquellos, y ahora era yo quién lo volvía a besar y lo guardo como verdadero recuerdo.

Al poco tiempo de ser novios, una chica que trabajaba conmigo, vecina de Miguel, me dijo que Miguel venía de raza gitana. A mí me sorprendió mucho eso, y por la noche, cuando vino, se lo pregunté y me dijo que eso lo decían porque su abuelo materno había sido tratante en caballerías, que es también lo que hacen los gitanos.

Lo pasábamos muy poco tiempo juntos. El venía a verme ya de noche. El cuartel lo cerraban muy temprano y me tenía que retirar an-

tes de que lo hicieran; si no, tenía que llamar al guardia que estaba de puertas y ponía mala cara; además, mi padre no quería que molestara. Miguel le pidió a mi padre permiso para hablar conmigo, cuando formalizamos las relaciones, pero a mí no me gustaba que entrara en mi casa, porque mi padre tenía que pedirle permiso al comandante de puesto, y éste reunir a todos los guardias notificándoles que entraría un extraño en el cuartel.

A Miguel le gustaban mucho los niños y mis hermanas se encariñaban con él. Cuando salían del colegio, que estaba cerca de su casa, iban a verlo, se asomaban por la pared del huerto y dicen ellas que siempre lo veían sentado en el suelo con la espalda pegada al tronco de una higuera, leyendo y escribiendo.

Ellas le tiraban piedrecitas y él levantaba de pronto la cabeza, se levantaba, las hacía pasar y les daba higos. Les daba recuerdos para mí y alguna nota; en una de ellas decía:

"Josefina, perdóname lo que pasó anoche";

se refería al beso que le dio al aire, que después puso en este soneto de "El rayo que no cesa".

Te me mueres de casta y de sencilla:
estoy convisto, amor, estoy confeso
de que, raptor, intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,
y desde aquella gloria, aquel suceso,
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente
el pómulo te tiene perseguido,
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!
para que no se vicie y se desmande.

Fuimos a merendar un día, con mi amiga y su novio, a San Miguel. Era costumbre ir allí de merienda, principalmente los días de Pascua. ¡Cuántas veces había yo subido a San Miguel con alegría, y la última vez qué triste!... Esta merienda era de despedida por su viaje a Madrid. Al poco tiempo de estar en Madrid, donde trabajaba en Espasa Calpe, en una Enciclopedia taurina, iba cambiando y yo encontraba muy extraña su actitud. Me decía en sus cartas cosas que a mí no me gustaban, y yo no le contestaba a ellas. Yo, a pesar de to-

do, tampoco estaba dispuesta a aguantar y deseaba terminar con esa situación.

En el mes de agosto de 1935 vino de vacaciones y cuando fue a saludarme dándome la mano, le dije que no se la daba porque no me quería; él me contestó que sí que me quería, pero que no pensaba casarse. Al oír yo eso le dije que me trajera mis cartas y retratos y me subí a mi casa. Al día siguiente silbó en la placeta y yo mandé a una de mis hermanas a que le diera las cartas y retratos. Yo no quise salir en todo el mes sino solamente a trabajar. No quería verlo ni que me viera. Cuando se marchó a Madrid, me enteré de que, bañándose en el río se había herido la frente.

Estuvimos seis meses disgustados, yo no salía de paseo; durante este tiempo, me aburría mucho, además que no quería que le dijera nadie que me había visto. Por otra parte, como yo le quería y sabía que él me había querido, confiaba en su vuelta y no quería dar lugar a que se me acercara otro chico y, mientras se hacía pesado para irse, me viera alguien y le dijera que yo iba con otro. A los seis meses le escribié a mi padre preguntándole si yo tenía otro novio, y mi padre le contestó que no, pero que él desde allí no podía comprobar. Luego me escribié a mí diciéndome que no había dejado de quererme y que se dio cuenta enseguida del error y no quiso volver enseguida por si yo no le quería ya. A partir de entonces empezaron sus cartas afirmativas y de mucho entusiasmo con los encabezamientos "Locura, amor y querer". Yo sentía mucho que hubiera habido esa mancha en nuestro amor y él decía que así estábamos más seguros de nuestro cariño. Por mi parte yo le quería igual que al principio, no tenía necesidad de alejamientos para estar segura de mis sentimientos. Cuando lo conocí, sabía que era el hombre definitivo de mi vida.

. . .

Recuerdo que en el año 1936 le envié a Miguel una corbata dentro de una carta. A él le había gustado mucho el color de un vestido que yo llevaba cuando nos despedimos en la estación de Orihuela, en mi traslado a Elda, en el mes de abril. "Me gustaría para corba-

ta" me había dicho Miguel, la tela esa de lunares negros sobre fondo blanco. Miguel le dio mucho sainete al envío de la corbata, diciéndome en muchas cartas la alegría que se había llevado. En una me decía:

"Mándame otra a ver si me vuelvo loco del todo y me tienen que llevar a tu manicomio. Pero no me la mandes, que loco del todo sólo me volverás más de lo que ya estoy tú, y tú no puedes venir, doblada en una carta y sólo vendrás doblada en mí que quiero llevarte siempre al cuello como mi corbata mejor y la única que no desecharé nunca y querré siempre".

El manicomio estaba en Elda; ahora está en Alicante. En sus cartas a Elda, en esa época, pone mucho en tema el manicomio. En Orihuela nombraban el manicomio a través de Elda. Así por ejemplo, solían decirle a cualquier persona de carácter alegre y alocado: "Estás para que te lleven a Elda".

El me regaló a mí un pañuelo y un jersey que me trajo de Madrid, en agosto del mismo año. Un jersey azul con el canesú blanco que estrené en esos primeros días de agosto hasta el 13 del mismo mes que me puse luto para toda la vida. El jersey era tan bonito y me gustaba tanto, más por ser un regalo de él, que no lo quise tinter negro. Pensaba ponérmelo algún día. A su hermana Encarnación le había traído otro, pero ella también se acordó del mío y cuando ya casados íbamos a Orihuela, un día me lo pidió. Yo me llevé un disgusto porque me dio reparo de decirle que no se lo daba, pero cada vez que íbamos a Orihuela me lo pedía y yo simulaba olvido. Su madre siempre presenciaba la escena, y le dijo un día: "Hija, le pides los huevos a un caballo que vaya corriendo". Un día no me pude escapar. Se iba Miguel a Orihuela solo y me pidió el jersey para su hermana. Se lo di, quedándome con un gran disgusto sin decirle nada, aunque mi seriedad se lo dio a sentir. Esta hermana de Miguel siempre estaba en casa de sus padres. El marido era panadero y se hicieron un horno pequeño en el corral de esta casa donde hacían pan de straperlo. Después, su padre les vendió la casa en dieciséis mil pesetas.

Ellos también la vendieron más tarde y se compraron un solar en donde hicieron un edificio-vivienda y un horno ya autorizado en donde habitan en la actualidad. Recuerdo una de las veces de las que

entré a ver a Miguel a la enfermería con su hermana Elvira. Le preguntó Miguel por ellos diciendo que no le escribían y Elvira le contestó que no podían porque estaban muy atareados con el negocio. Miguel dijo estas palabras: "Cojones, pero ni una carta siquiera".

. . .

Miguel le pedía a mi prima Carmen la máquina de escribir, cuando tenía que copiar las buenas remesas de sus escritos. Esa máquina ya no es útil. Santiago me la ofreció, y me dijo que aunque la máquina ya no vale como tal, si la quería conservar por el recuerdo de haber escrito Miguel en ella. Santiago es hijo de mi prima: él no había nacido todavía cuando Miguel escribía en la UNDERWOOD aquellos poemas "Hijo de la luz y de la sombra" "A mi hijo" etc. Y por ese motivo la conservo desde hace unos cuantos años.

Pocos objetos se pueden guardar de Miguel; no tenía nada. Hasta en su boda no recibió más que un regalo. Fue de Vicente Aleixandre: el reloj que tuvo que vender por pura necesidad en Rosal de la Frontera. El se lamentaba y decía: "El único obsequio que he tenido en mi casamiento ha sido el de Vicente. Mira que no regalarme nada mis hermanas"? Lo decía con tristeza, como si hubiera sido un desprecio recibido de esas hermanas que él había querido tanto. Y yo recuerdo cómo sus hermanas obsequiaron a su otro hermano, a Vicente, en los dos casamientos. Recuerdo que el regalo que le hizo Encarnación a su hermano Vicente en su segundo matrimonio era un frutero, según las costumbres que habían en Cox, donde yo vivía entonces, que al novio se le regalaba algo propio para él y a la novia cualquier objeto necesario de mujer, o se les daba dinero.

Encarnación dijo que era un regalo para la casa, para los dos.

Aquí coincidía que Rosario, la novia, era prima del marido de Encarnación, y primas hermanas eran Rosa y Rosario, las dos esposas de Vicente. Vicente enviudó a los diez o doce meses de casarse, murió Rosa de una embolia, al dar a luz una niña que también murió, un mes después que ella. Del segundo matrimonio ha dejado viuda y dos hijos ya casados.

Vicente falleció el día 2 de agosto de 1979, a los 73 años. Es-

tuve ese día en su casa acompañando a su cadáver. Allí se hablaba de todo, como ocurre en los entierros. Era el día de Nuestra Señora de los Angeles, y hubo quien comentó que a Vicente se lo habían llevado los ángeles del cielo.

En la casa a pleno duelo, una señora recitó con gran devoción una larga poesía suya, dedicada a Miguel. Después nos fuimos a la iglesia a oír misa en acto insepulto. En el cementerio presencié cómo tabicaba el sepulturero.

. . .

Era bonito el abanico que me trajo Miguel de Valencia. Yo se lo encargué negro, y así me lo trajo, pero con unas flores en el centro. Entonces estaba yo metida en mi luto riguroso por la muerte de mis padres, y le hice cambiarlo por otro completamente negro, el que guardo por ser un recuerdo de aquel tiempo nuestro.

Me es molesto el abanico, lo mismo que llevar guantes. Me enseñó mi amiga Carmen a llevar guantes. Más por señoritingo, que por el frío que hacía. Ella llevaba luto por la muerte de su madre, tenía un abrigo negro con el cuello de piel que yo me provaba muchas veces delante del espejo haciendo posturas. A mí me gustaba el luto y deseaba llevarlo. Seguramente ella despertó mis gustos sobre el color negro. Cuando murió mi abuelo Carmelo fue la ocasión, a pesar de lo mucho que sentí su muerte.

Me puse luto, ¡y tan riguroso! Toda la ropa que tenía me la tinté de negro.

Aquel vestido tan bonito verde, de lana con un dibujo fino diagonal, de corte de capa, y aquel de crespón encarnado. ¡Qué conforme iba yo tan enlutada, con aquellas medias negras, mis guantes negros y velo! Iba yo tan rigurosa como mi madre por ser su padre el que había muerto. Tengo presentes unas palabras de mi madre cuando una vecina le dio el pésame. "Es que decir padre es muy dulce". ¿Qué tiempo hace de todo esto? Si saco cuentas, salen 48 años. Todavía llevé luto. El que me puse con el mayor sentimiento. Aquel primer luto me lo quité al año, y después vino el "Alivio de luto". Todos esos vestidos que me había tintado, fueron combinados con blanco. A los veinte años,

el mismo día que los cumplí, murió mi otro abuelo, y otra vez volví al negro.

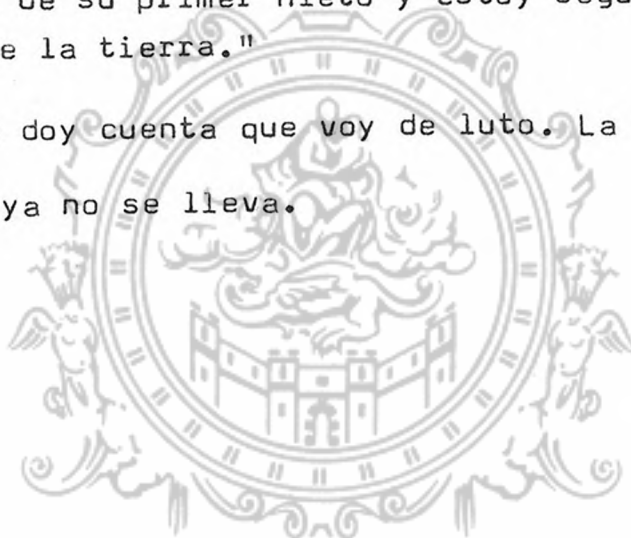
A Miguel no le gustaba que fuera vestida de negro, y combatía mucho conmigo sobre eso:

"Quítate el luto, Josefina querida, para cuando yo vaya, que es un color que no me gusta nada y me da angustia verlo encima de un cuerpo de mujer."

Y en otra carta:

"Además, el abanico, que compraré a disgusto porque tendrá que ser negro forzosamente. Cuando nazca nuestro hijo debes quitarte el luto, mujer mía. Yo respeto la muerte de nuestros padres que quiero contigo y los conservo en mi recuerdo vivos como tú, pero ellos no pueden ver con malos ojos que su Josefina mía se quite el color riguroso a la venida de su primer nieto y estoy seguro de que se alegrarán desde la tierra."

Yo ya no me doy cuenta que voy de luto. La gente me lo recuerda y me dice que ya no se lleva.



11

Se dice que Miguel guardaba con cariño el original de todo lo que escribía en sus primeros tiempos, hasta el cuaderno que dicen de adolescencia.

Yo no lo creí así, por el mal estado de conservación en que se hallaban sus papeles en un armario viejo con rendijas, que había en una habitación cerca del corral. Por cierto, muchos de sus papeles están con agujeros comidos por la polilla y manchados de fruta. Aunque en sus tiempos los apreciara, como es natural. De haber vivido con tranquilidad puede que todo lo hubiera hecho desaparecer. La obra "El torero más valiente", después de sacar la copia, no le gustó y la rompió, con tanto empeño que tenía él de que la estrenaran. El original lo olvidó en el armario. Es de suponer que un original con tantísima dificultad, para leerlo, con una letra tan junta y tan pequeña a lápiz, para él era lo mismo que si lo hubiera roto.

La obra Los hijos de la piedra tampoco pensaba publicarla, no le gustaba. No es la obra Pastor de la muerte la que detestaba, como se dice. Yo lo ví una vez sacar del armario un libro y no me dijo que había allí nada de interés. Me di cuenta de que había muchos libros de "Cruz y Raya", que no los he vuelto a ver. Mi interés fue siempre dar a conocer lo más selecto que yo sabía que a Miguel le satisfacía, pero la gente, sacando de un sitio y de otro, sin ninguna autorización, me quitó el derecho de hacerlo yo cuando fuera conveniente. Lo que dejó escrito en la cárcel, al morir, eran copias de Cancionero y romancero de ausencias, y otras composiciones. Lo traje escrito en una libreta cuando salió de la cárcel, en septiembre de 1939, y me lo di para que yo lo guardara. Lo puse en el

dio para que yo lo guardara. Lo puse en un baúl de guardar ropa, ya que no había entonces en la casa otro lugar.

La libreta era de tamaño tan pequeño, que, después de haber dibujado en la portada unos pájaros, en la parte superior indica:

"Para uso
del niño
Miguel Hernández"

Y al reverso de la portada pone:

"Si este libro se perdiera,
como puede suceder,
se ruega a quién se lo encuentre
me lo sepa devolver.
Si quiere saber mi nombre

aquí abajo lo pondré:
Con perdón suyo me llamo
M. Hernández Gilabert.
El domicilio en la cárcel
visitas de seis a seis."

En dos ocasiones también me envió inéditos. Desde la cárcel de Orihuela me decía:

"Yo trabajo algo. Guarda bien esos originales que os envío donde están los otros. No se pierdan, que no tengo copia. Si tengo cinco o seis libros escritos cuando salga de aquí tenemos pan seguro cuando se publiquen, si antes no nos hemos muerto de hambre."

Sobre las copias que dejó Miguel al morir, personas que se hallaban presas con él recogieron esos papeles, que dicen encargó Miguel que destruyeran. Ellos no cumplieron el encargo y los publicaron al poco tiempo en revistas, sin ninguna averiguación conmigo ni autorización. Por eso algunos poemas han ido saliendo con tantas erratas y variantes que él no puso, como, por ejemplo, Las "Seguidillas de la cebolla" que hasta aquí han sufrido muchos errores que se han subsanado en la Obra Poética Completa, en Editorial Zero Zyx, con prólogo de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Y después en las Poesías Completas en Editorial Aguilar, con prólogo de Agustín Sánchez Vidal. Aunque muchos otros poemas que venían publicándose con errores también han sido corregidos en ambas ediciones.

También me envió Miguel copia de este poema en una carta, cuyo original tendrá alguna mala mano, diciéndome:

"El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles te mando estas coplillas

que le he hecho."

Decía: "Coplillas", diminutivo andaluz y al estilo de hablar en la huerta de Orihuela y los pueblos limítrofes, lo mismo que a su hijo le llamaba Manolillo. La imagen "cernido" del verso 60, viene de cerner harina, ambiente que vivió Miguel en Orihuela y en Cox. El racionamiento lo hacían en Cox con harina en vez de pan, como daban en otras partes. Cuando era de trigo la aumentábamos mezclándola con harina de cebada o de maíz, y hasta con calabaza y boniatos la mayoría de las veces. Y él me veía amasar. Había costumbre de pedir a quién lo tenía el cedazo, denominado para ellos el "siaso": ¿Me dejas el siaso, que voy a amasar? Ahora mismo te lo traigo". También era mucha costumbre pedir a la vecina la creciente y devolverla del amasijo que se hacía con ella.

Hace poco me he enterado que esos originales que dejó Miguel en la cárcel, al morir, se los dejó a un tal Ramón Pérez, preso en aquel entonces con Miguel, a un señor, con residencia en Madrid, llamado Jaime Campmany, periodista, y no se los ha devuelto, según me dijo.

Francisco Martínez Marín, de Orihuela, el autor de la biografía que escribió sobre Miguel titulada Yo Miguel, me visitó después de publicar dicha biografía, y me dijo que tenía cosas inéditas de Miguel y que me daría copia de ello si yo le enseñaba todo el archivo que dejó Miguel. A mi no me indignó la proposición de intercambio que me ofrecía. No creo que se le ocurra publicar más de lo que hizo, en su dicha biografía, sin pedir permiso.

Yo ignoraba que existiera más original inédito de sus obras, que el que yo poseía, desde que nos casamos hasta que Miguel murió. Nunca me dijo Miguel que en casa de sus padres hubiera otra cosa de interés. Unos años después de la muerte de Miguel, me encontré a Efrén Fenoll, en Orihuela, y éste me dijo que él y Elvira, hermana de Miguel, apartaron en un sobre algunas composiciones publicables, entre ellas la Elegía a la hermana de Fenoll, "la panadera". Yo le pedí al padre de Miguel dicho sobre y, con prisa e interés, sacó de su dormitorio una cantidad de paquetes de papeles que me asombró. Entre ellos había cartas de amigos, documentos, dibujos, recortes de prensa, muchos del

diario "El Sol", con poemas o prosa de él y de otros poetas y borradores de cartas dirigidos a amigos, pidiéndoles la ayuda que tanto necesitaba. De estos borradores he descubierto 25, cuatro de ellos a Federico García Lorca. De tres, además de los borradores, tenía copia hacía más de 20 años. Esto fue un regalo que le hizo a mi hijo la familia de Federico, y que nosotros guardábamos para publicarlas en su día, pero fueron publicadas en la Gaceta Ilustrada el 25 de julio de 1976, entregadas por la familia de Federico.

De todo el contenido me dí cuenta en mi casa. Encontré los dos dibujos que le hicieron a Miguel, en la cárcel, muerto. Se los había dado a su hermana Elvira, para que ésta me los entregara a mí, según me dijeron. Ella me había dicho, cuando se los reclamé, que ya me los daría.

También había una carta de Miguel a su hermana Elvira y un ejemplar de Viento del pueblo, dedicado a ella y a su marido. Yo pensaba devolverle a su padre, en la primera ocasión que fuera a Orihuela, la carta y el libro, pero no me dio tiempo. Al día siguiente Elvira llegó a Orihuela desde Madrid donde tenía su residencia. Ese mismo día se presentó en mi casa Elvirita, una niña de quince años, pidiéndome lo que me había traído de ellos y diciéndome que yo hacía con la obra de su tío lo que yo quería, refiriéndose a la edición que autoricé a "Espasa Calpe", con el único pago de 7.500 pesetas, para todas las ediciones. Creían ellas que el perjuicio era contra Miguel.

Cuando el padre de Miguel sacó los papeles, me dijo que me lo llevara todo, demostrándome que todo me correspondía a mi tenerlo. Fue una de las acciones de las que él acostumbraba, dentro de su honradez. Lo vi emocionado y con pena. Hacía tiempo que terminaron comprendiéndose él y Miguel, pues yo nunca vi desavenencia entre ellos, aunque en otros tiempos tuvieran sus disputas, cuando Miguel quería estudiar y perfeccionarse en la poesía, y su padre, necesítándolo para que le ayudara a llevar el ganado, con su ignorancia y falta de cultura, no lo podía comprender. Creo que los dos tenían razón.

También tenían sus discusiones cuando su padre le pedía que le es-

cribiera alguna carta comercial en la época de su negocio en Barcelona. Su padre se la quería dictar, palabra por palabra. Unas cartas demasiado largas con una serie de explicaciones repetidas. Miguel quería escribir una carta correcta y sencilla que en pocas palabras expresara lo mismo que su padre quería. Miguel no se daba cuenta de que esa correspondencia era de cabrero a cabrero, y terminaban disgustándose los dos. Su padre sabía escribir, pero le temblaba el pulso y no podía hacerlo. Por eso no le escribió a la cárcel, aunque Miguel se lo pedía.

En 1940, 24 de junio, le decía:

"Me gustaría que el padre, que tú, padre, me dieras noticias de los dos directas, con esa letra doctoral que tú escribes, mejor dicho, escribías."

También, con fecha 5 de febrero de 1940 le decía a su padre:

"Padre: no me dices nada. Dime si piensas ir a Barcelona, supongo no es tiempo muy a propósito para el negocio. Dime si sigues con el mismo apetito de siempre. Cuidaos mucho la madre y tú, que todavía y siempre nos haréis falta a vuestros hijos."

Su madre era la que le mandaba cartas a Miguel, aunque no sabía escribir, pero se valía de cualquier vecina de su amistad. Y Miguel, desde Rosal de la Frontera, donde estaba detenido, le decía:

"Madre: ¿Qué tal vas de salud? Me imagino que como siempre, flojilla y con fiebres diarias. Cuídate mucho."

En la misma carta dice:

"Padre: habla con nuestros amigos que más puedan ahí de lo que me pasa."

Nunca vi desavenencias entre Miguel y su padre, como he dicho antes. Cuando íbamos a Orihuela, a su casa, se abrazaban con el mismo afán que con el resto de la familia. El que era tan cumplido e iba a todos los entierros, no fue a verle a la cárcel durante su enfermedad ni en su muerte, yo creo que por falta de valor de verle así. Lo mismo les ocurriría a su madre y a su hermana Encarnación. Su hermana Elvira, aunque fue al entierro, no quiso verlo muerto. Me contó Justino, hermano de Ramón Sijé, que cuando le dieron al padre de Mi-

guel la noticia de la muerte de su hijo, se quedó paralizado con los ojos llorosos.

Me contó Miguel que su padre le pegaba de pequeño. Era el sistema de aquella época. En aquel tiempo, por cualquier motivo se presenciaban palizas a los hijos con la correa. Yo recuerdo una costumbre en Orihuela, amenazar los padres a los hijos, diciéndoles: "Que voy por la maroma", y a lo mejor era porque no se estaban quietos. De pequeño, llevó Miguel muchos golpes en la cabeza. Me contaba que, cuando tenía dos o tres años, viviendo en la casa donde nació, Calle de San Juan, cayó rodando por la escalera. Otra vez me contaba que teniendo ocho o diez años, jugando en la calle de Arriba, habían puesto otros chicos un bote en el suelo con carburo y le dijeron: "Miguel, agáchate y mira aquí un rato y verás qué bonito resulta". Y estando Miguel observando aquello, explotó. Las heridas le dejaron cicatrices en la frente y la cara para siempre.

Los chicos que habitaban en casas de planta baja se pasaban el día en la calle con sus juegos y sus peligros y muy sucios, además de que entonces no se les ponía a los niños ropa limpia diariamente, pues era muy costoso lavar con tantas incomodidades y pobreza; había que ir a lavar la ropa a la acequia.

Me contaba Miguel que siempre llevaba los puños de la camisa como almidonados de limpiarse el moco en ellos. No era costumbre darle a los niños pañuelo moquero. Su madre le reñía diciéndole que le iba a poner alfileres en los puños.

Cuando Miguel iba al colegio, sí que iba muy limpio y ordenado, ya que estudiaba en la misma clase con los niños ricos, porque no había ninguna distinción para nadie. Por cursos, tanto en clase como en el patio de recreo, estaban juntos los internos, los externos y los de media pensión. Seguramente, por darles el mismo trato, los jesuitas ordenaban que no hubiera distinción en el vestir. Yo recuerdo ver pasar a los externos, y también a mi hermano, muy bien vestidos con traje de chaqueta y zapatos negros con la limpieza que exigían para todos, y en los días de comunión llevaban medias negras, pues, en aquel tiempo iban los chicos con pantalón corto--y bien cor-

to-- hasta los catorce y quince años. Les obligaban a utilizar medias para ese acto.

El padre de Miguel era el que disponía en la mesa. Por ejemplo, él era quién partía el pan mientras comían, y cuando se les terminaba le volvían a pedir. En Orihuela, generalmente, al padre se le llamaba "Pa", y a Miguel le causaba un golpe de risa cuando se daba cuenta que le había dicho a su padre: "Pa, pan". Y su padre, con gesto autoritario, lo miraba muy serio. Normalmente los padres de entonces eran así. Yo recuerdo a mi padre, que era muy cariñoso con nosotros, y no nos dejaba hablar en la mesa comiendo.

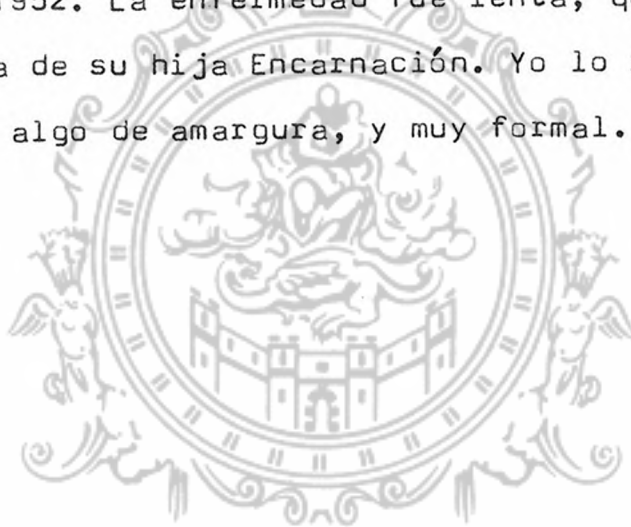
Su padre era un hombre de carácter serio. Desde luego, la suerte de su vida no fue muy buena. Le oí decir una vez que perdió a su padre, siendo muy pequeño, quedando varios hermanos. Se refería a que, a pesar de haberse criado sin padre y en la mayor pobreza, nunca le faltó a su madre el respeto. También fue desgraciado en su primer matrimonio, muriendo su mujer y el primer hijo al nacer. Al año escaso de casarse ya era viudo. Después contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con la madre de Miguel, una mujer soltera. Tampoco fue muy afortunado en este matrimonio, por el motivo de que enfermó ella de bronquitis con grandes achaques fuertes de asma, hasta el resto de su vida. Yo recuerdo ponerse por la nariz oxígeno con un aparato. Esta enfermedad le vino ya que, estando reciente de un parto, se fue a lavar la ropa a la acequia y se mojó. Miguel, en muchas cartas desde la cárcel, le decía a su madre que había encargado ese específico, que entonces creo que escaseaba.

Miguel y su hermano Vicente, dormían en la cama de hierro del primer matrimonio de su padre, con un colchón de borra.

Se le murieron algunos hijos, ya que en aquel tiempo se morían mucho los niños de corta edad, principalmente los lactantes. Su padre era un hombre muy confiado en su negocio de compraventa de ganado, llegando así al fracaso, ya que era con lo que sustentaba a la familia, además del ganado de cabras que pastoreaban los hijos y mozos de ayuda; le gustaba cuidar sus cabras sin explotárlas, no sacándoles la leche necesaria como hacen los demás cabreros, ordeñándolas

de mañana y de noche. El sólo las ordeñaba por la mañana muy temprano, mirándose en su ganado de cabras bonitas y brillantes. La familia no estaba conforme de que el ganado no diera el producto necesario, que tanta falta hacía. A Miguel También le gustaba cuidar la cabra que teníamos viviendo en Cox: se llamaba Caramelo, y él la bautizó con el nombre de Fina. Yo le decía que le sacara un vaso de leche para bebérmela cruda con la espuma, ya que tanto me gustaba, por haber sido mi costumbre tomarla así desde pequeña. Entonces iban en Orihuela los cabreros por las calles con las cabras, despachando la leche, hasta que más tarde lo hacían con cántaros metálicos. Pocas veces me quería complacer Miguel, por no molestar a la cabra a deshora.

Murió el padre de Miguel años después que su mujer: el día 26 de diciembre de 1952. La enfermedad fue lenta, quedando en los puros huesos en casa de su hija Encarnación. Yo lo recuerdo como un hombre serio con algo de amargura, y muy formal.



111

Mi padre era de la quinta de 1910. Hizo el servicio militar en la guerra de Melilla después de haberse librado por número, pero ese año hubo muchos inútiles, quedando pocos para cubrir el cupo, y lo escogieron a él, que era buen mozo como le decía su cartilla militar. Allí estuvo tres años sin que le dieran permiso, y allí aprendió a leer y escribir con el interés de echar instancia al cuerpo de la guardia civil. Sabía que cuando fuera cumplido a Cox, sólo ganaría en su oficio de agricultor una peseta o cinco reales el día que hubiera jornal esperando desde las cinco de la mañana en las cuatro esquinas.

En esos tres años, mantuvo correspondencia con mi madre, y al año de cumplir el servicio se casaron, el 4 de marzo de 1915, por la tarde. Lo trasladaron a Jaén, donde estuvo un mes, y allí le dieron la ropa trasladándolo después a Quesada, donde nací yo, el 2 de enero de 1916.

Entró ganando 65 pesetas mensuales. Algún tiempo después 90 pesetas y en otra subida 135 pesetas. Eso se lo oía decir yo a mi madre. Y en la República ganaba 300 pesetas. Recuerdo que la gente se asombraba diciendo que era mucho diez pesetas diarias fijas.

A los cuatro años, queriendo venirse a su tierra, pidió mi padre el traslado para Alicante y lo mandaron a San Miguel de Salinas, donde nació mi hermano Manolo, cuatro años menor que yo. Antes que éste había nacido otro Manolo que murió de nueve meses. De este pueblo recuerdo poco. Mis padres deseaban aproximarse a Cox, y los trasladaron a Dolores, un pueblo de la misma comarca. Allí nacieron mis tres

hermanas. Antes que éstas nació un niño que murió de meningitis a los catorce meses.

Cuando nació éste, recuerdo que había en la casa mucha ilusión con el bautizo, no sé si sería porque iban a ponerle Juan, como mi abuelo paterno, y mucho tiempo antes nos decía mi madre el traje que íbamos a estrenar mi hermano y yo ese día. A mí me hizo mucha gracia que el traje de mi hermano iba a ser de color caqui, y a cada momento le preguntaba a mi madre cuándo iba a estrenar Manolo el traje de color caqui, que yo no imaginaba qué color era ese.

Llegó el día que mi hermano estrenó el traje y yo lo cogí de la mano y me fui a invitar al bautizo de Juanito a unas amigas mías, que de apodo les decían "Las condenás" y para abreviar el camino me fui por la huerta donde al llegar a una acequia mi hermano no podía pasarla. El tenía dos años y yo seis. Yo intenté saltarlo con él en brazos, pero no me atreví; entonces ví la solución de saltarla yo y darle la mano a él desde el otro lado, pero como yo estaba delante tropezó conmigo y fue a parar dentro llegándole el agua al cuello. Yo tuve la precaución de no soltarlo de la mano apretándosela. Como era domingo, por allí no pasaba nadie, yo estuve a punto de intentar sacarlo, pero pensaba que si le soltaba la mano para abarcarlo se me iba a escapar. El lloraba diciendo: "¡Ay, Josefina mía! Y yo: "¡Ay, Manolo mío!". De pronto vi venir a un hombre corriendo de margen en margen, por un bancal, y sacó a mi hermano morado y más arrugado que una pasa. Al contrario que el traje caqui.

¡Cuántas veces fui yo también a parar dentro de esa misma acequia! Uno de los juegos que teníamos allí los niños era saltar la acequia a un lado y a otro, y una vez me caí dentro llevando a cuestas a una de mis hermanas, de pocos meses; menos mal que había mujeres lavando que, siempre, nos advertían el chapuzón.

Otras de las diversiones que teníamos chicos y grandes allí era que, por entonces, volaban constantemente casi de los primeros aeroplanos que, a nosotros, nos llamaba tanto la atención. Y, en cuanto oíamos el alto rumor, salíamos a mirar el cielo queriendo divisar a semejantes artilugios y verlos esconderse y salir de las nubes hasta

que perdíamos de vista al pájaro quedándonos con buen dolor de cuello y los ojos penosos. También nos encantaba mirar el arco iris después de la lluvia. Desde entonces, creo que no lo he vuelto a ver, si no es en mi enfermedad de la vista alrededor de las bombillas de luz.

El cuartel de este pueblo era un edificio que daba a dos calles con un primer piso con cinco viviendas para cuatro guardias y un cabo. Tenía la entrada por la fachada principal, y en la planta baja estaba la sala de armas donde se quedaba el guardia que le tocaba estar de puertas en una sala independiente de la otra parte del local destinado a la cárcel. La cárcel tenía la entrada por la otra parte con un patio que daba a la fachada, muy grande, con una verja bastante alta. Diariamente salían algunos presos a barrer el patio. Nuestra vivienda estaba encima de la cárcel. Mi padre nos prohibía a mi hermano y a mí, hacer ruido jugando para no molestar a las personas que tenían que estar allí, y recuerdo a mi madre con cara de pena que siempre nos estaba diciendo: "No hacer ruido que los pobrecitos de los presos tienen que estar ahí, y os tienen que aguantar."

En el patio del cuartel, había algunos árboles y debajo de mi balcón había un árbol del paraíso, cuyas ramas se podían alcanzar con la mano. Enfrente había una escuela de chicos que dos veces al día, a la salida de la escuela, cantaban la tabla de multiplicar. Yo me ponía alerta a esas horas en el balcón para escucharlos, y me reía cuando llegaban al cinco, que lo decían con más ahinco y más fuerte, que casi la aprendí.

En ese pueblo, caí enferma de unas fiebres que allí decían "cásticas". El médico no recetaba otra cosa que la purga de aceite de ricino. Una vez me negué a sacar la lengua porque sabía que era purga segura y de aquel aceite de ricino natural que vendían por onzas. Yo misma iba muchas veces a la farmacia con un vaso por una onza u onza y media, según la edad.

Recuerdo que el farmacéutico de Dolores le decían el "tata". Se contaba que ese dicho era porque un hijo suyo, dijo "Tata" en el vientre de la madre y "Tata" por esos pueblos quiere decir padre.

Estando en este pueblo pidió mi padre ir a Melilla. Había en casa mucha escasez económica. Estuvo allí unos meses ganando el 50 por 100 más de la paga.

Viviendo ya nosotros en Orihuela se llevaron la guardia civil de Dolores a Almoradí, un pueblo a unos cinco kilómetros de Dolores; pero algunos años después volvieron a poner de nuevo el cuartel en Dolores sin quitar el de Almoradí.

Estuvimos en la posibilidad de que nos trasladaran de nuevo a Dolores, pues tenían que completar los guardias correspondientes del puesto. De Orihuela pidieron uno y no habiendo ningún voluntario, tuvieron que sortearlos, saliendo premiado uno que le decían el señor García, o el de las barbas, que le cayó el traslado como un rayo, pues toda la familia de su mujer era de Orihuela y les causó mucho trastorno y enojo. Estuvieron allí unos años. La gente contaba que lo desterraron de allí por un grave episodio que le ocurrió.

En el año 1927, cuando nos trasladamos a Orihuela, mi madre estaba muy contenta con lo que le habían dicho de que había agua potable en el cuartel. Así era, pero estaba en la planta de más abajo, en un patio en el que había un fregador común, y allí estaban también los retretes. El agua para beber la comprábamos por cántaros. Recuerdo a un hombre muy viejo que se llamaba Diego, que iba con un carro de cántaros de agua, de una fuente de nacimiento que estaba cerca del convento de frailes de San Francisco, y allí se pasaban los aguadores en la cola, y con el cántaro en cada mano subía el pobre viejo tanta escalera. La vivienda era muy mala, con los techos muy bajos, con unas vigas que dieron mucho trabajo para limpiarlas de chinches. Paca, la mujer que limpiaba el cuartel, tenía mucha voluntad. Todos los días fregaba los pasillos y escaleras, que eran grandísimos, de rodillas. Era una mujer vieja, muy alta, encorvada, con unos pies que no he visto otros tan grandes. Se veía muy feliz fregando tanto piso. Cada guardia le pagaba tres cincuenta al mes. Lo que más le molestaba, era cuando tantos chiquillos como había en el cuartel pisaban tantas veces el suelo mojado y les tiraba con rabia el trapo a los pies. Mientras limpiaba no paraba de cantar y de

Un estribillo que repetía mucho recuerdo que decía: "El cuartel se va a caer, a mi no me pillaré, pillaré a mi coronel o si no a mi capitán". El pelo lo tenía blanco y se lo pintaba con tizne de la sartén.

Llegamos a Orihuela en el mes de abril, y recuerdo que se comentaba mucho la Semana Santa, que les gustaba más cómo la organizaba D. Ramón Montero, un señor que había fallecido unos meses antes de la Semana Santa de aquél año. Los niños, jugando, también celebraban las procesiones con santos de barro de los que costaban a cinco céntimos o se adquirían en el traperero a cambio de trapos y alpargatas viejas de suela de cáñamo. Yo no había visto nunca las procesiones ésas y me gustaba verlas. Las niñas jugaban mucho a los cromos: para mí era desconocido el juego. Y al principio me conformaba con mirar. Más adelante también jugaba yo en los peldaños de la escalera del cuartel que era muy ancha, en los mismos que años después pisaba allí parada hablando con Miguel por la noche. Yo poco podía jugar. Necesitaba el tiempo para ser niñera de mis tres hermanas, cuando no de una, de otra. Menos mal que tenía la recompensa de repelar el cazo donde se habían hecho las papillas. A una le llevaba ocho años, a otra diez, y a la última, once. Las pobres también sufrían mis deseos de jugar. Cuando apenas tenían ocho o diez meses, las dejaba sentadas en el suelo y se me caían hacia atrás, buenos porrazos, y al retirarme, que siempre era a la llamada de mi madre, me las encontraba comiendo tierra y sucias.

. . .

No hay más felicidad más grande para un niño, mientras escuchaba un cuento; y más todavía en el tiempo mío, que tanta inocencia había. A mí, me los contaban mis padres. Los que me contaba mi madre eran más simples y los de mi padre eran más interesantes y más largos.

Cuando mi padre me decía que le sacara la caspa de la cabeza con el peine espeso, qué contenta me ponía yo, porque sabía que, mientras tanto, él me contaría un cuento. Mi padre se sentaba en el suelo y yo, detrás de él, sentada en una silla, y empezaban las tareas. Yo le pedía siempre el mismo cuento, pero como lo inventaba él durante la marcha, siempre resultaban diferentes, aunque el argumento venía a ser

el mismo: "Era un matrimonio que no tenía hijos, y los deseaban tanto, que un día dijo el marido: "Señor, dadme un hijo aunque a los veinte años se lo trague la sirena de la mar." Era divertida la lucha que sostuvo el padre para que la sirena de la mar le devolviera a su hijo, y al fin salió victorioso. Cuando no aparecía en el cuento cualquier acontecimiento, que para mí había sido significativo en las veces anteriores, se lo recordaba a mi padre, así como este: "Era en el tiempo en que los animales hablaban". Hablaban los caballos, hablaban las hormigas, pero no recuerdo sus relatos.

De lo que sí me acuerdo es de lo cansado que venía mi padre, de servicio, andando por campos y huertas, regado de sudor, y las botas y leguis más blancas que negras. Mis hermanos y yo, ajenos a eso y buscando nuestra golosina, nos tirábamos a él diciéndole "Papá, ¿qué me has traído?" En el tiempo de los higos nos traía unos cuantos, estrujados dentro de la cartera. En el tiempo de las almendras, nos traía unas almendras verdes aterciopeladas. Cuando no nos traía nada, qué desconsolados nos quedábamos, al oírle contestarnos: "Polvo". Y nos besaba riéndose.

La noche que a mi padre le tocaba estar de puertas o se iba a esas horas de servicio, mis hermanos y yo queríamos acostarnos en la cama grande, y ante el alboroto mi madre nos tuvo que poner tasa de que cada noche de esas durmiéramos uno con ella, porque además, también había un crío allí permanentemente, el más pequeño. ¡Qué a gusto dormíamos aquella noche! Estábamos más cómodos, mi madre nos cobijaba, y nos enseñaba la oración de: "Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, la Virgen María y el Espíritu Santo".

Mi hermano dormía en un catre, con el colchón de farfolla que hacía un sonoro que daba estericia (dentera en castellano). Era la hoja de las panochas del panizo, que todos los años, en su cosecha, se la cambiaban. Después le pusieron uno de borra. Las temporadas que venía mi abuela, dormía con él.

Parece que quiero recordar que yo me reía de mi hermano, porque dormía con la abuela. Las pequeñas, meonas, dormían en el colchón

de paja con un suave tufillo a cuadra. Yo, por ser la mayor sería, dormía en una cama con el colchón de lana, aunque no estuviera muy lleno, con mi hermana a la que le llevo ocho años y me amoldaba a mí y no me cansaba de besarla. Durante la noche me quitaba el sueño el rin/ran de un corcón que roía junto a mi cabecera. Aquella molestia la soportaba yo, como una cosa natural, y con la ilusión de que al hecerse de día, al levantarme, miraba y admiraba yo aquel montoncito de aserrín puntiagudo, que el roedor había dejado en el suelo junto a la pata derecha del cabezal, en su jornada de trabajo. Entonces ya no se oía. "Estaría soñando con los angelitos". En todo el día no se veía rastro de él.

Había otra cama, de hierro, que se le decía la cama de reglamento, propiedad del cuartel. Todos los guardias tenían una igual. Era de tablas y no era fácil que se mimbrea. Por suerte, ninguno estábamos enfermos de la espina dorsal, y aquella cama siempre estaba de retén.

Yo tenía once años cuando nos fuimos a vivir a Orihuela, y unos meses después, como yo tenía mucha afición a coser, me metieron de aprendiz en un taller de modista, pero me tenían para hacer recados y me tuve que salir de allí. Entonces empecé a ir al colegio, a las monjas de la beneficencia, pagando cinco pesetas mensuales. Este colegio estaba en la calle de Santiago, y en ese colegio estuve durante un año. Algo aprendí. El primer libro, la cartilla, con el abecedario con tapas de papel amarillo. Después me pasaron a un libro que se llamaba el catón, y después a "La buena Juanita" y "El manuscrito". Por la tarde eran labores.

A los trece años empecé a trabajar en una fábrica de seda, que pusieron detrás del convento de S. Francisco, por entonces, unos italianos. Hasta los catorce años no admitían a nadie pero a mi padre, por ser guardia civil, le hicieron ese favor de admitirme un año antes. Estaba la fábrica bastante lejos de casa y sólo teníamos una hora para comer, que me tenía que dar unas carreras de campeona-

to; además de tenerme que santiguar al pasar por cada iglesia, como era costumbre en Orihuela. Algunos días me llevaba la comida y me evitaba esas caminatas. Muchas tardes cuando salíamos de la fábrica entrábamos a San Francisco a ver a Nuestro Padre Jesús. Contaban que cuando se hizo esta imagen, el escultor, dándole ya los últimos toques, mirándola, le habló el Señor diciéndole: "¿Cómo me miraste que tan bien me retrataste?", y entonces el escultor murió. Al entrar a la derecha había en un altar un santo negro, que le llamaban San Benito, con un corazón en la mano muy rojo que era de la devoción de las que entonces se les decía solteronas, y veíamos cómo les enseñaban las ligas para que el santo les concediera novio. También alguna vez, íbamos al cementerio que está en la misma carretera de Murcia, más allá de la fábrica.

En la fábrica trabajaba una mujer viuda que los sábados vendía alhajas en la puerta de la fábrica. Yo le compré una sortija de oro de sello, con mis iniciales, que me costó dieciocho pesetas. Pagaba una peseta todas las semanas. Como estaba tan delgada, me la compré grande para cuando engordara, y la tuve mucho tiempo guardada teniéndola que achicar, pero ya había perdido la ilusión de ponérmela. Estuve dos años en la fábrica. Cuando ya ganaba 1,80 ó siete reales y perra como se decía allí, conseguí no ir más, y ya me puse a aprender a coser en la calle de San Juan, en la misma calle que nació Miguel.

Allí fue cuando supe de la existencia de Miguel, cuando vino entrevistado en el periódico "Estampa", en su primer viaje que hizo a Madrid, con el interés de darse a conocer como poeta y buscar trabajo para poder mantenerse allí. Sólo éramos tres chicas en aquel taller, y una que le decían Carmen "La Calabacica", fue la que me explicó que Miguel era un chico cabrero de la calle de Arriba, muy listo y era "poético". Cuan publicó Perito en lunas, vi que estaban expuestos los libros en el escaparate de la tienda de tejidos de su amigo Ramón Sijé, y me di cuenta que era el mismo que vi en "Estampa".

Sobre estos tiempos iba él con otros chicos el día de la feria, se me acercó y yo lo eché como era costumbre hacer con los novios de feria. No lo conocí entonces y lo recordé después.

En este taller estuve dos años sin que me pagaran nada y me fui de allí, y estuve una temporada en la casa "Singer" aprendiendo a bordar. Después entré a coser en el taller de la calle Mayor y allí me pagaron siempre una peseta diaria, y las horas que echábamos los sábados hasta bien de noche y algunos domingos por la mañana no nos lo pagaban. Solíamos cantar esta canción: "Pobrecitas modistas, que apuraditas ellas se ven, trabajando día y noche las pobrecitas para comer. Pasa un domingo, ¡ay que dolor!, les da la una, les da las dos en el horador, y mi pobre Pepe esperándome está. ¡Ay mi modista!, ¡ay mi modista!, cuando saldrá."

En una carta me decía Miguel:

"Me acuerdo de los sábados de Orihuela cuando andaba alrededor de tu taller echando pestes contra tu maestra, y me acuerdo que siempre te veía salir pálida de haber trabajado tanto y haber comido poco."

Lo que peor me sabía era cuando las oficialas se burlaban de las aprendizas de diez y doce años. Las mandaban a otro taller de modista a que les dejaran la piedra de amolar agujas, o a la farmacia por diez céntimos de unguento de soldao, o a cualquier tienda, que la inocente aprendiz tenía que decir "Diez céntimos de deténgame usted aquí."

Hasta los quince años no tuve amigas de salir de paseo. Conocí a una chica que se llamaba Carmen. Vivía en la Corredera. Se le murió su madre, y ella y sus hermanos se vinieron a casa de sus abuelos maternos que tenían una carnicería en los bajos del mismo edificio del cuartel. Como mi madre compraba allí la carne, coincidió en hacerme amiga de ella.

Sus anteriores amigas eran tres hermanas que se llamaban: Consuelo, Carmina y Asunción Andreu; sobrinas de un cura, hermano de su padre, que las tenía recogidas porque había muerto la madre, y el padre era muy borracho, herrero de profesión. Muchas veces se lo encontraban tendido en el suelo, o la gente se lo decía y ellas no pasaban por allí. Otras veces el padre se tiraba a abrazarlas y ellas echaban a correr. La más amiga había sido Carmina porque era de la

misma edad. La mayor tenía un novio que se llamaba Paco Cases que siempre estaban de riña. No sé si se casaría con él. Carmina tuvo un novio muy flaco que le decían el "Patagorda" precisamente el mismo que fue años después a Cox, a exigirme que le diera la pistola que él imaginaba había tenido Miguel, tratándolo de comisario político del "Campesino". Años después se casó con un profesor del Instituto que me parece le llamaban "Don Liso". Las tres eran bien parecidas y con eso y con los estudios que les estaba dando su tío "el cura", como ellas decían, poseían la gran mentalidad de Orihuela.

Al principio de ser yo amiga de Carmen, en el paseo, nos juntábamos con Carmina. Un día me dijo mi amiga que le había preguntado ésta qué hacía yo, y ella le respondió que iba a trabajar a la fábrica de la seda; entonces le contestó Carmina que si iba conmigo no se juntara más con ella. Yo le pregunté a Carmen qué le contestó ella, y ésta contestó que a mi no me dejaba. Claro que Carmen, aunque demostraba quererme mucho, las amigas siempre eran de la vecindad. Se veía feo una amiga sola en busca de otra y luego por la noche volverse sola. También por otra parte, en mi casa había encontrado mucho cariño. A mi madre le daba mucha pena los hijos sin madre, y le compraba a ella cualquier capricho que me compraba a mí, y así no echara de menos la falta de madre. Los domingos comía con nosotros y ella se sentía muy feliz; también entrábamos al cine mudo gratis. Ella se había inventado que yo dijera que era hija de un guardia civil, y el portero nos dejaba entrar con ese truco a ver aquellas películas que ahora dicen del oeste, y entonces decían, en Orihuela, "americanas", y que a los protagonistas les decíamos el chico y la chica. Yo, con lo que no estaba conforme con ella era el que me presentara tanto chico estudiantes y botones de banco.

Ella era muy sociable y entrometida y yo en eso era diferente.

Tampoco era muy de mi agrado su consejo de hacerme de tantas congregaciones en que ella estaba metida, pero no tuve más remedio que igualarme a ella. Me hice de la congregación de las Hijas de María de la Iglesia de Santo Domingo; y todos los segundos domingos de mes, a las seis de la mañana, íbamos a confesarnos al convento de los frailes

Capuchinos. Decía que no le gustaba confesarse con los curas ; tan cerca como teníamos la iglesia de Santa Justa y Las Salesas, convento éste de monjas. Allí encontrábamos una iglesia grandísima, casi a oscuras, con un fraile en el confesionario. Al momento estábamos ya camino de Santo Domingo, que estaba de extremo a extremo del pueblo, a oír misa y comulgar; una misa de más de una hora con sus cánticos y sus ceremonias, que era una enfermedad. La mayoría se quedaba sin confesar de tanta gente como iba, pero estaba autorizado confesar después de tomar el Señor. Por este motivo nosotros empleábamos el procedimiento de ir ya confesadas porque no nos convencía dicha autorización. Por la tarde, volvíamos para ir al sermón.

Los jueves, sobre las siete de la tarde, íbamos a los jueves eucarísticos, a la Iglesia de la Merced, con sus novenas y rezos que me aburrían. Los terceros domingos del mes, íbamos al convento de San Francisco, éramos terciarias de Nuestro Padre Jesús, llevábamos un escapulario, como un libro de grande, detrás y delante y un cordón en la cintura. Con estos arreos, por la tarde, salíamos en procesión. Después quería convencerme para que nos metiéramos monjas.

Todo lo ocasionaba el ambiente de Orihuela, claro. Casi todos los domingos había procesión. La más esperada era el día del Corpus. Las señoritas, por estrenar el mejor sombrero ese día, y las demás por ver los sombreros que estrenaba la señorita tal y la señorita cual. Entonces, en Orihuela, sólo llevaban sombrero las ricas, que iban aleteando con sus pamelas ante la clase media y la otra clase, mientras circulaba la procesión masculina con sus cánticos de "Gloria, Cristo Jesús".

En Orihuela, entre los marquesados que abundan, estas casas preciosas, con sus jardines que yo recuerdo volteándose por sus tapias las ramas verdes y sus flores. En una de ellas habitaba un barón que vivía feliz con su huerto y su jardín, pero, harto el hombre de que los chiquitos se subieran a las tapias a coger ese capricho de colores que a ellos les llamaba la atención, salió un día entre las ramas el titulado y, con la tijera de podar, le cortó la mano a un niño. Esto me lo contaron al preguntarme si yo tenía la poesía que Miguel había hecho

sobre este caso.

Fui amiga de Carmen dos años. Nos disgustamos por una tontería y yo entonces era muy rencorosa. Al enterarse una amiga mía de colegio que me había disgustado con Carmen, fue a mi casa a invitarme a salir con ella y, a pesar de que ella tenía novio, tenía un gran interés de salir conmigo, y todos los domingos iban ella y el novio por mí. Era una buena chica, el novio se veía algo envidioso. Siempre tenía en tema, riéndose, que a Miguel "un escritor novel", no le estranarían una obra. Otras veces salía con una hermana de esta chica, y el día que Miguel se acercó a mí en la plaza nueva, iba yo con ella.

Después de la guerra me enteré de que a Carmen la habían engañado y tuvo un hijo. Más tarde vivía con un hombre de Alicante, y tuvo una hija con él. Hará sobre doce años que murió. Ese día no se apartó de mi memoria. Tenía un hermano casado, aquí en Elche, y un día vi a su mujer de luto y le pregunté de quién lo llevaba, y me dijo que se había muerto Carmen.

El día 21 de abril de 1936 dejamos Orihuela y nos fuimos a vivir a Elda. Mi padre y mis hermanos se fueron en el camión de los muebles y mi madre y yo en el tren, porque mi madre en coche se mareaba. Miguel nos acompañó a la estación. Estuvimos mucho tiempo esperando la llegada del tren y, mientras, me hizo Miguel muchas fotografías; unas salieron y otras no, porque no había sol. Me las iba enviando en sus cartas. Miguel sintió mucho que no saliera una en la que estaba asomada a la ventanilla del tren con un ramo de flores que me había traído. En esos días de mi ausencia fue al cementerio a visitar a Ramón Sijé. De entonces son las fotografías en el cementerio publicadas. Permaneció en Orihuela hasta fin de mes. Desde allí me escribía a Elda y yo le contestaba a Orihuela, y la primera carta, como no le puse su segundo apellido, me decía esto:

"La carta que me mandaste a mi casa de Orihuela la tomó mi padre de las manos del cartero y como él tiene costumbre de abrir todas las cartas que llegan, si mi hermana no le hubiera dicho, que no la abriera, porque el sello que traía de Elda le hizo sospechar que era tuya la hubiera abierto y

se hubiera enterado de todas nuestras cosas, el muy curioso. Ya sabes que otra vez cuando me escribas a Orihuela tienes que poner mi segundo apellido y así se evitará que mi padre meta las narices donde no le importa."

A mi madre le gustaba mucho Orihuela. Hasta se distraía desde el balcón viendo a la gente que subía a la sierra. Desde mis balcones se divisaba enfrente el seminario y a los seminaristas. A veces era la distracción de mi madre ver a los "Curicas" bajar y subir la escalera de caracol en larga fila de dos en dos, con sus manteos y su bonete de cuatro picos.

Mi padre pidió el traslado a Elda por ser un pueblo industrial, fabricante de calzado, pensando en que tenía mucha familia y mi madre no pasaba día que no llorara. Lo único que le había gustado era la vivienda que nos dieron, que era nueva y más decente. El pueblo no le gustaba y hasta a la gente la veía fea. Fue una época mala allí para nosotros, con aproximaciones de la catástrofe que vino poco después a España. Ni para mi hermano ni para mí se encontró trabajo. Yo iba a terminar de aprender a bordar a máquina a la casa "Singer", que no recuerdo bien si estaba en la calle Colón, los tres meses que estuve allí viviendo. A mí tampoco me gustaba vivir en ese pueblo desconocido y me aburría, diciéndoselo a Miguel en las cartas. Por ese motivo y no por otro le llamé maldito al pueblo bromeando, y porque cuando él viniera de vacaciones a Orihuela no podría ir mucho a verme por falta de dinero. Me aconsejaba que me fuera a Cox, donde yo tenía familia, para cuando él viniera, y así lo hice. El hubiera querido venir para las fallas de Orihuela que se celebraban a mediados de julio y me aconsejaba que fuera yo, por lo cual me decidí a ir donde me esperaban mis amigas. Estuve dos días y a mi regreso, el día 18, ya dentro del autobús casi en marcha, fueron unos guardias diciendo que estábamos en estado de guerra y que quedaban los coches detenidos. Estuvimos los viajeros más de una hora esperando que dieran la orden de salida, que al fin se realizó.

Ese año fue el último que se hicieron fallas en Orihuela. Sólo las hicieron unos cuatro años. Recuerdo que Miguel, en las de 1934, hizo unas poesías que le encargaron para una que había instalada en el Pa-

seo de Sagasta, obra del artista oriolano Lucio Sarabia. Representaba la falla a unos huertanos peleándose con cántaros en la mano.

Estas aleluyas las escribió Miguel en la calle al momento de decirle que las hiciera. Yo no las conocía, pero recuerdo un día, yendo conmigo, que unos chicos lo llamaron y hablaron sobre el particular. Me las ha facilitado Luis Fabregat, amigo y paisano de Miguel, y que coincidieron presos en la cárcel de Orihuela en 1939 y en el reformatorio de Alicante en 1941 hasta su muerte. A él se las dieron verbalmente hace poco:

"Mientras el agua enriquece
y alegra a la vega alta,
estos sedientos de abajo,
por unas gotas se matan.

Señor Jues, si osté no acude,
pronto a poner pas y calma,
a patás y legonazos
se van a partir el alma.

Ya que regar no pué ser
y se nos seca tuico,
siquiera para beber
lléneme osté el cantarico.

El agua no es cuestión
de embrollos y sarandajas,
Agua pa la vega baja
o viene la perdisión."

Miguel llevó mucha alegría cuando le dije que me hallaba en Cox y Orihuela en el mes de julio de 1936, y permanecería en Cox hasta que él viniera de vacaciones en el mes de agosto, y me escribió la siguiente carta:

"Amor, martes de julio de 1936.

Mi enamorada Josefina de mi vida, la mujer más graciosa del mundo y de toda la tierra. No te puedo decir con palabras y por escrito la alegría que me has dado cuando he leído en tu carta que por fin ibas a Cox, y por otro lado la tristeza de ver que vas a estar, que estás ya, en ese pueblo de tu abuela desde ayer y yo no estoy aún en Orihuela.

Haré todo lo posible y lo imposible para ver de poder ir aunque sea el último día del mes, pero no te puedo dar muchas esperanzas de que iré, porque antes ha de marchar mi jefe a Santander. No puedes imaginarte bien que rabia y qué envidia me da, al mismo tiempo, pensar que estás tú ahí, nenica de mi corazón, tan cerca de nuestra Orihuela que no podemos olvidar

nunca y donde iremos a vivir cuando nos casemos, y pensar que yo estoy aquí, metido en esta jodida oficina, donde estoy pasando un calor de todos los demonios.

¿Dime cómo ha sido eso que tu padre te ha dejado marchar por fin? ¿Ha ido tu abuela por tí a Elda, o tu tía Gertrudis? Bueno, mujercita mía, guapa y amorosa, veo que vas a viajar más que un viajante en cueros.

Me alegra infinito que, por fin, hayas salido con la tuya, y yo con la mía, y te veré todos los días, porque está a dos pasos de Orihuela, Cox. Va a ser muy divertido el viaje diario: unos días me verás llegar en carro, otros en coche, otros en galera, otros en autogiro, y de cuando en cuando, en un carretón tirado por dos tortugas.

Los días que vaya en este último aparato no me tomarás en cuenta si tardo, porque es un medio de locomoción demasiado lento. Algún día montarás tú y tiraremos para Orihuela con tu simpática abuela, junto a nosotros de carabina, y cuando se descuide la dejo en medio de la carretera y te rapto, que es lo que estoy deseando hacer mucho tiempo contigo, corazón de mi alma.

Me estoy poniendo hecho un pínpolio para agradarte más de lo que te agrado. Me voy a hacer hasta tirabuzones con el pelo para que veas lo largo que lo tengo. Aún confío en poder ir para las fallas. Aunque sea para ver las cenizas de ellas."

Al mes de estar yo en Cox, ocurrió la muerte de mi padre, estando ya en Cox mi madre y mis hermanos. Nos enteramos ocho días después, porque los tiros que le dieron a mi padre fueron en la cabeza, quedando muy desfigurado. No le encontraron documentación, y para poderlo identificar llamaron a mi madre al Juzgado de Monovar, a donde corresponde Elda. Las ropas que le enseñaron de mi padre eran las mismas y así se pudo certificar la defunción. Después de asesinar a mi padre, los milicianos se fueron a mi casa y nos robaron y rompieron toda la ropa de mi padre, todas las guerreras y la capa hecha pedazos. Miguel me había dicho, poco antes, en una carta:

"Maldigo siempre la hora en que se le ocurrió a tu padre pedir fuera del cuartel de Orihuela que por eso te han llevado a ese pueblo, donde a lo mejor se organiza cualquier día una revolución y pasa algo malo. En Orihuela todo el mundo conocía a tu padre y sabían que era el mejor hombre del cuartel. Pero ahí nadie sabe nada y con el odio que la gente tiene a la guardia civil, no se fijarán en nada."

Desde luego que en Orihuela no le hubiera pasado tan terrible cosa a mi padre; era muy conocido en los nueve años que estuvimos viviendo allí, y admiraban su bondad, era muy cariñoso y con su sentido común. Nos contaron que los gitanos lloraban cuando se enteraron que habían matado a "Manresa".

Aunque algo muy desagradable le pasó también en Orihuela cuando todavía no era muy conocido. En unas huelgas que hubieron lo cogieron para tirarlo al río, pero se oyeron voces que decían: "¡No tirarlo que es Manresa, que es Manresa!" A las que obedecieron, arrepentidos.



IV

La última vez que vi a Ramón Sijé, fue, precisamente, en el taller de la calle Mayor en donde yo trabajaba, unos diez o doce días antes de morirse. Fue con la novia y el género para dos vestidos, que le había regalado a ésta de su tienda de tejidos, para que se los cosieran allí. Uno era de paño gris y el otro de glasé negro con unos lunares diminutos, muy finos, en oro. Ella extendía los cuatro metros de este último con ayuda de él y nos decía: "¿Verdad que es bonito? Parece de cielo". A él se le veía el último "quijal", como dicen en Cox. A mi me tocó coserle el de paño gris, que fue traje y chaqueta. Y el otro traje sirvió de comentario a todas en el taller, que decíamos: "¡Qué fúnebre que ha resultado! ¡Qué fúnebre!"

Cuando nos enteramos que había muerto Pepito, nos resultó increíble y asombroso. El traje parece que cumplió con su compromiso, presentándose la panadera con su estreno en los funerales.

Doña Presentación, que así se llamaba la madre de Pepito, se marchó algo de la cabeza con la obsesión de la muerte del hijo y hasta trastornó al resto de la familia. No dejó de ir ni un sólo día al cementerio, y se quedó pareciendo ella el mismo cadáver. Don José, el marido, lo llevaba todo con mucha paciencia, con resignación de mártir. Justino y Mari Lola también sufrían. Tenía una hermana muy gorda, solterona, con algo de gracia, que a veces les distraía con sus cosas. Contaba una vez que, en la República, la encerraron en la cárcel un día porque llevaba en el cuello una cadena con una cruz y el motivo fue porque hubo una situación que dijeron: "¡Cruces fuera! y

yo, como la llevaba por dentro, me la puse por fuera". dijo. Recuerdo las canciones que cantaban por la calle a raíz de eso, "Por ir a la Plaza Nueva a defender la religión, me pusieron cinco duros o meterme a la prisión, me pusieron cinco duros y no los quise pagar, y por eso me tuvieron cinco días encerrá. Vamos muchachas a protestar, que no queremos la igualdad. Vamos muchachas a obedecer que este partido ha de caer."

Un día de los que nos invitó a comer esta familia, el padre de Pepito nos pidió que le pusiéramos Ramón al primer hijo. Miguel le dijo que me había prometido a mí ponerle Manuel como a mi padre. Don José lo comprendió, reaccionando después que le pusiéramos Manuel Ramón. Nos pareció bien la idea, queriendo complacer a esta familia. Ellos creían que al segundo hijo también le habíamos puesto Manuel Ramón.

Me acuerdo mucho de esta familia tan buena y tan desgraciada. Vivieron muy bajo de situación económica y de salud. Tenían el comercio de tejidos muy bien surtido y buena presentación, pero la dependencia no era adecuada. Estaba en el mostrador Don José, ya viejo, y otro dependiente, bastante bajo de talla, que se peinaba con raya en medio y algo duro de edad, y otro que tampoco era muy joven, poco atractivo para el público. Junto a ellos había una diminuta tienda propiedad de Bernardo Gilabert, primo hermano de Miguel, que dio en traer retales de géneros de Barcelona, con mucho rumbo y propaganda. Puso toda la fachada de la tienda cubierta de carteles anunciando sus géneros. La gente se lo comía. También había una gran tienda en la misma calle Mayor, enfrente, con unos cuantos dependientes jóvenes, que todos eran familia, que haciéndose los simpáticos "camelaron" a toda Orihuela y eran los que más vendían aquellos vestidos de crespón.

Tuvieron que vender el comercio y la finca en instalaron una librería en otro sitio de lo más céntrico de Orihuela, a la que le pusieron "Biblión". Abrieron la librería por deseo de Justino, pero era su padre el que estaba allí. También fue mal este negocio, pues no vendían casi nada.

Justino, a pesar de su buen aspecto, empezó con manías y aprensiones, y su salud se quebrantó, muriendo el día del Corpus de 1946. Después de la muerte de Justino, al padre, que era el único que tenía

fortaleza en esa casa, un día al cruzar la calle, lo mató un caballo. Al poco, murió la madre. La última en morir fue Mari Lola, sin quedar ya rastro de esta familia.

A Pepito lo conocí antes que a Miguel. Me lo tropezaba a diario por la calle Mayor. A veces estaba en la puerta de la tienda, pero no llegamos a tener amistad, ni siquiera el saludo. No coincidió de que Miguel me lo presentara, como más adelante a su familia, pero él sabía quien era yo. A su novia y a la madre de ésta y a sus hermanos los conocía porque vendían el pan en el puesto que tenían en la plaza, cerca de mi casa. A la madre la recuerdo como una mujer de mucho espíritu. Enviudó, quedándole ocho hijos, y ella continuó llevando el negocio del horno, haciéndole frente hasta lo más difícil. El hijo mayor enfermó de tuberculosis, y lo tenían en una casa en el campo, hasta que murió. Recomendación que hacían los médicos en aquel entonces a estos enfermos incurables, y además porque en Orihuela no se concebía a un enfermo en un establecimiento de comestibles, y menos a un muerto. Así lo manifestaba Carlos Fenoll al darle a Miguel la noticia de la muerte de Pepito y de su entierro, que todos los amigos lo llevaron en andas: "Bascuñana tuvo la suerte de haberlo podido llevar un buen pedazo. Yo, por razones de oficio, no pude. Era una verdadera porfía entre todos por llevarlo." La madre de Carlos Fenoll murió en 1942 y, a partir de su muerte, murió la fortaleza del horno y vino a tierra pocos años después.

No creo que a nadie le sea desconocido Ramón Sijé, el amigo al que con motivo de su muerte le dedicó Miguel la elegía tan divulgada con esta dedicatoria: "(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé con quien tanto quería)". Falleció el día 24 de diciembre de 1935, a los veintidós años de edad. A esa temprana edad, tenía la carrera de leyes terminada y era escritor. Con un gran talento que le dominaba, el exceso de trabajo le llegó a perjudicar. Con fecha 3-12-34, le escribía a Miguel a Madrid, y le decía:

"Tengo un trabajo enorme: anoche y anteanoche, me he acostado a las dos con la cabeza y la mano muerta de tanto escribir, esta noche me espera nuevamente la labor: he de hacer --aún-- la nota sobre tu auto sacramental. Ahora, cuando aca-

be de escribirte, iré a ver a Bellod, por si copiamos a máquina esos trabajos. Si no me veré obligado a la ingrata faena mecánica de copiar con mi mejor letra posible. Quizá todo esto retrase la publicación de nuestro "Gallo", pero espero que el día 15 --a lo más tardar-- estará ya publicada. Dios quiera no me impida esto el viaje a Madrid, pues tengo el tiempo justo para preparar mis exámenes de enero," (...)"Ayer recibí una revista cubana, y "33canciones", libro de Alvaro Arauz. Quisiera que pidieras a Bergamín una lista de revistas europeas y americanas --con sus direcciones-- a las que podríamos enviar nuestra revista. Gracias por esta gestión."

Se trataba de la revista "El Gallo Crisis", de la que era director, en la que Miguel colaboró en los seis números que salieron. Y en su última carta dirigida a Miguel, de fecha 29 de noviembre de 1935, veinticinco días antes de morir, le decía:

"No he contestado, con mi clásica rapidez de pájaro, a tu insistencia epistolar, por la pasión de un trabajo continuado y sangriento. Gracias a Dios, a mi novia y a mí, el ensayo crítico-poemático sobre el romanticismo histórico y antieuropeo de España está terminado."

Todo este afán de trabajo le arrebató la vida, y más todavía, que en su apariencia, era un hombre no muy fuerte, muy delgado y con un color de cara enfermizo. Parecía que andaba por el aire, y así decía Miguel, en la alocución al descubrir la lápida "Plaza de Ramón Sijé", que le dedicaron en Orihuela.

"Sé que su alma anda desde hoy con la precipitación con que solía andar su corazón y su cuerpo, anda y recorre esta plaza, y le complace su soledad cotidiana que acrecienta las siestas, las lluvias y las casas cerradas." (...) "Cayó agotado por la tremenda pelea inagotable de sus pensamientos y sus sentimientos, sus trabajos y sus fatigas."

Aunque esa plaza ya no lleva el nombre de "Ramón Sijé". Hace años que se la quitaron y le pusieron "Plaza del Marqués de Rafal", y a Ramón Sijé le dedicaron, según dicen, una calle próxima al colegio de Santo Domingo. Miguel empezó la alocución con este deseo suyo:

"Quisiera que esta piedra y esta plaza llevara siempre el nombre que le ha sido impuesto: Ramón Sijé."

Su hermano Justino dice de él en una prosa que voy a incluir aquí: "Su alma, motor dinámico de su yo". Y también en esta prosa pone Justino presente el físico de su hermano.

"Físicamente, la naturaleza no le prodigó todos sus dones; pero espiritualmente, el Creador le hizo partícipe de sus dotes."

El mismo Sijé describe el color de su semblante, diciéndole a Miguel:

"Y tengo mi sangre, tan colérica como la tuya. Aunque mi rostro sea más pálido; porque "El Cantar de los Cantares" ha hablado del moreno que da el sol."

Este fragmento de carta de Sijé refleja el contenido de ella, su descontento sobre el cambio que Miguel hizo espiritualmente. Aunque su espíritu fue siempre el mismo, y fuera del ambiente de Orihuela, todo lo vio Miguel más claro, y con su talento, pudo expresarse como él sentía.

Sijé era muy católico, y en sus cartas le recordaba a Miguel su pasado, del cual él estaba arrepentido haber escrito; así le escribía a Juan Guerrero Ruiz, señalando su "Auto Sacramental", publicado en "Cruz y Raya".

"Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esta obra, y ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí, ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de "Cruz y Raya", ni mucho menos con la exacerbada y triste revista de nuestro amigo Sijé."

Carlos Fenoll falleció en el año 1972, en Barcelona, en donde vivía hacía muchos años, trabajando en su oficio de panadero. Era poeta y dejó muy poca obra y desconocida. Fue muy amigo de Miguel, habían vivido en la misma calle de Arriba, en Orihuela. Miguel, en el número 73, y Carlos, en el número 5. Trabajaba en aquel tiempo en el horno de su madre. Su hermano Efrén divulgó la amistad de ambos, y cuánto orientaron Carlos y Ramón Sijé a Miguel literariamente. Lo presencié en su casa, cuando acompañé a Concha Zardoya, acompañada ésta de María de Gracia Ifach, cuando Concha se interesaba por cuantos datos podía recoger para su libro sobre Miguel. Y las reuniones que tenían en la ta-hona hablando sobre poesía, y que también acudía a estas reuniones

Ramón Sijé, que era el novio de su hermana Josefina. Este se llamaba José Marín Gutierrez. Ramón Sijé era el seudónimo que él mismo se puso, compuesto con las mismas letras de su nombre y primer apellido, pero su familia le llamaba Pepito, y en Orihuela, le llamábamos Pepito Garrigós.

Los Sijé y sus padres trataban a Miguel en familia, como si fuera otro miembro más de la misma, y Miguel correspondía siempre llamándoles padres y hermanos. Aunque esto ya es sabido por cartas que circulan de ambos publicadas en biografías, vamos a verlo entre otras cosas en una carta que le mandó a la cárcel el padre de Pepito y otra de Justino, adjunta en 1940.

Carlos Fenoll, decían, que no pudo superar la pérdida de Ramón Sijé, y más adelante la de Miguel, apoderándose de él un gran desánimo, que hasta le impedía seguir dentro de la literatura y no escribía casi nada, aunque se lo rogaran. Miguel le decía en este fragmento de carta sin fecha:

"La prosa de Justino es cada día más sencilla y emocionada, y tus poemas me parecen de lo mejor que has hecho en tu vida, hoy reanuda, de poeta. Creo que debes seguir sin nuevas interrupciones tu labor y procurar dar un libro pronto."

Pero ese libro, creo que nunca lo dio. Carlos había sido un joven muy alegre, lo recuerdo cuando iba a la plaza de Abastos por el año 1931. Hacía viajes en un carro tirado por un asno cuando le llevaba a su madre el pan que le iba haciendo falta para la venta de cada mañana. A veces, mientras esperaba el encargo de su madre, pasaba el rato en una mercería que había en la plaza, en un local de los bajos del edificio del cuartel, en donde había dos chicas jóvenes, que eran amigas mías. ¡Cómo recuerdo ahora cuando Carlos me daba el encargo de Miguel, y que yo no lo quise tomar! ¡Y cómo recuerdo también lo extrañado que se quedó, riéndose, cuando yo me fui de allí muerta de vergüenza! Se refiere este recuerdo a la carta publicada en biografías que Miguel le escribió a Ramón Sijé desde Madrid en su primer viaje a esa ciudad, y le decía, casi al final de la carta:

"(Que lea esto Fenoll), Carlos: ¿Te acuerdas de la niña aquella que vi la última tarde de mi estancia en Orihuela? Pienso en ella a todas horas. No te rías. Aunque te parezca absurdo, estoy como tú... Haz el favor de darle lo más discretamente que puedas, y a solas si es posible, ese sobrecito."

Sobre este suceso, me preguntaron varias personas si era cierto, y no lo recordaba, pero la memoria tiene a veces rincones que conmemoran las cosas tan frescas y auténticas. Y espero que, en adelante, me siga ayudando esta memoria, y entre ella y el interés mío, podamos dar a conocer algún día, otras circunstancias que siempre serían fieles.

Cartas de Carlos Fenoll a Miguel poseo algunas en mi archivo, de las cuales doy a conocer una, en la que se refiere a la muerte de Ramón Sijé.

Justino también era escritor, empezó a escribir después de la muerte de su hermano. Escribía con el seudónimo de Gabriel Sijé; el nombre, en recuerdo a Gabriel Miró, y el apellido, tomado del seudónimo de su hermano, aunque a veces se firmaba con su nombre auténtico, como una prosa que se halla en mi archivo, creo que inédita, con fecha 16 de enero de 1936, dedicada a su hermano con motivo de su muerte, con este título y esta dedicatoria a la novia de Ramón Sijé.

Ramón Sijé, visto a través de la sangre
Envío: A ti, Josefina, digna compañera del que se fue.

Esta prosa tal vez sea el trabajo al que alude Miguel en una carta a Fenoll.

"He tenido una carta de Justino con unos trabajos. Me pide que le diga qué me parece; yo le diría, que no siguiera el camino de su hermano ni mío, porque son muchas las penas que cuesta escribir con sangre y muchas las muertes."

También existe en mi archivo otro trabajo de Justino firmado con su verdadero nombre, con el título de: Consideraciones acerca de la muerte.

Carta del padre de Ramón Sijé y de Justino adjunta, a Miguel:

Orihuela, 4 de enero de 1940

Querido hijo Miguel: Es en nuestro poder tu grata postal, 21 del pasado, y mucho nos alegramos que el estado de tu salud sea bueno. Nosotros nada más que regular, la madre Presentación, con sus dolencias de siempre, agudizadas de vez en cuando, que nos ponen el malhumor que podrás figurarte. Justino también a días con las molestias de su pequeña dolencia. Ha empezado la carrera de Filosofía y Letras, y lleva ocho asignaturas, está en Murcia, en cuya Universidad cursa sus estudios, cuando comenzó el curso, en octubre, iba todos los días a Murcia y venía a casa a las dos de la tarde, pero después de ponerse clases por la tarde, hubo necesidad de buscarle una casa allí, y hacer este sacrificio. Yo le aconsejé, por ser una carrera algo más ligera, que estudiara Derecho, pero a él le gustaba más la de Filosofía y cedí a su inclinación.

Mucho te agradecemos todo tu sentido y fervoroso recuerdo a nuestro Pepito (q.e.p.d.), el día 24 de diciembre se cumplirán los cuatro años de su muerte, su recuerdo y el dolor por su muerte, está en nosotros cada día más vivo, y no hay un solo instante en que dejemos de pensar en nuestro queridísimo hijo.

Josefina nos entregó tu carta cuando te marchaste a Madrid, y yo no te escribí por pensar que pronto regresarías. Anteayer, estuvo en casa Josefina con tu hijo, están los dos muy bien, Manuel Ramón cada día más guapo y es un encanto de criatura, cuando lo veas te vas a volver loco de alegría, pues como te digo tu hijo es hermosísimo.

A tu padre lo veo algunas veces, y me dice que tu pobre madre está relativamente bien en lo que cabe, y que tus hermanos todos están bien, y lo mismo ellos que nosotros deseamos que pronto estés aquí.

Termino para alcanzar este correo, perdona que antes no te haya escrito debido a que mi cabeza, por las circunstancias por las que atraviesa mi negocio, la tengo tan floja, que hay veces que la ilación de las ideas al escribir se me van.

Escribe pronto, recibe cariñosos abrazos de la madre, Justino y Mariola, unidos a los que te envía tu padre,

Pepe

Querido hermano Miguelillo: Un gran abrazo y también un gran deseo de verte pronto entre nosotros. Tu carta nos causó una inmensa alegría, tanto por lo que significa para nosotros, como por el recuerdo que le dedicas a nuestro querido José. Tú y Agustico habéis sido los únicos que se han acor-

dado de él, en el aniversario de su muerte.

Mi vida siguió igual; estudio mucho, y me sirve al mismo tiempo para distraerme y alejarme un poco de todo lo duro de la vida. No creas que te olvidamos, pues continuamente tu nombre suena entre nosotros, especialmente la madre, que te quiere como un verdadero hijo, tú ya sabes lo honda que es ella en sus querer y sentires.

En amor y en literatura toda mi actividad es nula. El número de mis asignaturas no me permite esto y porque yo comprendo que es hora de sacrificarme y aprovechar bien el tiempo, ya que mis padres, sin poder, están también sacrificándose por mí.

No te soy más extenso, pues como te dice el padre, es la hora del correo y queremos que alcance la salida. Muchos recuerdos de Morell, él tampoco te olvida y siempre me pregunta por ti.

Un abrazo sincero y fuerte,

Justino

Carta de Carlos Fenoll, a Miguel:

Querido Miguel --llama y ceniza--. Aquí, al pie del horno exterior remero del horno, como tú me llamaste un día, escribo, traspasado el corazón por la vida, la pasión y la muerte de Pepito, frente a los dos símbolos: la llama y la ceniza.

Pienso que el tiempo va a tener que librar una de sus más rudas batallas para conseguir curar y cerrar en nuestro corazón esta herida aterradora de abismo.

Pienso ahora que Sijé era gigantesco, como una encina milenaria, puesto que sentimos pavor en el desamparo infinito que nos deja la ausencia de sus ramas.

Pienso en ti, Miguel, que eras su hijo espiritual más querido; al que más quería porque se le descarriaba un poco de vez en cuando... En ti, y en tu dolor y en tu pena, Miguel, pienso yo constantemente, por no haber tenido ni el consuelo de verle muerto y besarle la frente, consuelo que al fin y al cabo hemos tenido todos nosotros. Si nosotros no creemos, si nuestro espíritu se resiste a fijarse, a clavarse en la idea de que ha muerto, ¿qué será tú? Tú, que no has sentido el helor de su frente en tus labios...

Sijé se metió en cama el mismo día que nació mi hijo, 15 de diciembre, a las 8 de la noche, una hora después de haber venido a verlo con Josefina, pues todo fue llegar de mi casa al horno, que sentir un pequeño dolor en el bajo vientre y decirle a mi hermana que se iba a su casa a meterse en cama. Al otro día le escribía a Josefina diciéndole que le había dado un poco de fiebre, que se había purgado, que no se in-

quietara... Así siguió la cosa hasta el último día, escribiéndose ambos regularmente, sin que en ningún momento se notara la sombra que le iba cercando.

Ya te dije en mi carta anterior, que la gravedad se le presentó la misma Nochebuena, a las 7 y media o las ocho, y que tres horas después había muerto. Fue como un rayo.

Su médico de cabecera fue don Antonio Mira, que empezó a curarlo por su infección al estómago. ¿Estaba el mal ahí, realmente? Por muchas cosas, por muchos síntomas que vieron después Plaza y Ruiz, casi se afirma más la creencia de que fue de una pulmonía secreta, galopante, porque cuando le movieron para echarlo a la caja se le salían unos hilos de sangre por la boca. A don Antonio Mira lo culpa la gente de su muerte, aunque Marilola, su hermana, confiesa ahora que Pepito le dijo estas palabras antes de morir: "Que no culpe a don Antonio Mira de mi muerte, pues yo sabía que me moría desde el primer día que me metí en cama. Porque la última noche que me vine de casa de Josefina con el dolor, cuando iba por la puerta de la catedral se me apareció el Señor y me dijo: Vuelve sobre tus últimos pasos y despídete de Josefina, pues no la verás más."

Categoricamente, en resumen, nadie ha podido decir de qué ha muerto.

Lo cierto que lo hemos perdido nosotros para siempre.

En lo concerniente a homenajes, por ahora los propósitos son halagüeños. José María Quílez, Ballesteros, Martínez Arenas, Juanito Bellod, Augusto Pescador, Alfredo Serna y otros significados de aquí se han encargado de todo. Se va a abrir una suscripción en el periódico local "Acción", para costear su monumento, y a la calle de Arriba se le dará el nombre de Ramón Sijé, en lugar del de Aoad Penalva que tiene ahora. También se ha acordado de que, en caso de que no se le premie el libro en el Concurso Nacional, hacer aquí una edición del mismo a todo lujo, poniendo un precio elevado por ejemplar.

Y algún acto no previsto todavía. Ya le han mandado noticia de su muerte a todos los escritores de España amigos suyos.

En caso de que te soliciten para alguna cosa éstos de la comisión de homenaje, ya te avisaré. No creo que se enfríen los ánimos; ya veremos.

Josefina me encarga te diga que ella misma te escribirá.

Le dí la cuartilla que le mandabas en mi carta, y lloró mucho.

Mi hijo está muy bien. Es muy guapo.

Recibe un fuerte abrazo nuestro,

Carlos

Orihuela, 31 de diciembre de 1935.

Ramón Sijé, visto a través de la sangre

Envío: a ti, Josefina, digna compañera del que se fue.

Murió Ramón Sijé, murió mi hermano, la pluma amiga, siempre fiel del que se va, ha trazado sus cualidades relevantes. Por ella han hablado sus amigos, admiradores y todo el que tuvo con él la más pequeña amistad. Pero hasta ahora no ha hablado la voz de la sangre. Yo quisiera ser escritor, para poder rendirle este, mi pequeño homenaje póstumo. Pero a mi inteligencia, le suplirá un factor importantísimo en mí en estos momentos, el sentimiento. Hecha, pues, esta pequeña introducción, comenzaré: la vida de mi hermano y la mía fueron siempre juntas, como el pastor y la oveja, primero fue mi compañero de infancia, después mi amigo y consejero, más tarde mi maestro, y ahora mi héroe. Murió en la primavera de su vida, pero no, no ha muerto, su alma, motor dinámico de su Yo, vive en lo eterno, lo único que sufrió el soplo de la muerte fue su cuerpo, pobre y convertido en lo que es uno al principio de su ser. Y como consuelo para los que aquí lloramos su tránsito, queda su idea siempre latente y llena de vida.

Físicamente, la naturaleza no le prodigó todos sus dones; pero espiritualmente el Creador le hizo partícipe de sus dotes. Desde el comienzo de su lucha hasta su fin, su cuerpo sufrió embates, su corazón sintió e hizo sentir, su voluntad se mostró férrea desde el comienzo; hasta que un día la débil amarra de su barquichuela no pudo contener el furor de la tormenta y emprendió el viaje, pero su rumbo fue conocido a través de su estela y en medio de las turbias aguas del mar de la vida, su espuma fue pura y brillante. Yo náufrago, en el mar intenso navegaré asido en el madero de su obra; su obra truncada en lo mejor de su sazón al caer en la tierra maduró rápidamente, la incomprensión se tornó admiración, las rencillas y los rencores, fueron palabras de súplica y perdón; y allá en medio de su tumba, su Gallo canta y su cresta erguida desafía orgullosamente a los que le miran, mi creador ha muerto, pero Yo he pasado la crisis y su ki-ki-ri-ki, lo lanzó a los cuatro vientos.

Murió Sijé, murió el humano, el filósofo y el satírico --EN SUS VERDADES COMO PUÑOS--. En ellas mostró su alma sin artificios, el Gallo mostró su pico, pero su sátira no fue mordaz, era como una guía de que el camino del bien no era aquél; su crítica era imparcial y sincera, si alguna vez los

de enfrente lanzaron la piedra, la incomprensión pudo ser la madre de ello y ahora en su CRISIS que ya nunca pasará ofrecen amistad.

TÚ has muerto, porque no podías vivir, tu alma pura y cristalina, no fue creada sino para ser evangelista, y terminada tu predicación volver al seno de donde saliste. TÚ has muerto, como dijo tu mejor amigo, porque tu alma grande y noble, era pequeña para tu cuerpo.

He recorrido la Oleza de Gabriel Miró y la Oleza tuya, --oigo llantos-- ¿quién ha muerto?, ha muerto mi hijo. He ido también frente al busto de Gabriel Miró, siempre rígido y frío, pero hoy no, su faz en el helor del bronce me mira y sus labios parecen decirme: El está conmigo.

Ha llegado el amanecer, mi corazón experimenta una sacudida, ¿qué es? TÚ no pudiste sobrevivir a la crisis de tu gallo. PERO EN EL AMANECER DE OLEZA, EL LANZA SU GRITO ESTRIDENTE.

Orihuela, 16 de enero de 1936

Justino Marín



V

¡Cuánta agua habrá pasado por el río desde que yo tenía once años! Me ha hecho recordar esa edad, un paño de cañamazo, que he encontrado en un rincón de un cofre, que yo bordé con hilo rojo a punto de cruz, cuando iba al colegio. Lleva cenefas, estrellas, el abecedario de las letras minúsculas y las mayúsculas. Al final, en el poco espacio que quedó en blanco, Sor Ignacia me dictó la fecha en que lo terminé, que decía así: "Lo hizo Josefina Manresa, en 1927". Ya terminado, algo había que deshacer. "Hizo", lo puse con c en vez de z, y ya pueden imaginar lo que resultó diciendo. Pronto le echó el ojo Sor Ignacia, y mi trabajo me costó para que quedara correcto.

En ese mismo año que nos habíamos trasladado a Orihuela, como ya he dicho otras veces. ¡Qué vida más funesta que fui a localizar para mi pobre inteligencia! Me llamaba la atención ver a las señoras siempre puestas de mantilla. Iban a las funciones de iglesia y, aunque fueran a hacer una visita, se la ponían. Se oían las campanas de cerca y de lejos que decían: "Ven, ven, ven". Parejas de monjas de varios conventos, con diferentes hábitos. Frailes de color marrón y sus cabezas antonianas. Un cura, dos curas y tres curas juntos. Seminaristas sueltos y en largas filas.

El clamor de la gente porque había vuelto de sus viajes el Obispo, cuyo anillo nos "amotinábamos" a besar. Otro revuelo de gente y campaneos, porque había venido el Nuncio. Mendigos, inútiles, postrados en las puertas de las iglesias pidiendo: "Hermano, por caridad,

más vale darla que no pedirla". Más mendigos, de casa en casa, implorando: "Una limosna por Dios" y la voz que respondía: "Perdone, por Dios, hermano" u "Otra vez, será hermanico". Había una señora que solía decir "Perdone por Dios, hermano, yo rogaré para que le den en la casa de al lado". ¡Cuánta oscuridad! No salía para todos el sol. Pienso en Miguel con sus 16 años empapándose de la cosecha.

El día más blanco y alegre del año era el día de San José. Confiteros por todas las calles con el encargo de las buenas tortadas. Todo el día era un techo de bandejas de pasteles y tortadas, y se solía decir que San José era un santo muy goloso. La mejor repostería, y de fama, era la que hacían las monjas del convento de Santa Lucía. "Monja confitera", de Perito en lunas.

Salía yo del colegio y, me iba a mi casa. Mi padre llevaba en un paño una cataplasma de harina de linaza, para aplicársela en el pecho a uno de mis hermanos enfermos, con ayuda de mi madre. Después se había puesto el traje de gala y los guantes blancos, por ser el santo o cumpleaños de la reina; así lo celebraba la bandera en el amplio balcón de la sala de armas.

En otros ratos me enseñaba mi padre a leer y escribir, salteando en las páginas de la cartilla. A veces me oscurecía en una gran torpeza. Cuando volvía el puntero a señalar el verbo es, y yo siempre decía "se". Me enseñaba los números romanos, a sumar y restar, los días de la semana, los meses del año, el nombre de los dedos de la mano y a decir podrido en vez de "pudrido". Con interés nos hacía aprender a mis hermanos y a mí los nombres y los dos apellidos de los abuelos de ambas partes.

En mi casa sólo había un libro. Era un diccionario de amplio tamaño que mi padre repasaba mucho. Yo también lo repasé alguna vez, a pesar de su alta posición: en una leja, que me tenía que subir a la baranda de una cama para poderlo alcanzar. En la desgracia de Elda el buen libro desapareció.

. . .

Mi abuelo materno era agricultor de tierras propias y otras arrendadas. Un día se le presentó un íntimo amigo a comprarle una partida

de patatas que tenía en un almacén, y una vez ajustadas las patatas, quiso el amigo pagarle la señal de la compra como es costumbre, y mi abuelo exclamó: ¡Hombre!, ¿cómo entre amigos esta desconfianza.?"

El comprador quedó en llevarse las patatas días después. En esos días las patatas bajaron de precio, y el hombre quería pagarlas al precio actual. Mi abuelo le dijo todo lo que no quiso oír y prefirió que las patatas se pudrieran en el almacén. La gente de aquellos tiempos, que no se desdican nada de éstos, decía: ¡Qué tonto, yo no se las vendía a él, pero si estaban las patatas a cuatro céntimos y ahora a tres, eso que se gana! "Qué sabe cierta gente lo que es la sensibilidad de una persona y un espíritu herido?"

Con estas consecuencias repetidas, la casa vino abajo, y en mi abuela quedó grabado el contratiempo, hasta quedarse ciega a media vida. Después de muerto mi abuelo, iba algunas temporadas a mi casa y tenía yo sobre quince años cuando me preguntó si tenía novio, y yo le contesté que tenía amigos, y mi abuela me respondió: "Amigo, el más amigo, el más amigo la pega. No hay más amigo que Dios, y un duro en la faltriquera..." Ella tenía buen humor; refugió su desgracia en el rosario. Había leído mucho y sabía mucha historia mística, algunas cosas resultaban poéticas, por ejemplo: que la sierra era la espuma del Diluvio Universal...

Murió en 1939, a los 89 años. Cuando se enteró Miguel, por mi hermano, que había muerto la abuela Josefa, me contestó: "Ya no podrá rezar más por mí..."

. . .

¿Qué entusiasmo es éste de hoy, de poner la morada de mis abuelos paternos como reflejo y símbolo de la pobreza? La pobreza que Miguel conoció en la humanidad y que tanta huella dejó en su ser. Tenía mi abuela Gertrudis el arte de la economía, además de que se lo obligaba la pobreza. La estoy viendo con su capazo y la feseta (almocafre) cogiendo de la puerta de su casa, y detrás de ella, las piteras y paleras mustias y ponerlas en el corral reclinadas, terminándose de secar, y cuando estaban secas quisaba con ellas. Era ésa la leña que gastaba siempre. Era una mujer muy modosa y se administraba sin mo-

lestar a nadie; sin embargo a ella sí que la importunaban. La pedían las vecinas el azafrán, el pimiento molido y hasta la mesurica de aceite. Ella decía: "Imprebis, yo que no le pido nada a nadie y siempre tienen que venir a incomodarme!" Recuerdo que tenía un peso de balanza con dos capazos de esparto. En tiempo de guerra era la casa un hormiguero, unas que se llevaban el peso y otras que lo devolvían, les hacía el servicio de pesar comestibles que intercambiaban. El peso se deterioró tanto, con los bordes deshechos, y le decían que le iban a comprar uno. Mi abuela les decía que se lo compraran para ellas, que ella quería el suyo.

Recuerdo también, que las gentes de su antigüedad resaltaban las costumbres de gobierno que tenía en la casa, aunque recuerdo que también me lo contaba ella. Voy a contar los alimentos que tenían: la comida del medio día o, como dicen allí, "la comida caliente" la llevaba a la huerta para el marido y los hijos que estaban cavando barbecho. Esa era la costumbre que había en Cox, pero la cena que ponía mi abuela a aquellos hombres cansados de sol a sol, era un pan de tres libras y una fuente de altramuces en el centro de la mesa, que siempre era pequeña con las sillas bajas y se hartaban de ese manjar. A la noche siguiente eran sardinas saladas fritas con el correspondiente pan. Tenía cada uno su pedazo preferido, uno la cola, otro el cuerpo y el otro la cabeza. Con dos sardinas se componía la cena y buen trago de agua y a dormir, después de darle gracias a Dios. Otras veces era la cena una ensalada de tomate y cebolla en una fuente que sopaban allí y después se peleaban por beberse el "caldo de uñas".

Mi abuela remendaba para la gente que le llevaba ese trabajo. Tenía fama de remendar muy bien. Aún siendo tan vieja, yo la recuerdo cosiendo con unos puntos que apenas se veían, e hilvanaba con el mismo hilo de la tela. La gente comentaba, que cuando los hijos eran mozos llamaban la atención los domingos en el paseo y decían: "Hay que ver los hijos de la tía Gertrudis qué bien remendados que van. Que rodilleras y qué culeras más bien puestas llevan?" Todavía me lo cuentan a mí personas que lo saben por sus padres. Y la armonía que había en esa casa y el respeto que les tenían los hijos. Era una po-

breza bien llevada en todos los conceptos.

A mi abuelo lo recuerdo alto, muy guapo, con el pelo completamente blanco y los ojos azules. Murió el mismo día que yo cumplí los veinte años. Le oía contar que, siendo él pequeño hubo una escasez denominada "el año del hambre" y que su madre lo mandaba a la panadería a comprar el pan, que eran unos bollos de hariza de maiz. El pan lo pesaban y si tenía menos del kilo le añadían hasta llegar a él, y si pasaba le cortaban el que sobraba. Mi abuelo dice que iba diciendo por el camino: "Señor, que me entre torna." Y si le entraba torna se sentaba en cualquier portal y se la comía poniendo la otra mano debajo amparando las migas que caían, para que no se desperdiciaran.

Contabam que era un hombre muy recto. Los hijos, los tres, estaban fuera de quinta y con novia. Tenían la obligación de no retirarse por las noches en verano más tarde de las nueve. A uno de ellos le dieron las horas entrando a la casa y mi abuelo le dió una bofetada. El hijo, sin replicar, agachó la cabeza y se fue a su cuarto a dormir.

Mi padre respetaba y quería mucho a sus padres. Viviendo nosotros en Orihuela, iba dos o tres veces por semana a verlos, aunque sólo le diera tiempo de darles un beso, ni siquiera sentarse, y al momento le hacía el alto a otro camión, y en una hora había hecho el viaje de ida y vuelta.

La pobre de mi abuela tuvo tres hijos de un golpe, vinieron adelantados a causa de un susto que llevó. Se quemó una garbera de agrami- zas que había en el corral. Ella, que había oído desde la huerta tocar las campanas a rebato, y el peligro estaba en su casa. Se había ido a la huerta a llevarle de comer a mi abuelo y se dejó a sus hijos y a unos sobrinos jugando en la casa, éstos encendieron lumbre en el corral para hacer "comidicas" y, huyendo del fuego, se salieron a la calle olvidándose de un niño de pañales, hijo de una cuñada, que los niños lo habían recostado por allí, y quedó carbonizado. La cuñada le dejó de hablar a mi abuela por muchos años.

Los trillizos que tuvo mi abuela, los tres murieron a los ocho días, pues eran de ocho meses y entonces no vivían más que los de nueve meses y los de siete, decían. Eran más grandes que cuando na-

ce uno solo, me contaba mi abuela. Decía que no se podía sentar y que hacía faja de pie, y como la pobreza es la creación de la inocencia, preparó ajuar de quita y pon para uno sólo, y resultó que quedaron dos vestidos y uno al natural. ¿Morirían de frío? no lo creo, siempre había otros ropajes que hacían de precisión, además de que en estos casos abunda la dichosa caridad. Ella siempre había sido pobre y conocía bien esa estrechez y a veces discurría con gracia. En Cox todavía es costumbre ir a Murcia a hacer las compras importantes, van las chicas por el traje de novia y otros menesteres del ajuar. Cuentan que mi abuela también fue a Murcia a comprar la cubierta de novia. El dependiente sacó cubiertas de dos clases: una de ellas llevaban flecos terminados en borlas, que era la que a ella le gustaba, pero había cinco pesetas de diferencia de una a otra; muy pensativa, tardaba a decidirse por una o por otra, y al fin respiró: "Buen hombre, por un duro más o menos, eche usted borlas."

La pobreza y la miseria se estancó en una costumbre en ciertas personas. Había un hombre, que por ser tan miserable, le decían "Céntimo". Su mujer descubrió la riqueza después de morir él, cuando en los cajones de la mesa se encontró con tantísimas escrituras de fabulosas fincas. Ahora es cuando no iba a ir a la tienda tres veces al día a comprar aceite. No sé si era feo o bonito de ver cómo se cruzaban las mujeres con una botella de a cuarto de litro, que había sido de gaseosa, el embudo puesto en ella y la medida dentro del embudo. Compraban el aceite que necesitaban cada vez que iban a guisar.

. . .

Cuando yo amasaba pan en tiempo de guerra, no me salió mejor amasijo que el primero que hice. En Cox daban el racionamiento en harina en vez de pan y yo la guardaba, y de varias remesas hacía, de una vez, un amasijo. Yo no había visto nunca amasar a nadie, pero yo sabía que había que hacer la creciente por la noche para amasar al día siguiente por la mañana temprano. Ya tenía yo la creciente hecha, cuando me entró una intranquilidad de que algo le faltaba. Recordé que las vecinas iban de casa en casa preguntando: "¿Me dejas la creciente?" A mí, que no me gustaba que nadie supiera mis faltas, la situación me

obligó a cerciorarme. Era muy importante echar a perder un amasijo en aquel tiempo. Enfrente de mi casa vivía "La Picanta", que a mi pregunta contestó ella muy natural. "¿Tú andarías sin pies? Yo amasé ayer y dejé creciente, pero lleva boniato, si la quieres puedes mezclarla con esa masa que has hecho." Me traje el pie de creciente, hice la mezcla que me dijo mi vecina "La Picanta", y al día siguiente se desbordaba del lebrillo. Le puse agua caliente y la harina que iba admitiendo, y trabajo, que yo me recreaba en él. Lleve la tabla de pan al horno de Román, y me salió un pan que quién pudiera comerse ahora.

Lo mismo me ocurrió con el primer guiso que hice. Mi madre solía decirme, cuando ya tenía novio formal, que me enseñaría a guisar. Yo le preguntaba cómo se hacía tal comida o la otra, que con una explicación que me diera sería suficiente. Ella me decía que había que practicarlo, pero me las explicaba con la dulzura y bondad que ella tenía. Ella me conocía bien y sabía que yo no fracasaría. Recuerdo que hacía muy poco tiempo que había muerto mi madre, un mes haría. Vimo Miguel del frente y tuve la disposición de matar un conejo para hacer arroz. Yo sabía gobernármelo todo, menos a la hora de echar el arroz qué agua admitiría. Ahí sí que me vi apurada, porque no me encontraba sola en la cocina, sino que también estaban mi abuela y mi tía, allí permanentes sentadas alrededor, ellas guisando en el hogaril y yo en unas trébedes, pues era la cocina en el suelo. Lo más natural era que yo les hubiera dicho que me echaran una mano, pero temía que ellas riéndose con sus bromas me dijeran: "moza me llamo, casarme quiero". Además tampoco quería que Miguel se enterara que yo no sabía guisar. Sólo me tranquilizaba sabiendo que ellas comían a las doce y nosotros más tarde. Efectivamente, ¡qué descanso fue para mí cuando vi que cogieron el guiso y se fueron al centro de la cocina y se dispusieron a comer! Y yo, que mi posición era a espaldas de ellas, inmediatamente eché el arroz. Procuré que hubiera poco caldo para ir añadiendo si hubiera sido preciso. Así fue, al momento se había consumido el caldo y el arroz estaba crudo. Le añadí varias veces agua, hasta que al fin salí de mis apuros,

y eso que dicen, que al arroz seco no se le debe añadir agua, que sale blando. Miguel decía: "qué bueno que está", y mis cuatro hermanos no se quedaron atrás tampoco. Los demás guisos me fueron más fáciles, además de que yo iba preguntando con un poco de idea cuando estábamos las vecinas tomando el fresco en la puerta de la calle. Venía a comentarse, entre otras cosas, la comida que había hecho cada cual ese día. Yo, con disimulo preguntaba cómo hacían ellas tal comida, y después de la explicación que me daban, contestaba yo: "Así la hago yo también". Coincidió también, que no se les podía poner lo necesario a los guisos, porque ya se sabe que así pasaba en tiempo de guerra y podía uno tener excusa, y porque en esos tiempos de escasez, todo estaba bueno, además de que Miguel se alimentaba mucho peor fuera. Ya me decía desde la guerra en una carta, que echaba de menos las patatas,

"que me gustan más que estos garbanzos que me dan de mañana y de noche, y que me tienen siempre con el aire en el pantalón.

Y, si es desde la cárcel, me decía que tenía gana de comer conmigo aunque sólo fuera cebolla.

"Hasta la cebolla echo de menos sin tí, nena. No es extraño, sabes, porque el rancho sabe a cuerno quemado, cuando mo a zapatilla frita."

VI

El oficio que se consideraba más decentillo en Orihuela, en mis años de niña y en mi primera juventud, era el de modista, o sastresa. Los demás los tenían como una gran bajeza, como la fábrica de la seda o los almacenes de empapelar naranja, en el tiempo de ella. La fábrica de la seda la pusieron unos italianos por el año 1929. Los jornales que pagaban eran muy bajos. Según decían en Orihuela, los italianos querían pagar mejor, pero un tal Bascuñana de Orihuela les indicó que allí no había otra industria y que trabajarían por lo que les dieran. Allí entré yo a trabajar en 1930. A dos chicas, Ana María y Carmencita, también las apuntó su padre. Eran también hijas de un guardia civil que le decían el señor García, o "el de las barbas", porque era el único guardia que llevaba barba, y el único hombre barbudo que había en Orihuela, excepto los frailes que abundaban más que moscas. (¡Las veces que corriámos nosotros a besarles las manos!).

Estas chicas no llegaron a ir a la fábrica por la bajeza que representaba para ellas. Se creían de clase media. A mí me decían mis compañeras de trabajo: "Hija de un guardia civil, ¿y vas a la fábrica?" Tenían la mentalidad de rebajarse ellas mismas.

El primer oficio que me dieron en la fábrica fue el de cepillera. Consistía en estar delante de dos calderas, con el agua hirviendo, una más pequeña de unos 30 centímetros en círculo que llevaba un cepillo de esparto en la parte de arriba haciendo de tapadera. Este cepillo circulaba a fuerza eléctrica hacia un lado y otro unos minutos

ablandando la cantidad de capullos que se habían hecho dentro. Cuando paraba, levantando el cepillo hacia arriba, donde había quedado pegada en él la maraña de la seda, se despegaba de allí y, sin dejarla de la mano, se sacaba el contenido de los capullos con una sartén escurridera y se ponía en la otra caldera alargada, más grande, y allí se trabajaba dándole tirones con las dos manos hasta conseguir que quedara una sola hebra en cada capullo. Luego se volvía a sacar con la sartén enrollando la cantidad de hebras en el mango y se le pasaba a la hilandera.

Después me pasaron a hilandera. Ahí estaba sentada delante de una máquina con una caldera de unos 70 centímetros de ancha. La máquina llevaba unas ocho piezas huecas, redondas, que rodaban eléctricamente, y a cada una se le ponían cinco o seis capullos, según se deseaba que fuera de gruesa la hebra de la seda, y conforme se iban apurando se quitaba el más gastado y se añadía otro nuevo. No había que dejarlos muy apurados porque resultaba la hebra de la seda más fina y con pedazos desiguales. Se ponía la hebra entre dos dedos y se arrimaba a la rueda eléctrica, que no paraba de rodar, con el peligro de cogerse los dedos. Más tarde, cuando mejor oficio tenía, me salí de allí. Trabajaba entonces de empalmadora. Se trataba de añadir la hebra, que se rompía en la máquina, de hilandera a devanadora. En ese oficio descansaron las manos, que sufrían las quemaduras del vapor de agua en las juntas de los dedos. El olor tampoco era agradable, y ver y respirar aquella atmósfera de montones de gusanos hervidos, tampoco era precisamente grato.

Los encargados que había allí, o con parte del negocio, eran italianos. Había un don José, a quién le decíamos "pelos tiesos", bastante malcarado, que se paseaba de punta a punta por el centro donde estaban las máquinas a un lado y a otro. Reñía con tal alboroto, que parecía un león rugiendo. Al poco de estar la fábrica en marcha, se trajo de su país a dos encargadas, no tardando mucho tiempo en casarse con la más alta y bien parecida. Trabajaba en la fábrica más gente de las afueras de Orihuela que de Orihuela mismo.

Los dos años que estuve trabajando allí no fue por gusto mío. Yo no quería ir, me gustaba mucho coser, y mi madre sufría conmigo.

Además me atormentaban las compañeras diciendo que no me requería trabajar allí. El madrugón que representaba para mí levantarme a las siete de sol, de noche en invierno, y caminar muy lejos, la mitad del camino, carretera casi siempre solitaria. Aunque en aquel tiempo nadie se metía con nadie.

A veces me tropezaba con una mujer, que le decían "La chela", que siempre llevaba por costumbre el seno lleno de perros recién nacidos. La única recompensa que tenía era la alegría de llevar a mi casa, los sábados, un jornal que aliviaba bastante. Yo siempre había tenido mucha preocupación por la situación de mi casa y siempre le preguntaba a mi madre cuánto dinero le quedaba para terminar el mes, y mi madre se reía de ese interés mío.

Mi padre se hizo el cargo de mi deseo y el de mi madre, de que me saliera de la fábrica y que me metiera en un taller de costura. Aunque tardé en ganar dinero, cosía la ropa de todos nosotros, y algo era de beneficio. Mi padre, a pesar de lo mucho que me quería, sabía que, con el sueldo suyo, era imposible poder pasar.

No sé por qué viene a cuento decir yo que siempre fui muy puntual en el horario del trabajo. Iba a ser el tronco de las ramas que iban a venir después, pero no lo recuerdo.

Siempre fui de las primeras, por no decir la primera, en llegar al trabajo. No me gustaba perder un día, ni estando enferma, aunque nunca tuve enfermedades que me lo pudieran impedir mucho. Cuando iba al colegio me pasaba lo mismo. Iba hasta los jueves por la tarde, que era el día que no teníamos colegio o labor. Al colegio le llamábamos "la labor". Esto lo hacía yo en el colegio de la Beneficencia. Iba ese día, por la tarde, y mis maestras, Sor Gregoria, de muy baja estatura, y Sor Ignacia, muy mujerona, se reían cuando me veían llegar. A este colegio le decían en Orihuela "La Misericordia", y a las niñas que había allí, huérfanas recogidas, "las misericordiosas". Nosotras, las externas, estábamos en clase junto con ellas, y sólo nos diferenciaba el uniforme, que era de diferente color, y en que pagábamos cinco pesetas mensuales.

Estas niñas estaban muy bien tratadas, y salían de allí hechas unas mujeres de provecho, y educadas. Las enseñaban a bordar, a coser, y a los quehaceres de la casa, que era lo que entonces se veía suficiente para una mujer. Algunas salían de allí para casarse, y otras si tenían familia, las sacaban cuando les era posible. Ahora recuerdo a una mujer y su relato. Era del campo de Cox. Se quedó viuda muy joven, y con una niña de un año. Vivía en el campo, trabajaba en esas duras faenas de la tierra, y no quería que su hija llegara a ser esclava de estas faenas. Vestía de negro, con un pañuelo a la cabeza atado al cuello, y parecía mentira que aquella voz, timbrada de tan impresionante ponderación, saliera de debajo de aquel pañuelo que casi le tapaba la cara de campesina. Sus aspiraciones, aunque justas, fueron muy altas. ¡Pero qué ingrato es el sacrificio y qué torcidas salen casi siempre las cuentas! Con la pretensión de que la hija estudiara, vio la solución de irse a Orihuela y ponerse a servir, que era lo más seguro y ventajoso para poder ahorrar un dinero, ya que la comida era segura. Y la niña, ¿dónde la dejaba? No tenía con quien. La solución fue internarla en la Beneficencia. La niña fue creciendo y la madre, con sus sacrificios y desvelos, pidiendo favores por todas partes, tuvo la recompensa de ver a su hija con la carrera de maestra terminada. No llegó a ejercer. Un campesino, hermano de su padre, casi de la misma edad que ella, le salió al encuentro y se enamoraron. La madre se opuso a ello, no sólo por el parentesco que les unía, sino porque no lo consideraba buena persona. Había soportado algunos atropellos de esa familia.

La hija desobedeció a la madre y se fue con su tío. Y ya consumado los tuvieron que casar. El marido le prohibía que hablara con su madre, y la hija obedecía. Le decía que había sido una mala madre, que la humilló criándola en la Misericordia. La pobre mujer, con su pena, decía: "¡Con tanto que he luchado para que no sufriera como yo, y ahora la veo hecha una negrica trabajando en el campo, arrastrada por los bancales!"

. . .

Cuando trabajaba yo en el taller de la calle de San Juan --en la misma calle que me alegra recordar que nació Miguel--teniendo yo so-

bre los dieciséis años, una tarde, a la salida del taller, al pasar por enfrente de la iglesia de San Juan, entraba en ella un hombre bajo, enjuto, con la cabeza algo agachada, con andares como si se le hiciera tarde. Una de mis compañeras me dijo: "¿Ves ese hombre que entra en la iglesia? Pues tiene penitencia de dormir ahí mientras viva, porque mató a su hijo. El quería que fuera cura, y el chico tenía novia y se iba a casar. Tiene dos hijos curas y dos hijas monjas, y éste era maestro de escuela y le obligaba a ser religioso como a los otros hijos, pero no le pudo despertar la vocación. Una noche de las que venía de festejar, lo esperaba el padre en la oscuridad de la entrada de la escalera, y apenas oyó meter la llave en la cerradura, inmediatamente, le disparó un tiro. "A raíz de enterarme de esto lo oía comentar a otras personas allí en Orihuela.

Este señor tenía en Elche dos sobrinas: Remedios y María Almarcha. Yo tenía amistad con ellas. Hará unos catorce años le pregunté a María si era cierto que su tío mató a su hijo. Ella me lo afirmó con mucha pena y odio contra él, y me contó que ella presenció cómo una pareja de la guardia civil le obligó a estar toda la noche, en pie, apuntando a su hijo con el arma que lo mató. Este fue el castigo que le pusieron.

A primeros de enero de 1978 he recordado todo esto al encontrarme con un matrimonio del mismo campo de la Murada, de donde era él, pero que vivían enfrente de la casa de este señor en un callejón de la calle del Colegio de Orihuela, donde ocurrió el hecho. Le pregunté si ellos habían oído decir que este señor mató a su hijo, y el marido y la mujer, a porfía, me contaron lo que sigue: Le dio varios tiros, y el hijo, durante los disparos, decía: "Padre, por Dios, ¿qué pasa? No murió en el acto y, estando en la agonía, su hermano Luis, junto a él, le insistía: "Perdona al padre" Este con su cargo de canónigo, lo libró de la cárcel. Le bastó con las penitencias. Iba muy andrajoso y se daba unas largas caminatas, que no podía conllevar. Y dormía en la iglesia.

Era un hombre muy malo, y a su mujer le dio una vida de calvario. Estaba a punto de cantar misa y renunció para casarse. Le contó ella a mi madre que la primera noche de novios, echó al suelo una libra

de garbanzos, y le obligó a pasar de rodillas hasta que la mujer decía: "Manuel, que no puedo más. Esto yo no lo puedo resistir". Y él contestaba que había que sufrir por Dios, que más sufrió él por nosotros. "Pues, sufre tú, que yo no puedo más", le contestaba la infeliz.

Esto decía toda Orihuela. Los detalles los debo a las personas que cito por habérselo oído. Con el tiempo, cuando ser obispo dependía del que mandaba en todo desde El Pardo, uno de los hijos de este hombre, del que estas horribles cosas decía la gente, llegó a obispo de una importante diócesis, donde se alza una de las más importantes catedrales que hay en España.



VII

La ilusión que tenía Miguel respecto a la fecha de nuestro casamiento era para el mes de enero de 1937, así nos lo habíamos prometido, pero la guerra nos lo aplazó y fue con menos alegría de la prevista, por el luto de mi casa y el dolor de la guerra.

Nos casamos el día nueve de marzo de ese mismo año, a la una de la tarde, en Orihuela, por lo civil y ante Dios, porque en las circunstancias de la guerra, no había medio de celebrarlo por la Iglesia. Esta da por canónico el casamiento.

Como Franco declaró nulos estos matrimonios, contra lo que dispone la Iglesia, tuvimos que pasar luego por la pena de casarnos otra vez, "in articulo mortis", el 4 de marzo de 1942. El día antes estuve en la Iglesia de San Nicolás y, ya arrodillada en el confesionario, no me decidí a confesarme porque, en la situación que nos encontrábamos, de tanta injusticia y sufrimientos, lo consideraba más bien pecar. El padre Vendrell, que era el confesor, al rato de estar esperando el "padre me acuso", me insistió y yo le dije: "lo único que puedo decirle es que mi marido se me está muriendo en la cárcel y estoy sufriendo mucho". El me contestó, con tono de jesuita: "Hija, la Iglesia no tiene la culpa de eso, la culpa la tienen los hombres". Yo me marché sin contestarle.

El casamiento en la cárcel no fue en la capilla, como dice el libro Miguel Hernández en Alicante, de Vicente Ramos y M. Molina (Co-

lección Ifach, 1976. Alicante). Miguel no se podía mover de la cama. Estaba casi moribundo ya, sin cesar de tirar postema por una cánula que iba a parar a una botella que había debajo de la cama. Recuerdo que una de las veces que lo visité le di yo con el pie a la botella, recibiendo Miguel gran molestia. Me dijo Miguel que me sentara a su lado, encima de la cama, y tropecé con la botella. Me dio mucha pena y Miguel me consoló.

A la boda realizada en 1937 no fue mi madre porque se encontraba ya muy delicada de salud. Ella se dejó morir. No quiso que la viera el médico, no pudo resistir la muerte que le dieron a mi padre. Aquél sobresalto le ocasionó grandes derrames quedándose sin sangre, y formándosele, de esa enfermedad, un cáncer. Después tuvo la suerte de morir de pulmonía, librándose de los terribles dolores de esa enfermedad que, entonces, era más dolorosa. De familia mía solo fue a la boda una hermana de mi padre. El convite consistió en una comida de arroz y costra, que hizo la madre de Miguel, y se celebró allí en su casa. A Miguel le brotaba la alegría. A mí, además de la alegría, la tristeza, pues tenía presente el recuerdo de la pérdida de mi padre, y a mi madre, que me la dejaba enferma, aunque yo no pensaba que su enfermedad era de muerte. No sabíamos todavía que tenía cáncer. Se quedó con mis hermanos, mi abuela y mi tía.

Los testigos de la boda fueron Carlos Fenoll y Jesús Poveda. También estaba de invitada Josefina Fenoll, que era novia de Poveda, y alguna familia de Miguel y Bascuñana, un amigo que le decían "El arriero" que dio suelta a su voz de barítono. A los postres, poniéndose Miguel de pie, recitó las poesías que tenía escritas de Viento del pueblo.

Cuando ya terminó el jaleo, nos marchamos a Murcia con los invitados. Era esa la costumbre de Orihuela. Por la noche nos fuimos a Cox, y mi madre no pensaba que nos marchábamos tan pronto a Jaén, donde Miguel estaba destinado en "El Altavoz del Frente Sur". Esa noche la pasamos en Alicante, en un hotel que estaba en la Explanada, mirando al mar. Recuerdo, cuando a Miguel le pidieron en el hotel la identidad, dijo que su profesión era "Escritor y poeta!" Al

día siguiente estuvimos en la playa. Había por allí fotógrafos y nos hicimos una fotografía en la que salimos dentro de un corazón, y que no tuvimos más remedio que romper. Por la noche lo pasamos en Alcoy, y al día siguiente ya estábamos en Jaén.

Aquella residencia de Jaén en donde estaba instalado "El Altavoz del Frente Sur", había sido la casa de una marquesa. A una señora, que se llamaba Lucía, le decían la responsable de allí, y a mí me "obsequió" con dos servilletes de plata con las iniciales de la marquesa, y unas cortinas de encaje de color beige. A mí me ofendió mucho el "regalo". No era cosa que yo ambicionaba, y menos todavía de esa manera, y así se lo hice saber a Miguel. El me dijo que, cuando nos fuéramos, lo dejara allí. Y allí se quedó cuando me vine a la muerte de mi madre. Mis ropas es lo que yo hubiera querido traerme. Yo me había llevado dos juegos de cama y toallas. Todo se quedó allí cuando me vine. A Miguel le pedí varias veces que me trajera esa ropa, y sólo me trajo dos sábanas y un cabecero, como así me lo decía en su carta:

"si, nena, ya tengo en la maleta las dos sábanas y el cabecero guardadas y además me ha traído Lucía aquellas cosas de plata que te regaló y que te llevaré si tu quieres, aunque yo preferiría dejar aquí porque no han sido ganadas con el dinero de mi trabajo."

Yo no le contesté a eso, y ya nunca se comentó. Ya no volví a Jaén ni salí de Cox. Me quedé a cargo de mis hermanas y, además, ya estaba en estado de no poderme asustar.

En Jaén presencié un bombardeo que me impresionó mucho. Se veían personas que casi se podían salvar. Los familiares a los que le cogió fuera, lloraban desesperados allí en los escombros. Recuerdo a un niño, de unos diez años, muriendo entre una puerta y la pared. Miguel había salido a un pueblo cercano, para dos o tres días, y al enterarse del bombardeo en Jaén me telefoneó preguntándome si me había asustado. Mi madre también se enteró del bombardeo de Jaén. Es lo que le faltaba a ella. Esto la hizo sufrir mucho. Todo el tiempo que duró el bombardeo lo pasamos en un patio que había allí muy amplio, y yo hacía lo que veía hacer a los demás. Me ponía las manos

en la cabeza. Este detalle se lo contaron a Miguel cuando vino, y le causó mucha risa.

Allí conocí a Martínez de León, "Oselito"; a Pedro Garfias, un hombre con atropello para hablar; a José Herrera Petere, el de la "verde oliva", más que verde plateada"; Martínez Cartón, que cantaba figurando voz de tiple, en aquellos ratos de reunión, y a otros. Allí me decían Fátima.

Nosotros salíamos un rato a las afueras, a una Partida que le decían Jabalcuz. Allí había una alberca donde Miguel se bañaba. Otras veces escribía yo a máquina. Yo me quería enseñar, y Miguel me dictaba cosas que nos hacía reír. Una vez fuimos a correos a enviarle a mi madre cien pesetas. Esta era la única ayuda que tuvo de nosotros, y la quería devolver a pesar de la necesidad que tenía.

Se cobró la pensión de mi padre hasta el fin de 1936 y aunque después se solicitó --ocupándose Miguel de ello--, no se consiguió. Ya fallecida mi madre, hacía falta nombrar un tutor para volver a solicitarla en favor de mis hermanos; ningún familiar quería serlo, aconsejándole a Miguel que fuera él. Yo también se lo aconsejé y me decía por carta que para qué lo metía en esos líos, pero lo aceptó, pues había que poner en marcha de nuevo la petición de la pensión. Fue una lucha para él esta situación, las continuas visitas al habilitado de Alicante, que cada vez le contaba una historia nueva, pasándose así el tiempo y nada se resolvió. Terminada la guerra y Miguel en la cárcel, se nombró tutor a un hermano de mi padre, que vivía en Alicante, el cual se puso en contacto con D. Vicente Aleixandre que se tomó mucho interés, con la esperanza de que fuera concedida la pensión que él creía justa. Para ello contaba con la ayuda de su amigo José Luis Cano, cuyo padre trabajaba en el Consejo Supremo y, en vista de ello, acordaron hacer una nueva petición. Eso me decía Aleixandre en abril de 1941: "Hoy he hablado con el amigo de aquí que me ayuda en lo de la pensión de Vds. Le dije lo que Vd. me decía en su carta. El siente que el habilitado de Vds. tercamente no haya preparado otra nueva instancia, como yo le dije a Vd. Pero en vista de lo que me dice Vd., mi amigo volverá a buscar la instancia de Vds. en el Consejo Supremo". El 6 de mayo de 1941 me escribe otra

vez Aleixandre: "Querida Josefina: hemos tenido suerte, pues su instancia de Vd. hemos conseguido encontrarla, gracias al interés con que mis amigos lo han tomado. Pero ha aparecido falta de un documento que es necesario y que le he pedido a su tío y tutor de Vds. a quien he escrito diciéndoselo y contestando al mismo tiempo a la carta que él me ha escrito. Vd. no tiene que ocuparse pues ya le he encargado a su tío Juan que le pida ese documento al habilitado. Estoy muy contento con la aparición de la instancia, que ha quedado apartada, y en cuanto su tío me mande el documento, se pondrá otra vez en marcha y confío que con buen resultado".

Pero el habilitado, en vez de enviarle el documento directamente a Aleixandre como él pedía, lo mandó a Valencia a la Capitanía General. Fueron más de dos años de cartas continuas de Aleixandre sobre el particular, y el 23 de marzo de 1942 me decía: "José Luis me dice que el documento testifical no ha llegado al Consejo Supremo. Hemos convenido en ver si es posible que la Capitanía General de Valencia de noticias sobre ese documento, para ello José Luis va a intentar que sea el Consejo Supremo el que pida noticias sobre el documento de la Capitanía para que lo busquen o digan a donde lo han mandado. Creo recordar me dijo Vd. que era la Capitanía General de Valencia la que el 3 de enero lo mandó al Consejo Supremo. Si no es la Capitanía General adviértámelo Vd. al escribirme".

Después de tanto tiempo y lucha, me escribía Aleixandre el 7 de abril de 1943: "Hoy desgraciadamente tengo que darle malas impresiones de la pensión de Vds. Según impresiones parece que el Fiscal del Consejo Supremo ha informado en contra de la concesión de la pensión, estimando que no está demostrado suficientemente que su padre de Vds. muriese en defensa del Movimiento. Si, en efecto, el informe del Fiscal es ese, por muy arbitrario que parezca, no cabrá nada que hacer porque la Sala de Pensiones se atiene al informe del Fiscal. Aún no sé seguro si así es dicho informe, aunque parece es así.

"Excuso decirle a Vd. el dolor que tal resolución me ha producido ante el derrumbamiento de las esperanzas de esa pensión que tan justamente se solicitaba. Llego a pensar si algún enemigo, si algún sin alma se habrá interpuesto en este asunto, pues de otro modo es inex-

plicable, a primera vista".

Contaban que ese día, 13 de agosto de 1936, tuvo orden la guardia civil del puesto de Elda, más los concentrados que se encontraban esos días allí, de marchar al frente de Madrid. En la calle se encontraban cuatro guardias, y un cabo. (El cabo Marcos, concentrado, que era de Callosa de Segura). Un tal Esteve, de Albatera (guardia civil de caballería, también concentrado allí) le dijo a los milicianos que la guardia civil de Elda, al llegar a no sé que punto, se iba a sublevar. Los milicianos desarmaron a estos guardias. El cabo, que llevaba un arma secreta disparó contra los milicianos y éstos mataron a dichos guardias y al cabo. Después, se fueron al cuartel y dispararon en la puerta. A un guardia le alcanzó, por suerte, una bala en la hebilla del cinto. Uno de los guardias cayó herido de gravedad, con una bala en el pecho que, pasado el tiempo, le pudieron extraer y salvarse. Los milicianos visitaban con frecuencia el hospital pues querían terminarlo de matar. Pero las monjas, con sus embustes piadosos, siempre les decían que se encontraba moribundo, y no los dejaban pasar. Entreteniendo y engañando a estos hombres despiadados se pudo salvar el guardia civil Delgado.

Mi padre había salido a ponerle un telegrama a un hermano suyo, empleado electricista en la estación de Alcazar de San Juan, comunicándole a la hora que pasaba para poderse ver con él. Mi tío José recibió el telegrama y, no viendo pasar a mi padre en el tren que le indicaba, y al enterarse al día siguiente, por la prensa, del suceso ocurrido en Elda con la guardia civil, pensó con acierto que mi padre sería una de las víctimas. Y no se equivocó.

El guardia civil Esteve se unió a los milicianos. Yo lo vi un día por Alicante con el mono azul y su machete al lado. Cuando acabó la guerra emigró al extranjero.

Cobramos la pensión de mi padre hasta diciembre de 1936. Todos los meses iba yo a la Comandancia de Alicante acompañada de la señora Amada, la viuda del cabo Marcos, con su manto de luto que le cubría la cara y le arrastraba hasta los pies. Yo llevaba velo que me cubría hasta encima de las cejas. Todos los meses venía esta señora, desde Callos, en el coche de línea "la Albaterense". Yo la esperaba

en la parada de Cox, y nos marchábamos juntas a cobrar. La buena señora, que yo no conocía más que, por desgracia, mensualmente, me recalaba que era imperdonable que yo tuviera un novio rojo habiendo matado éstos a mi padre. No tenía hijos y se sentía muy sesamparada. Murió muy pocos años después.

Una vez, aquí en Elche, me visitaron unos cuatro jóvenes en memoria de Miguel. Uno de ellos me preguntó, con desprecio, ante el retrato de mi padre: "¿Quién es éste?" Yo le contesté: "Ese es un hombre que fue muy honrado, muy bueno y con mucho sentido común, al que Miguel quiso mucho."

Una de las veces que fui a Alicante, a cobrar la paga de mi padre, vi expuesta en un escaparate de una tienda situada en la Rambla, "Las Filipinas", una manta de cama que a mí me gustó tanto, y me ilusionó comprarla para mi ajuar, ya que se acercaba el día de mi casamiento. Costaba sesenta pesetas, y no me atreví a gastar ese dinero sin contar con mi madre. Cuando le dije a mi madre mi deseo, se disgustó por no haberla comprado, y quería que fuera expresamente por ella temiendo que, al mes siguiente, no quedarán ya. La dichosa manta de dos caras, amarilla y negra, allí se encontraba todavía cubriendo el escaparate, cuando fui al mes siguiente. Cuando estrenamos la manta, a Miguel no le causó buena impresión, y riéndose le decía "el catafalco". En sus cartas se acordaba de ella. En una carta fechada el 27 de diciembre de 1939, hablándome de cierta esperanza de libertad y recordándome la despedida en la estación de Orihuela, de paso para la cárcel de Madrid, en el mes de diciembre me decía:

"Pero ten la seguridad de que antes de un par de meses nos besaremos con más fuerza que en la estación. Aún me sueña el beso que me diste en la oreja. Todas tus cosas me acompañan en esta soledad de franciscano que tengo. Aún te calentaré los pies esta primavera en nuestro catafalco."

Mi hermano trabajaba de barbero, la gente se volcó diciéndole a mi madre que no se apurara, que mi hermano tenía muy buenas manos, y que ellos no necesitaban más que una silla y un espejo y que no le faltaría trabajo.

Yo no me sentía a gusto en Jaén, y parece que mi madre me llamó.

Cuando recibí un telegrama de su gravedad, me trajeron en un coche de allí. Miguel no me pudo acompañar, porque le habían encargado un trabajo para ir a uno de los pueblos de allí. Cuando llegué, mi madre estaba muy grave y se lamentó de que no me hubiera acompañado Miguel. Al rato perdió el conocimiento y yo le puse un telegrama a Miguel, y aún le dio tiempo de darle un beso en la frente antes de que expirara.

Yo salí de Jaén el día 19 por la tarde y mi madre murió el 22, a las 8 de la mañana. Miguel se fue a Orihuela y trajo un ataúd negro que le costó 40 pesetas. La familia criticó la pobreza del ataúd. Después, todo fue muy triste y yo echaba muy de menos a mi madre.

Más adelante, a mi hermano, que entonces tenía 17 años, se lo llevó Miguel y lo colocó allí de intendente. A mis tres hermanas las colocó en Orihuela en una guardería. Miguel no ganaba para mantener a tanta familia. Era muy poco lo que le pagaban y siempre con retraso. Cuando necesitaba dinero lo pedía, y a lo mejor le daban 500 pesetas.

Muchas veces me escribía diciéndome que si me faltaba dinero que lo pidiera a su familia, o a la familia de Pepito (Sijé). Yo no era capaz de pedir a nadie, y lo pasaba bastante mal. Durante la guerra, siendo novios, me envió Miguel dos o tres veces 25 pesetas, las que yo le devolví cuando vino. No estaba en mi condición aceptar dinero al novio, ni mi madre tampoco. Aquella mentalidad nos obligaba a eso.

Desde la cárcel de Madrid me decía una vez:

"Tú eres más tonta que yo, y es una desgracia más grande haberse juntado o casarse dos tontos que casarse un tonto y una avispada, o viciversa. Josefina, Josefina, Josefina: acuerdate de tu hijo y no tengas reparos en nada. Te aseguro que en adelante yo no los tendré, y todos los pujos de honrado que me acometían los encauzaré en una dirección única: defender mi hijo, defenderte a tí de esta continua desgracia económica que padecemos hace tiempo. Ya verás."

Cuando nació el primer hijo, la aficionada comadrona cobró veinte pesetas y las tuvo que pagar mi tía. De alimentación, menos mal que teníamos una cabra. Esta se llamaba Fina, ya vino con ese nombre porque era una cabra muy bonita y muy fina según decían, pero se quedó muy pronto sin leche y la tuvimos que vender, y compramos

otra. El niño era muy hermoso y se parecía todo a Miguel, los ojos los tenía iguales, menos el color que eran negros, y Miguel los tenía verdes, pero con la misma forma, muy grandes, con las pestañas muy largas y espesas, y mucho blanco del ojo que no estaba en proporción de la niña, como los tenía Miguel. La manera de ser la veía como la de Miguel. Su enfermedad duró cuatro meses y parecía que sufría con conocimiento. Murió a los diez meses justos.

Miguel no lo vio nacer, aunque él tenía mucho deseo. El día 6 de diciembre de 1937 se marchó a Valencia a llevarle unos trabajos, que hizo en los días que estuvo junto a mí, al comandante Carlos y éste no estaba allí. Miguel me había dicho que tardaría tres días en venir y se marchó a Barcelona en su busca y allí lo encontró y mandó a Miguel a Teruel donde presencié la toma de esta capital. Pasó allí más tiempo del previsto para poder estar aquí para el nacimiento de su hijo. Yo estaba muy preocupada, porque durante ese tiempo no me llegó a escribir.

El niño nació el día 19 de diciembre, y él vino el día 24. Al pasar por la puerta de mi abuela, que vivía en la misma calle que nosotros, la gente, al oír un coche, salió a la puerta y mi tía le dijo que tenía un chico. La metió a ella en el coche, y él se fue detrás del coche corriendo. Creía que llegaría antes así, llegando él después. Cogió al niño en brazos y se lo tuvieron que tomar porque temblaba de alegría. Le trajo mucha ropa: azul, rosa y blanca. También trajo 25 ejemplares del libro Viento del pueblo. Le habían pagado 3.000 pesetas de esa edición. La llegada fue a las cinco de la tarde, y ya bien de noche se marchó toda la gente que acudió. En el dormitorio le expliqué cómo fue el parto. Un momento antes de nacer el niño, abrí la puerta del corral y vi la luna en lleno, que parecía que se me echaba encima.

. . .

De mi primer hijo sólo hay una fotografía, hecha el mismo día que cumplió los seis meses. Ya estaba enfermo. Lo llevé a Orihuela, al médico, donde me había enterado que había un fotógrafo que hacía fotografías al minuto. Escaseaban los materiales fotográficos y no se en-

contraba un buen fotógrafo para poderle haber hecho una en la que hubiera salido natural como él era de hermoso. Llevé ese día al niño, antes y después de retratarlo, a casa de los padres de Ramón Sijé, y les desilusionó lo mal que lo sacaron. Tuve la intención de hacerle dos fotografías y me llevé otro traje para hacerle una de cada manera, pero costaban tres 25 pesetas, y por culpa del escaso dinero no le pude hacer más que una. Tal vez en la otra hubiera sacado otra expresión más natural. Esta fotografía se ha publicado dos veces: una en Francia, en editorial Seghers y otra en Ediciones Destino, en Barcelona. Los dos libros comentados por Jacinto Luis Guereña. En los dos dice que es Miguel, cuando era pequeño. Y así continúan los errores.

Era un niño muy hombrón y muy guapo, que llamaba la atención por donde pasaba, principalmente por los ojos que tenía. Los tenía negros y muy grandes, con las pestañas largas. Recuerdo cuando lo llevaba a Orihuela, que la tía de Miguel, su tía Antonia, lo cogía y se lo enseñaba a las vecinas señalando y diciendo: "Los pies parecen peanas y las pestañas espolsadores."

Fue una desgracia perder a ese hijo al que le dedico mi mayor recuerdo. Sufrió mucho en sus cuatro meses de diarreas y no había ninguna medicación ni alimentación adecuada para él. Alguna vez trajo Miguel algún bote de leche condensada que pedía en el Socorro Rojo de Valencia, hasta que le dijeron que no le podían dar más. No le llegaron a salir los dientes, aunque se sentía de las encías. Siempre se mordía el vestido que llevaba. En la fotografía, lo sorprendió el fotógrafo con la ropa cogida para ponérsela en la boca. Ni llegó a mantenerse sentado solo. No pudo cumplir con lo que se decía en Cox: "Los niños de medio año, el culo en el suelo y el pan en la mano". Se quedó desnutrido por completo, se le infectaron dos inyecciones con unos bultos de la grosura de una naranja mediana. Cuando llegaba el practicante --que de practicante no tenía nada, sino de barbero y además era el alcalde del pueblo-- en cuanto el niño le veía entrar, lloraba y yo lo echaba con la mano y se abrazaba a mí. El dichoso practicante, después de ponerle la inyección, le sobaba con el dedo

pulgar negro, asqueroso por el tabaco que venía fumando. Yo se lo reprochaba y no hacía caso.

Miguel tenía mucha pena por no haberlo visto ni nacer, ni morir. Cuando volvió de Orihuela, con las inyecciones de vitamina Lorencini que había recetado el médico de Callosa, se lo encontró ya amortajado. Miguel se sentó encima de mí, abrazándome y llorando.

xA pesar del paso del tiempo, sigo recordando y recordaré a este hijo al que su padre le escribió tan sentidos y hermosos poemas: "A mi hijo", "Muerto mío", "Hijo de la luz y de la sombra", "Todo era azul", "El niño de la noche"... x



VIII

Siempre he tenido presente en mi imaginación Quesada, mi pueblo de nacimiento. Yo tenía tres años cuando me sacaron de allí, pero mis padres me describían el pueblo, con sus fachadas encaladas de blanco y sus gentes buenas, con habla graciosa. Les oía comentar que vivieron a gusto allí, que únicamente sentían la distancia que había de su tierra y la familia; y les oía repetir frases de allí que a ellos les había hecho gracia, así como "ea" y me nombraban a muchas personas por sus apodos.

Viviendo en Orihuela, mi madre descubrió a una familia de Quesada. Tenían un puesto vendiendo churros en la plaza, y aquella coincidencia les llevó a una amistad que siempre desembocaba en recuerdo a Quesada. Esta familia visitó aquel año su pueblo llevando mensajes de mis padres a las familias que conocieron allí. Una de ellas me mandó una cinta de seda con el dibujo de la Virgen de Tiscas, patrona de Quesada, y un pañuelo que conservo y que dice: "recuerdo de Melilla", con las banderas republicanas bordadas en seda. Era de un hijo suyo, recién cumplido el servicio militar.

Estando en Jaén, con Miguel, le expresé mi deseo de ir a conocer mi pueblo, y a él también le ilusionaba conocerlo y complacerme, pero resultó estar Quesada más lejos de Jaén de lo que nosotros creía-

mos, y no había un medio fácil para ir, y por mi precipitada estancia allí nos quedamos con ese deseo.

Hace años, alguien publicó que yo era de Quesada (Jaén) y un día recibí una carta de allí. Era de Antonio Navarrete, un poeta joven que leyó la noticia. Siempre tengo un recuerdo de agradecimiento a su alegría y emoción, diciéndose paisano y ofreciéndome a conocer el pueblo. Yo entonces estaba reconcentrada en mis complicaciones y no le afirmé que iría. Al poco tiempo me visitó con unos amigos, Cesáreo Rodríguez Aguilera, paisano también, el cual me insistió en que me decidiera a conocer el pueblo. Vino a recogerme, desde Barcelona donde vivía, con Mercedes, su mujer, y sus dos niños. Hicimos el viaje por Murcia y almorzamos en Torrelumbreras. Yo estaba un poco floja de salud, y además nerviosa y el viaje tan largo en coche, sabía yo que no lo resistiría. Después del almuerzo, a los pocos kilómetros en marcha, solté sin remedio una vomitona. Los niños, en voz baja, protestaron de lo desagradable, la madre les hizo comprender casi con un gesto de persona educada y bondadosa. En la cataplasma pusieron periódicos, y Cesáreo, al rato de llegar a Quesada, me mostró cariñoso su "Mercedes" flamante y limpio por él. Esto era el 6 de septiembre de 1964. Se celebraban, en esos días, las fiestas del año, con la romería de la Virgen de María de Tiscar. Fuimos a la romería, con Navarrete y su familia. En Tiscar le di a éste un libro de Miguel, que le dediqué; él me lo agradeció quitándose, con emoción, un cordón que llevaba al cuello, dorado con la medalla de la Virgen, que conservo con verdadero recuerdo.

Eran muy católicos, y su mujer decía que debemos estar conformes con nuestros sufrimientos, porque las penas del otro mundo son más grandes que las de éste. La Virgen llevaba el manto todo cubierto de billetes de mil pesetas, cogidos con un alfiler. Me gustó mucho el pueblo, está en un hondo con sus olivares y sus hermosas montañas. El jardín importante, donde se pasea la juventud y juegan los niños, contándome yo en aquel tiempo de hace casi sesenta años, está inmortalizado por Rafael Zabaleta. Tiene éste pintor un merecido museo de dos plantas donde yo estuve viendo todos sus cuadros, con abundantes descripciones sobre las costumbres del pueblo y su fiesta. Mi senti-

miento echó de menos a mi paisano.

Creo que estuve allí tres días; uno de ellos me homenajearon. Mi timidez se encargó de cumplir y agradecer el acto. A mi regreso ya no lo hice en coche, era mucho viaje para mí y mi experiencia. Me acompañaron hasta Linares, donde tomé el tren hasta Alicante.



IX

Un martes de 1937, fui con Miguel a Orihuela a ver a sus padres. Ya éramos casados. Ese día hacen mercado allí, y en la puerta del cine Salón Novedades, en la baldosa muy ancha, y debajo de ella --ya que entonces no pasaban vehículos-- ponían unos tendidos de artículos de esparto, así como estereras, capazos, esparteñas. Miguel se paró allí y yo temblé con el temor de que se comprara un par de ese "fino calzado". Haciéndole la contra a todo, se compró dos pares, poniéndoselas en el hombro, cayéndole dos delante y dos detrás, puesto que iban con una soga de una a otra cogidas del talón. Yo le dije que no las llevara de ese modo, que llamaba la atención, y no quiso quitárselas aunque yo le dije que no iba por la calle así con él, y así lo hice. (A mí todavía me quedaban rasgos con mentalidad de la Orihuela). Yo me fui por otro lado, llegando antes que él a su casa. A su madre le llamó la atención verme llegar sola, y le conté lo ocurrido. Al rato lo vimos venir en la misma postura, en el centro de la calle en la puerta de su amigo Carlos Fenoll, hablando con éste.

En todas partes se comentaba sus pies de esparteñas. Hasta en Cox, que apenas se veía llevarlas a algún viejo que venía del campo. Un día me dijo mi tía que le había dicho su sobrina Antoñica, una chica de mi misma edad: "Tía, dígame usted a Josefina que le diga a su marío que no se ponga esparteñas, que se rien de él mucho en los tajos".

En otra temporada llevaba alpargatas de cintas negras como se ve en algunas fotografías. La gente cree que las llevaba él solo. Era una moda que vino entonces y las llevaban todos, en el verano. Cuando se marchó a Rusia, iba con esparteñas y en Valencia le regalaron un par de zapatos negros para ese viaje, y me contaba desde allí el daño que le hacían y que echaba de menos sus esparteñas que había tenido que tirar. Seguramente sería a su regreso cuando se compró los dos pares.

En aquel tiempo no se usaban zapatos a diario, y menos los pobres, si no era según en qué trabajo. Se calzaban alpargatas de lona con la suela de cáñamo, que era el calzado que había llevado Miguel siempre, y por la buena temperatura de esta tierra. Desde la cárcel de Palencia, con fecha 2 de octubre de 1940, me decía:

"Espero la ropa que me mandas, si lo has hecho a Madrid. La necesito y si en casa de los padres hubiera unas botas a la medida de mis pies (el 43), me las mandáis con la ropa, si no la has mandado. Las alpargatas no valen para esta tierra."

Las esparteñas empezó a ponérselas ya en tiempo de guerra. A él le hacía gracia que la gente se fijara en ellas, y se reía de los demás. Los zapatos se ponían los domingos y días de fiesta. Aún parece que estoy viendo a las huertanas el día de la feria, cambiarse las alpargatas por los zapatos, haciendo el mismo trabajo al regreso para evitar el cansancio de la caminata.

Con ese calzado decía que iba cómodo, y así iba muchas veces a Orihuela andando, atravesando el campo y la sierra. Le gustaba más ir andando, además de que no había para ir a Orihuela, por la circunstancia de la guerra, más que una tartana de caballos de un mandadero que hacía el viaje todos los días y a él le desesperaba ir así. Algunas veces se llevaba un conejo de los que criábamos en el corral, cogido de las patas. Un día que comimos en casa de los padres de Ramón Sijé, le prometió uno.

¡Cuánto le gustaba Orihuela, su familia y su pasado! Aunque éste fue penoso y algunos recuerdos no le eran gratos. Con la probabilidad que tuvo para estudiar una carrera que los Jesuitas le habían ofrecido, la que él quisiera, ya que no aceptó la de cura, pero su

padre con su fidelidad inocente no quiso diferenciar a los dos hijos. Esta carrera si que la echaba Miguel de menos, y su cabeza estaba resentida de tanto esfuerzo que se tomó. De salud general, en eso era envidiable. Por aquí viene gente preguntándome si era un hombre enfermizo, es una pena que ésta gente no se de cuenta todavía lo que se sacrificó con casi tres años de guerra, sin parar de un sitio a otro, con un gran esfuerzo de trabajo, una mala alimentación y mil preocupaciones, y además tres años de cárcel, con malos tratos, hambre, frío y tanto sufrir de espíritu y disimulando su martirio que cada día me duele más.

Además, tuvo que soportar y sufrir la clase de libertad que fueron a ofrecerle. Una libertad a cambio de colaborar con aquel Régimen. Lo visitaron en el penal de Ocaña, varias veces, unos cuantos amigos. Entre ellos D. José María de Cossío. Miguel no olvidó nunca la acción de aquellos amigos que querían convencerlo de una libertad que no era de la condición de él. Desde la prisión de Alicante le decía Miguel a Carlos Rodríguez Spiteri, el 10 de octubre de 1941:

"No me recuerdes a Cossío. Recuérdame a los amigos de verdad."

En este negocio no dejaron a Miguel tranquilo. En la prisión de Alicante me contó Miguel que lo visitaron y, entre las personas que iban, se hallaba un sacerdote. Miguel les dio la misma negativa que a los de Madrid que fueron a visitarle a Ocaña. En la biografía de María de Gracia Ifach aparece escrito que estos señores fueron a visitar a Miguel por mediación mía. Esto no es cierto porque yo sólo tuve conocimiento de este hecho cuando Miguel me lo contó y, además, nunca supe quiénes fueron esas personas.

No quiere decir todo lo anterior que Miguel no valorase la ayuda que recibía. Ya es sabido que Don José María de Cossío colocó a Miguel en la Editorial Espasa-Calpe; en ese tiempo estuvo redactando algunas biografías de toreros para su Enciclopedia Taurina. Atendió a Miguel en comestibles estando preso e hizo cuantas diligencias estuvieron en su mano en su primera detención, lo mismo que más adelante intervino en la conmutación de la pena de muerte, en compañía de Sánchez Mazas. Creo que intervinieron también José María Alfaro y

Diomisio Ridruejo.

Miguel tuvo en la cárcel la satisfacción de conocer a buenos amigos y reencontrarse con otros que ya lo eran antes de la guerra y en ella misma, estupendas y desprendidas personas que rendían culto a la amistad. Su desprendimiento, su sacrificio, así como tanta bondad que tuvieron para él, es algo que yo agradezco desde estas páginas. De algunas de estas personas me hablaba Miguel en varias ocasiones, y me decía desde la prisión de Madrid, Plaza del Conde de Toreno, el 9 de junio de 1940:

"Te voy a contar algo de aquí, para que sepas que hay buenas personas todavía preocupadas de que no me falte nada o me falte lo menos posible. Y estas personas, son la familia de dos amigos que estuvieron conmigo este verano pasado, que hacen cuanto pueden por que la cárcel me parezca menos cárcel de lo que es. Vienen a verme todas las semanas, me lavan la ropa, me traen noticias de mi asunto y me traen unas comidas que, además de ser muy sabrosas, me parecen más por la diferencia que hay entre ellas y el rancho. Claro que son unas comidas un poco tristes, porque echo algo de menos la mesa nuestra, la silla y tu compañía y la de mi niño, pero no dejo ni rastro de ellas".

Estas mismas palabras de recuerdo y deseo de nuestra compañía y de nuestra casa están inspiradas en cuatro versos tachados, que se hallan en mi archivo, que aquí los transcribo.

¿Qué aguardas, mesa?
¿Qué esperas, silla?
¿Para quién seguís en pie?
Para aquella lejanía."

Sigue Miguel hablándome de sus buenos amigos y dice:

"Tengo un puñado de amigos, que me han ofrecido a sus familias para lavarme la ropa. Pero esta semana la he lavado yo y en las sucesivas, lavarán la muda la esposa de Víctor o una prima mía, que me dicen los papás, en una carta recibida anteayer, vive aquí."

También desde la misma prisión, me dice Miguel el 2 de septiembre de 1940, recordando a las buenas personas que le atendieron.

"No sabes qué familia más noble la de Luis Rodríguez. Su madre, que ha estado a verme hoy, hace imposibles para

que no me falte nada, ya te contaré. Es una alegría muy grande para mí ver, entre tanta porquería de gente que se decía amiga, personas verdaderamente dispuestas a atenderme."

Luis Rodríguez y su padre estuvieron presos junto a Miguel, y a éstos los pusieron en libertad. Luis visitaba a Miguel todas las semanas; en unas Navidades le decía Miguel felicitándolo:

"Luisillo: Para tu madre y tú, no será una sorpresa esta felicitación, un poco tardía en la entrada de 1941. Para todos vosotros va mi saludo, y tú ten en cuenta los atributos de que aquí te revestimos.

Miguel Hernández"

En Cox sintieron mucho la muerte de Miguel. La gente siempre decía que era un chico tan sencillito y que sabía tanto. Ellos le daban importancia y no entendían por qué era. Lo querían por su simpatía. A todo el que se tropezaba por la calle, aunque no lo conociera, le daba el saludo con su dulce semblante. Como se decía que hacía libros, una joven, en compañía de su madre, le trajo una novela por entregas para que Miguel la encuadernara.

A él le gustaba mucho Cox. Desde Rusia me gastó la broma de decirme:

"Es muy bonito Moscú, pero no tanto como Cox."

Allí lo pasamos felices el poco tiempo que podíamos estar juntos. Algunas temporadas venía con frecuencia aunque para pocos días. Se iba un rato por la mañana a la sierra, a escribir, y volvía muy contento. De su obra hablábamos poco, estábamos siempre con el deseo de hablarnos, que siempre era lo mismo repetido.

La risa es lo que más abundaba. Cantábamos. Al principio a mí me daba vergüenza que me oyera cantar y me lo sufría. Un día que el primer hijo tenía sobre un mes, con él en brazos, rompí el silencio y me preguntó asombrado: "¿Qué esperabas, ser madre para cantar?" El siempre me había insistido que cantara, que quería saber cómo lo hacía. Cuando me oyó cantar la canción de Marianita Pineda me hizo repetirla. "Marianita declara, declara, o si no morirás, morirás", "Si declaro moriremos muchos y si no, moriré yo na'más". Todas las

canciones que sabía las había aprendido en la fábrica de la seda. De algunas se reía con entusiasmo y las aprendía, y las cantábamos juntos.

En Cox no había cine ni nada donde ir, aunque yo no lo desaba. Una vez fuimos a Callosa de Segura, que está a dos kilómetros de Cox, todo carretera, andando al teatro, por deseo de Miguel. Eran varietés. Recuerdo la canción de "ojos verdes". Tiró la gente hasta limones por todo el teatro. A mi casi me alcanzó uno y yo llevaba el niño en brazos, que todo el camino, al regreso, lo pasó llorando. Juramos no salir más. En la casa lo pasábamos mejor. Un día me dibujó unos peces que yo bordé en un vestido del niño y me miraba como lo hacía. Prometía mucho para el futuro, contando con la terminación de la guerra. Quería escribir mucho teatro en América. También tenía pensamiento de escribir sobre los animales y su naturaleza.

Le preocupaba la familia de ambas partes y quería trabajar mucho para el bienestar de todos. De él decía que cuando pudiera se alimentaría de pescado, verduras y fruta. Era su deseo, porque eso estaba escaso para los pobres. Lo pasó muy pobre, siempre con escasez de dinero. Entre sus papeles hay una nota que dice:

"Amigo Torres: He buscado hoy los cuatro duros que te debo y me ha sido imposible hallarlos. Aguarda unos días."

No había pasado hambre de niño y adolescente, pero sí ganas de comer, y las hambres de la guerra le resucitaron más todavía esas ganas. La fruta le gustaba mucho, siempre iba detrás de ella. Cuántas veces hizo desaparecer el mejor racimo de uvas que su madre guardaba para su padre, adivinando ella que había sido "el cabezón" y él mismo se descubría con un golpe de risa. Era costumbre guardar siempre lo mejor para el marido, y a Miguel no le parecía bien eso.

De pequeño, ya se sabe por una prosa que se titula "Robo y dulce", fue a coger aguacates con otros chicos. En realidad eran nísperos, que por allí llamamos aguacates.

El título verdadero de esta prosa es, en su original: "Dulce robo y bello". También eliminaron en la publicación de esta prosa el final, que es éste:

"El dueño, detective improviso, ha seguido la pista de los huesos hallados por mi callejón con los verdores míos...

Allí estaban los aguacates amarillos y todo mas tan desfigurados por los vientres, que el dueño ha pasado a la vera de ellos sin conocer ni uno y colgando un llavero de mano a sus narices contra el olor postrero de su hacienda."

También, la prosa titulada "Tía Relenta" lleva un título incompleto en la publicación que hizo "Arión", siendo en su original "Mi tía Relenta".

¡Qué merecido y sencillito era lo que pedía y qué diferente le fue todo!... Al pan también le ponía mucha importancia. Ya se ve en sus obras. La carne le gustaba menos, es lo que más había abundado en su casa, ya que había la probabilidad de matar algún cabrito. En las demás casas se comía carne los domingos o festivos. Ultimamente recuerdo que también se comía carne los jueves, cocido. Yo, en cuanto a buena comida, lo pasé mejor que Miguel, distinguida en mi casa. Nunca tenía apetito, a pesar de que me hacían tomar reconstituyentes: uno era el "Hipoposfitos salud", el que muchas veces alternaba con el aceite de hígado de bacalao, y mi madre me cuidaba con exceso y me hacía comer de lo mejor. Miguel sabía de este desvelo de mi madre, y en una carta desde la cárcel me llegó a decir que le prometía a mi madre que, algún día, me cuidaría como ella y que sería un marido de lo más fino conmigo. No sé si en la misma carta me decía que visitara el cementerio y le llevara un ramo de flores, en su recuerdo, a esos seres que me habían querido tanto. De fruta, lo que más me apecía eran las naranjas, pero mi padre, que siempre estaba al cuido de nuestras enfermedades con la ignorancia de entonces, no me dejaba comerlas por la noche diciéndome: "Por la mañana oro, al mediodía plata, y de noche mata".

. . .

Veo en muchos libros recalcar la vestimenta que llevaba Miguel: el traje de pana, de pastor, e incluso que en su primer viaje a Madrid en 1932, vestía ese traje de pana y alpargatas. Y precisamente lleva zapatos, un traje normal, corbata y abrigo, aunque no fuera de su gusto vestir así. Tampoco fue un pastor de traje de pana. La gente parece que recuerda a los pastores manchegos, y se hacen esa idea

con Miguel, pero la ropa de Miguel era más modesta.

No tenía costumbre de abrigarse mucho: por su buena salud nunca tenía frío, y el gabán que llevaba en el citado viaje a Madrid (así lo demostraba en la fotografía publicada junto al reportaje que le hizo el periodista Federico Martínez Corbalán, en "Estampa") lo dio, según me dijo.

El traje que dicen de pana no era un traje corriente ni en el género ni en la confección. Era de pana terciopelo marrón oscuro, con el cuello grande smoking, resultando de lo más sencillo, y se lo hizo viviendo ya en Madrid en el año 1935. Decía que era moda allí por entonces. Aunque él se adelantara, pues estaba muypreciado con su traje, y hasta le sirvió en tiempo de guerra en los frentes.

También es posible que se comprara ese traje de pana como su única prenda de abrigo. Ya por esos años en Madrid me hablaba de sus resfriados escribiendo en la carta un estornudo, y diciéndome con sus palabras de humor: "Espera un momento que me voy a ordeñar la nariz que yo no puedo más, y perdóname que te diga estas porquerías." Y me dice que el clima de Madrid es muy malo para el que no ha nacido en él.

Después de morir Miguel, tinté el traje en negro y me arreglé la chaqueta para mí, y del pantalón, que ya estaba remendado, le hice dos pares a mi hijo. Esa fue la última batalla que cumplió el traje de pana.

También dicen que Miguel era de familia modesta, de labriegos y pastores. De familia modesta y de pastores sí, pero de labriegos no. Nunca se ocuparon de las faenas de la tierra ni su familia, ni él, por mucho que hable en su obra de la huerta y el barbecho, por sus contemplaciones de la tierra durante el tiempo en que fue pastor. Sin embargo sí que fue pobre, y tanto que esa situación de pobreza le obligó a sacrificarse en extremo, sufrir, y desear lo más justo y necesario.

X

En Cox, a falta de ducha, Miguel me pedía que le tirara cubos de agua, a la cabeza. Agua que él había traído de los pozos de las vecinas. El médico le había recetado duchas diarias por aquel desgaste cerebral que padecía, cumplimentando el tratamiento con una serie de inyecciones y reposo que no pudo cumplir, cuyo tratamiento prescribió el Dr. F. Jiménez --de nutrición y endocrinología, con domicilio en Madrid, Torrijos, 28. Teléfono 51691 de aquel tiempo--, indicando una ducha fría diaria y fricción de alcohol, al levantarse, en pecho y espalda; una inyección de Nuevoyatrén un día sí y dos no, empezando por un cuarto de centímetro y aumentando cada vez esta cantidad hasta ponerla entera; Furufitina, dos píldoras antes de comida y cena y Passiflorine, una cucharadita al terminar de comer y cenar. Hay una nota en la receta en la que dice: de los inyectables se pondrá dos cajas y de Passiflorine, dos frascos. Este es el tratamiento que le pusieron a Miguel para el desgaste de la cabeza. X

Una vez, estando Miguel y mi hermano jugando a la pelota en la pared, empezó a llover y dejaron que les cayera el agua encima todo el tiempo que duró la lluvia. Las vecinas curiosas miraban desde el portal de sus casas riéndose. Si de comida teníamos escasez, también de agua. Pocas casas tenían pozo allí. La nuestra, una de ellas. Parecía imposible, porque todos los años, antes de la guerra, se la alquila-

ban a los pastores que venían con sus grandes ganados de ovejas de Teruel, huyendo del fuerte invierno de allí. Por eso, la vivienda era muy pequeña y el corral demasiado grande, con cuadras y pesebres. Retrete no había y Miguel se iba al campo a hacer sus necesidades. Una vez me llevó preocupado al sitio donde había tirado una lombriz como el dedo meñique, yo le quité importancia puesto que ya la había tirado, y se tranquilizó.

A veces iba Miguel al campo y a la huerta con manojos de ajos tiernos y de cebolla, que en Cox era lo que más se cosechaba, a cambiarlos por otros comestibles y casi siempre traía higos secos y almendras. Otros días, junto con mis hermanas, se subía a la sierra a coger aulagas, espinos, estepas, tomillo y romero que nos servía de leña para guisar y para calentarnos en la cocina.

Antes que en esta casa, vivíamos en la de mi abuela, la madre de mi padre. El quería mucho a mi abuela, una vieja entonces de más de ochenta años, y la besaba y se reía con sus ocurrencias. En una sequía que hubo sacaron a la Virgen con un manto morado en rogativa, y mi abuela, refiriéndose a lo que la gente blasfemaba dijo: "¿Cómo quieren que llueva, si el Señor necesita el agua para limpiarse la mierda que le echan?". Otro día se le ocurrió darle a Miguel una estampa grande de papel con la Virgen del Carmen, para que lo librara del peligro de la guerra. El dobló el papel y se lo guardó junto con la documentación y un día que se la pidieron desdobló la estampa y la entregó a quién se la requería como documentación. Después de aclarar el error, todo quedó en risas.

A los quince días de vivir en casa de los pastores, nació el primer hijo, el último día que vivimos en ella, Miguel y mi hermano trasladaron los muebles a otra, que quedó a medio edificar por falta de recursos, propiedad de mi otra abuela. El colchón no se trasladó ese día. Quisimos despedirnos de la casa, durmiendo en el suelo con la pena de dejar ese lugar donde fuimos tan felices y donde habían nacido nuestros dos hijos.

Al día siguiente se marchó a ese viaje de Portugal. Ese día nuestra preocupación nos dejó sin habla, y yo me quedé con mal presentimiento. Se fue confiado de que un amigo de Sevilla le refugiaría y

no fue así como ya he dicho en otras ocasiones. Entonces pensó irse a Portugal.

Esta casa también tenía una sola habitación y solo se podía poner una cama. En ella dormíamos cinco; mis tres hermanas, el niño y yo. La cuna del niño la tuve que vender. Me pagó por ella quince duros una prima mía. A ella le sirvió para dos niños, y después fue a parar la cuna a una hija suya, que le vino muy bien para cuatro hijos que tuvo.

Todo era poco para remediar la necesidad que teníamos entonces. Mis ropas de cama, mantelerías y otros objetos, me desaparecieron de esa manera también. Todo lo tuve que vender. Estaba de Dios que yo perdiera mi ajuar de alguna forma. Con tanto sacrificio que hicieron mis padres para hacerme, y con tanta preocupación que tuvo mi madre, que no quiso dejarse en Elda ese baúl, con mis ropas, el día que se vinieron a Cox, cuando mi padre se iba al frente.

Se decía y se creía que la guerra duraría días. Después se pensó que dos o tres meses. Mi padre le dijo a mi madre: "No seas desconfiada, que son gente buena." Se refería a los milicianos, que hacían vida en el cuartel junto con los guardias civiles en aquellos primeros días de la guerra.

A esta casa le decía Miguel en sus cartas: "La cochinería". Estaba en la calle Dr. Isidoro Díez Iglesias. Tampoco tenía agua esta vivienda y la traíamos de los pozos de las vecinas más cercanas, pero no servía para todo porque era salada. Para beber y para lavar la comprábamos, y a veces me iba a lavar la ropa a la acequia.

Miguel no quería que viviéramos en esta casa y me decía que buscara otra más decente, aunque le servía para bromear. Refiriéndose a lo despacio que iba su libertad me decía:

"¿Sigues en palacio?, por eso van las cosas tan despacio, las tuyas y las mías. Sal de ahí a ver si van de prisa de una vez."

Y, en ocasiones, me mandaba dibujada la fachada con el niño en la puerta. Desde la cárcel de Orihuela me nombraba Miguel esta casa, preocupado y chistoso, de esta manera:

"A veces pienso en esta segunda casa de nuestra vida de casados, donde yo sólo he vivido unos días y donde tú llevas ya metida cerca de ocho meses. El otro día cuando llovía pensaba que era muy posible que estuviérais comiendo amado, si teníais qué comer."

Tenía esta casa una entrada pequeña y allí cocinaba en el suelo. El piso era de tierra, la habitación no tenía puerta, ni el tabique llegaba hasta el techo. Solo llegaba a media pared. El techo no estaba enlucido y se veía el cañizo. También había ratas allí, y nos teníamos que tapar la cara cuando estábamos acostados porque nos caía la hoja de la caña. Las paredes, con los dedos de los albañiles señalados. Donde correspondía otra habitación, a la fachada, habían puesto una bardiza de caña en la que los chiquillos se encargaron de hacer un boquete como una ventana. Cuando el cartero me llevaba carta, si me veía por allí en el corral, al darme la carta me decía: "Por taquilla".

Estas cartas de Miguel tan animosas por dentro en apariencia, y alegres por la mano de un hombre viejo, bajo de estatura, con gorra, que era muy afable y servicial. Mi calle, de muy pocas casas, era la última que le quedaba por repartir. Vivía al volver de esta calle. Era el cartero más exacto y cumplidor que he visto. No le entregaba un giro ni una carta certificada a nadie si no era el interesado, por mucho que se lo rogaran. Un día me trajo un giro y yo no estaba en mi casa. Me dijeron que había venido el cartero. Me fui a su casa a recogerlo. El me quiso atender, pero ya no pudo. Se pasó un buen rato abriendo y cerrando cajones y puertas de armarios sin poder atinar y terminó diciéndome: "Venga usted mañana, que ahora no estoy para estas cosas".

En tiempo de guerra, que tanta correspondencia llegaba, le ayudaban sus hijos a repartir las cartas y recoger el correo en Callosa, ya que en Cox no hay estación. La gente le decía "el tío cartero" y a su casa iban cuando no recibían carta en tiempo de guerra que tanto se deseaba saber del ser querido que se encontraba en ese riesgo. Había quien le obligaba a darle carta y él decía: "Si no la echan, cómo va a llegar". Después de la guerra, como es de suponer,

no le disminuyó el trabajo y él se quejaba que sólo ganaba catorce reales diarios. Se suplementaba arreglando máquinas de coser.

En esta calle del Dr. Díez Iglesias había dos traperías, por eso me decía Miguel al despedirse en una carta: "Adiós traperera". A estas traperías iban mis hermanas a cambiarse las alpargatas que llevaban tan viejas por otras más nuevas. En una ocasión, una chica que trabajaba en esta trapería me entregó una página de la revista "Estampa" en la que viene fotografiado Miguel en su primera visita a Madrid. La chica me dijo: "Josefina. ¿Este es tu marido?" Yo llevé una gran alegría al ver esta página que aún conservo entre mis recuerdos.

Todo fue terrible y yo no tenía a quien contarle mis calamidades a nadie mejor que a Miguel, las consideraba íntimas. El sabía en la miseria en que me había dejado y adivinaba más de la cuenta.

Unos días de ese época, mi prima Carmen, que tenía tienda de comestibles, me insistió que vendiera harina de maíz que ella me podía proporcionar. Empecé a vender harina y pronto se me fue la clientela. Resultó que la dichosa harina que mi prima quería echar fuera, estaba amarga. Yo, que tan contenta le había dicho a Miguel que vendía harina, a lo que él me contestó diciéndome "Harinera" y otras bromas de su cosecha.

Creo que una vez le dije que me iba a poner a servir, y él me contestó que bastante vergüenza era la situación de Carmen y Gertrudis. Él no quería que mis hermanas fueran criadas de nadie y sufría de verlas así.

Vino por aquí una mujer y me dijo que no debía haber hecho sufrir a Miguel contándole que comía pan y cebolla, diciendo después: "Claro, que si usted no le hubiera dicho eso no tendríamos ese poema tan hermoso." Yo le dije que ella no se podía dar una idea lo que fueron aquellos tiempos, y decirle yo a Miguel que no comía más que pan y cebolla era tranquilizarlo, porque era cebolla sola lo que podía comer muchos días y porque me la daban vecinos y familiares, ya que en Cox es la típica cosecha, en compañía de los ajos, y no les duele darle un manojo a quien sea porque el pan era muy difícil verlo, si acaso de cebada. Por eso el pan, pan, siempre se le distinguía llamándole

"pan blanco".

Lo que no podía creer Miguel era si le decía que estaba bien, como yo no creía que en una cárcel lo pasaba tan bien como me decía él en sus ratos de buen humor. Por mis hermanas se preocupaba mucho, por Carmen en todos los aspectos ya que era dotada de mucha belleza y algo inocente, y me decía que la vigilara, que era fácil de pervertir, pero ahí se equivocaba porque ella se supo guardar y respetar como todas.

Las de la buenaventura abundaban por allí más que nunca: ellas sabían que no podía faltar familia sin preso. Al poco de encerrar a Miguel, se me presentó una diciéndome que ella podía sacarlo de la cárcel. Escuché a la gitana imaginando su intención y me dijo que le diera un puñado de harina, una botella de aceite y a la media noche saldría ella a ponerlo todo en medio de la carretera encendiendo un par de velas y a los pocos días saldría Miguel de la cárcel. La harina si que se la di, porque me hizo reír y porque la vi con tanta necesidad como yo tenía.

Si Miguel se hubiera enterado de esto le hubiera ocasionado comentarios de buen humor. A veces, a cualquier broma que yo le gastaba, me contestaba él siguiéndola. Por ejemplo, cuando me decía desde la cárcel que me pusiera una faltriquera y que me fuera a vender huevos en los mercados. Esto, algunos biógrafos que leyeron las cartas, lo creyeron en serio y así lo escribían, como otras cosas que ponen a su entendimiento. Esto era lo que me hubiera faltado a mí, con mi debilidad, ir andando por huevos al campo y desplazarme a venderlos en los mercados.

Además, eso era un negocio que necesitaba un capital que yo no tenía. Tener gallinas en el corral, eso sí, Viviendo en Cox teníamos estos animales de pico y a Miguel le gustaban mucho los huevos crudos. Se iba al ponedor y se los bebía haciéndole un hueco en cada punta al huevo recién puesto, aún caliente. Por eso, en una carta, me dice desde la cárcel:

"Vuelve a tener gallinas y que te acuerdes de mí al coger los huevos."

Recuerda él que cuando iba yo a recoger el cacareado huevo, se había

él adelantado y me lo encontraba vacío. Y la risa no podía faltar a-
hí.

En la casa de la calle Dr. Díez estaríamos sobre año y medio. Des-
pués nos alquilaron otra más decente en la calle de delante: García
Morato, 14. Cuando se lo dije a Miguel me contestó en su segunda car-
ta:

"Muchas gracias por el ofrecimiento de tu nueva casa,
mujer. Yo no te ofrezco la mía, porque la cama sólo tiene
dos ladrillos y medio de ancha y, aunque te quisieras ca-
er de ella, no podrías caerte por estar ya en el suelo."

Allí teníamos pozo, aunque con el agua salada. En las casas de en-
frente ya era dulce, aunque algo blanda que no valía para beber tam-
poco. Las personas de edad decía que, antiguamente, en una parte es-
tuvo el río y en la otra el mar. Con tanta falta de agua y tanta so-
bra de miseria, en el pueblo todo eran legañas y sarna. Como allí a
todas las canciones le sacan nueva letra, cantaban por la calle:
"Tres cosas hay en la vida, sarna, rasquiya y picor, el que tenga
esas tres cosas que se lave con limón". Aunque la medicina que se
empleaba para esa enfermedad eran polvos de azufre.

Por la misma época vino la moda de la permanente. Iban a Callosa
a hacérsela. Una permanente apretada que le decían "a lo abisinio",
que las llevó a inventar esta canción: "Lleva permanente, de caraco-
lillo. Más abajo lleva liendres y piojillos. Más abajo lleva las bom-
bas de mano. Más abajo lleva a Queipo de Llano".

Mi hijo también sufrió esa enfermedad de la piel, aunque más gra-
ve, desde los tres meses hasta los nueve años. A los tres meses, te-
nía la espalda podrida, toda cubierta de postema. Tuve que dejar de
bañarlo porque se ponía peor y con polvos se le curó. A los cinco o
seis años le salieron una cantidad de granos ciegos, todos desde el
cuello a la cabeza más gordos que una almendra. Le salió uno en ca-
da ojo, que estuvo mucho tiempo sin poderlos abrir. Aparte de los
que yo le reventaba, el practicante le tuvo que abrir nueve con el
bisturí. Yo no dejaba de bañarlo: ponía un balde de agua al sol y
al mediodía lo bañaba y él encontraba alivio. También le daba depu-
rativos. Algo después pasó el paludismo, a consecuencia de una balsa

que hicieron al final de la calle para almacenar agua para regar. Todo el pueblo cogimos el paludismo, con más fuerza los que vivíamos en aquel barrio. Al sacarlo de Cox, allí se dejó todas las enfermedades. La balsa tuvo que ser cubierta de tierra otra vez, pero no antes de que se ahogara un niño de diez años.

. . .

No se por qué, a veces la imaginación se empeña en concentrarse en cosas que parecen simples y que carecen de interés.

Pocas personas tenían reloj en ese pueblo que yo pongo tantas veces en tema. De la hora que más se preocupaban, era de la que más necesitaban, la del "medio día", principalmente en los días nublados. Tenían que ir las mujeres a la huerta a llevarle la comida al marido, que estaba cavando barbecho o segando cáñamo.

Filomena tenía un despertador encima de la cómoda.

Continuamente se corría la silla que aguantaba la puerta para mantenerla entornada. Desde el corral se oía: "¿Quiéeeen? "Filomena, ¿qué hora es?" "Los tres cuartos para las doce" ¿Qué doce, las de antes o las de ahora? "Las de antes". Esto ocurría todos los años cuando cambiaban la hora. Filomena, no ponía su reloj a hora "oficial".

Vivía Filomena en la calle ancha, en "la calle de los muertos". Por allí pasaban los entierros. No sé por qué esa rodea. Por fin han comprendido que desde la iglesia hasta el cementerio, hay una calle por la que van directos. Ya murió Filomena. Ya no me volverá a contar lo mucho que se divirtió cuando terminó el siglo XIX y empezó el siglo XX. Tenía Filomena siete años y recordaba con emoción esa noche. Se levantó de la cama en donde sus padres la habían dejado durmiendo, y a sus hermanos, y uniéndose a otras niñas de su edad, todas en "brial" conforme estaban en la cama, y con el pueblo en pleno, esperando que dieran las doce. Entonces empezó un repique de campanas y coheteo, acompañados de gritos y cantares hasta el amanecer. Se celebró el nacimiento de un niño que nació el último día del siglo y el nacimiento de otro niño, al día siguiente, en el nuevo siglo. Ella me decía quiénes eran esos dos homores y no recuerdo quiénes son.

Son gente en este pueblo muy auténticos en los recuerdos y conmemoraciones. Son fisonomistas, con sus refranes propios, y matemáticos.

Son dispuestos y con su lengua van a Roma.



XI

"El Gurugú"; este es el barrio en donde estaba la calle de Santa Teresa. Esa calle que tantas veces puso Miguel en los sobres, con el número 15. La primera casa que habitamos en Cox, la de mi abuela. Siempre puso Miguel esas señas y así llegaban las cartas, por muchos cambios de vivienda que yo hiciera. Una calle cuesta arriba, con su acera de casas bajas a la derecha, y al fondo la sierra, y a la otra parte, con sus agresivas piteras y chumberas repletas de higos verdes, otros amarillos con su corona y sus malas intenciones. Miguel, cuando aún no conocía este pueblo y esta calle, sino por descripción mía, me decía en carta:

"Amor, sábado 1936. Te imagino en medio de un patio muy grande, rodeada de piteras que te quieren embestir con sus cuernos y de paleras para jugar al tenis. Tengo unas ganas locas de ir yo como otro moro a pasear contigo por ese Gurugú, calle arriba, calle abajo, y salir los dos a las afueras del pueblo. Si no recuerdo mal se cosen muchas alpargatas ahí, ¿verdad?"

Cuando comprábamos higos de pala, los barríamos con una escoba de palma, después les tirábamos agua y ya se quedaban dispuestos para poder vengarse de ellos. Todo esto lo recordé hace poco. Ahora sólo se puede recordar; el cemento lo ha cambiado todo. Ya no hay paleras ni piteras. También está cambiada la casa que le siguió a la de mi abuela, que se halla más arriba, al final de la calle. Nos la enseñaron

sus propietarios, muy amables, que habitaban allí. Para mí fue una pena ver el dormitorio convertido en tienda de comestibles, en donde estuvimos viviendo el mejor tiempo juntos, en donde tuvieron lugar los dos nacimientos, con los nacimientos también de sus principales poesías.

Pasé por allí por deseo de dos jóvenes que necesitaban conocer aquel paradero que tuvo Miguel. Después, en "cuatro pasos" fuimos al cementerio, el cual se hallaba completamente desfigurado. Los encuentros con pastores con sus ganados de cabras y ovejas por aquellos caminos eran inevitables. Yo me acordaba de una cancioncilla que yo cantaba mucho antes de conocer a Miguel: "Cada vez que veo cabras, cada vez que cabras veo, me acuerdo de los amores que tuve con un cabrero".

El fuerte viento nos adelantaba el paso, y el gran paisaje de palmeras siempre en compañía por aquellos campos y sierras que tantas veces pasó Miguel con su carpeta y "por donde se marchaba a su pueblo. Ellos, los dos jóvenes, se fueron al pueblo de diez kilómetros más allá de Cox, y yo a Elche con mi recuerdo mayor.

• • •

En la última casa donde yo vivía en Cox, mi hermano trabajaba de barbero en la primera entrada. En la segunda trabajaba yo cosiendo, y allí estaba la cocina --que también abundaba el pelo en el plato del día--. Los días de trabajo fuerte de mi hermano eran el sábado y domingo por la mañana. Los demás días de la semana trabajaba también en la casa cosiendo suelas de alpargatas, sentado en un banco de madera que llevaba un tablero a la parte de delante donde descansaba la suela haciéndola.

Este trabajo era el suplemento de los barberos allí, así como en otros tiempos era el de sacar muelas. También hacían este trabajo en Callosa y en los pueblos de alrededor. Le acompañaba trabajando en eso Antonio Beneyte, un amigo que le había enseñado.

Cuando hacía buen tiempo se salían con los bancos a la puerta de la calle. Casi a diario acudía Pedro buscando distracción: un hombre joven muy gracioso, siempre tenía buen humor a pesar de lo enfermo que estaba. Quejándose de la miseria en que se encontraba decía que no había caridad y a continuación decía: "Caridad la de Román, Humil-

dad la de Perico el Rojo, y Esperanza la del tío Pepe el Aleo"... Otras veces decía que le deseaba al que tenía la culpa de su desgracia --Franco-- sarna, con unos picores que no parara de rascarse día y noche. Sufría de tuberculosis con una continua tos. Siempre llevaba consigo a su hija menor, una niña de un año más o menos. Alivio que le daba a su mujer que tenía que trabajar haciendo alpargatas. La niña estaba muy encariñada con el padre porque era el único que la podía sacar a paseo. Estaba en los puros huesos y él le decía la "arnaica". Este hombre había sido labrador y agramador de cáñamo, trabajo que no era fijo como todos los de la agricultura. Cuando estalló la guerra vio la ocasión, como tantos, de irse voluntario al cuerpo de asalto. Cuando acabó la guerra, por ese sólo hecho lo estaban esperando para encerrarlo en la cárcel. Estuvo unos años preso y de allí salió enfermo, y con la metralla que le corría de un bombardeo, siendo siempre difícil sacársela.

Con lo que trabajaba su esposa no era suficiente para el gasto de la casa y un enfermo. Tuvieron que vender la casa donde vivían y se fueron con la madre de él, que estaba sola. Se terminó la casa y también la de los padres. El padre le había hecho escritura a él, en fianza por un dinero que le había dejado para comprar un burro. Su padre se había dedicado siempre a vender agua de un pozo que había en la casa, con un carro y la bestia. El pobre tenía tanta necesidad que se comió también esta casa. Los hermanos lo maldecían, más aún tres que tenía de padre ya que ellos decían que la casa era ganancial con su madre, En estas entremedias se puso a vender tebeos que pedía a las editoriales, pero era muy poco lo que vendía. Los niños estaban avisados de su enfermedad. Ultimamente, no teniendo de donde pasar, la gente pedía para él todas las semanas en el pueblo y le recogían cuarenta duros y algo más. En Cox, era esa costumbre de pedir cuando había un enfermo pobre. Ataban un pañuelo moquero por las cuatro puntas, e iban de casa en casa diciendo: "A los pobres enfermos, limosna por Dios". Como se presentaban otros enfermos, cada día le recogían menos. Un día oí desde mi casa la campanilla, me asomé y vi una multitud con el cura, el sacristán, el monaguillo y la sombrilla roja que sobresalía. Pregunté a quien le iban a dar el

Señor, y me contestaron que a "Perico el de la Carramba"; yo me fui detrás con la demás gente pensando que Pedro estaría moribundo y me sorprendió verlo en la entrada de la casa, muy derecho, sentado en una mecedora. Se le notaba cara de sofoco. La gente nos arrodillamos, le dieron la comunión, se fue el viático, y cuando ya no quedaba allí casi nadie le dije: "Pedro, pero tú tienes apetito". "Me comería un borrego", me contestó. A mí me conmovió, y el único dinero que llevaba en el bolsillo se lo di a su hija mayor, de unos ocho o diez años, y le dije: "tráele a tu padre media cuarta de carne". Al momento asaron la carne, la pusieron en casi medio pan, y daba Pedro unos bocados que fue visto y no visto. Aún tardó algún tiempo en morir, pero de hambre.

La mujer de Pedro quedó muy enferma. Contagiada. También padecía del corazón desde muy joven. Cuando nació el primer hijo estuvo muy grave y le dijo el médico que no tuviera más, que le costaría la vida. Llegó a tener tres más sin ninguna complicación. El último fue niño, estando ya ellos tan enfermos. Recuerdo la alegría que tenía él porque los otros tres eran niñas. Hará cerca de un año que este chico, ya casado y con un hijo de un mes, trabajaba en la cantera y una piedra, que se desprendió, lo mató. Marita, que así se llamaba la mujer de Pedro, no sobrevivió mucho tiempo a su marido. Fui un día a verla y estaba en la cama en el puro colchón, sin sábanas, y se tapaba con un mantel de mesa blanco. Todo lo había tenido que vender por necesidad, como otras pobres que también lo tuvieron que hacer. Se la tuvieron que llevar al hospital, y dicen que un día le dio un trastorno, la amortajaron y la metieron en el ataúd.

A la media noche volvió en sí y como pudo, se metió en la cama. Cuando llegó la familia se la llevaron viva, y aún tardó algunos días en morir. Los cuatro niños quedaron abandonados como les sucedía entonces a los huérfanos y viudas.

No se por qué me viene ahora a la memoria "los Valentines". Estos vivían enfrente de la penúltima casa de Cox, adonde yo iba a traerme agua del pozo y a los que les vendí la cabra que Miguel le llamaba Fina, y a la que yo no dejé de llamar Caramelo, su verdadero nombre. Ellos sabían que la cabra era muy vieja, y además fea y grandota, pero de las que hacían una cantidad de leche increíble. Era una

cabra famosa entre los cabreros por sus buenas cualidades, porque además todos los partos, eran de más de dos cabritos, y me la compraron para hacerse raza de ella. A nosotros también nos la aconsejaron por esas conveniencias. Estos chicos eran muy traviosos de pequeños, y se la llevaban cuando iban a la huerta, a sus bancales. Estaba la cabra a punto de criar y la martirizaban subiéndose encima de ella hasta que la hicieron malparir, como dicen los cabreros, y la pobre Caramelo, murió con sus tres hijos, y aún después fue descuartizada pregonándola el aguacil como carne barata. Los veinticinco duros que me dieron por ella, fueron a parar a sitio triste también, pues la había vendido para mandarle el dinero a Miguel, a la cárcel.

Estos también se encargaban de envenenar a los gatos del tío Casiano. Esta familia, vecinos también lindando por la derecha, vendían carne de ave y para ellos no era ningún sacrificio dejar vivir a todos los gatos que nacían en su casa. Unos gatos negros, brillantes, preciosos, que parecían cabritos y que se alimentaban con tripas y otros despojos. Cuando se pasaban a mi corral, a media noche, me despertaba el salto del gran peso y ¡cuántos cacharros me rompieron del fregadero!

Sus propietarios, en sus descuidos, se hartaban también de ellos. Un día se fueron a la carretera a esperar las caravanas que decían iban a pasar, cuando se acabó la guerra, a darle pan al pueblo. Volvieron desconsolados, pero con risa guasona, más desconsuelo hallaron cuando al entrar en la cocina se encontraron a los gatos alrededor de un perol de arroz que habían dejado para el regreso.

Había en esa casa tantos gatos como personas. Eran una quincena, entre hijos y nietos del padre exilado y un solterón hermano del padre. Al cabo de veintiocho años que los dejé de vecinos, todos han desaparecido de allí. Una casa donde hubo tanta batalla. Da pena pasar por la puerta cerrada y silenciosa, comida del sol y del polvo. Aunque sólo han fallecido los padres, ya muy viejos. La madre muy activa para vender y comprar animales de pico, conejos y huevos en los mercados, era la que había levantado la casa y la llevaba adelante. El padre, menos negociante, decía que, con ganarse una peseta en un par de conejos, ya tenía bastante. No fue muy complaciente con sus hijas que trabajaban juntas en la casa, una bordando, otra de

modista y las otras haciendo alpargatas, que tuvieron el deseo de un aparato de radio. Tenían una amiga cuyo padre representaba dichos aparatos. Les llevó uno de prueba y el hombre, ya harto de visitar la casa ofreciendo el aparato por consejo y empuje de las hijas más que por la ganancia que a él le iba a representar la venta, sin que el otro dijera ni que sí ni que no, le preguntó: "Pero tío Casiano, ¿se va usted a quedar con la radio?" "No --dijo el tío Casiano-- porque a mí eso no me produce".

Al otro lado de la casa teníamos otros vecinos que tenían dos hijos mayores que el mío, aunque tuvieran seis u ocho años que no le envidiaban en lo bueno, de "pelar" a los Valentines, a juzgar por sus dos apodos: "Cañones" y "Trabuco", heredados de los abuelos maternos. Tenían a mi hijo acobardado, siempre pegándole en cuanto lo veían. Aunque estuviera dentro de la casa, le tiraban piedras.

Mi hermano se quedó en ésta última casa ya restaurada por él, pero ya no es peluquero. Hace muchos años que es auxiliar de farmacia. Yo le dejé la casa para él en alquiler; era de una prima nuestra y ahora es de su propiedad. Se la dejé para casarse.

En 1950 me vine a Elche con mi hijo de once años. Recién llegada aquí, me dió el primer ataque de glaucoma, enfermedad grave de la vista, y así fui pasando con molestias en los ojos hasta 1962, en que me tuvieron que operar. En esos once años trabajé sin descanso. De Cox me traje la costura que tenía a medio hacer, y las vecinas y amigas de mis hermanas me traían mucha también. Una de mis hermanas estaba trabajando con unas señoras que tenían una tienda de confección de prendas de niño y niña, y empezaron a darme a coser algunas cosas, quedando satisfechas. Muchas veces me preguntaban como iba con mi parroquia y yo me lamentaba diciendo que muchas no me pagaban. Eran dos hermanas solteras y me dijeron que dejara mi parroquia, que no me faltaría trabajo, y así fue. Yo hacía todos los encargos que me mandaban: Trajes de comunión, abrigos de invierno y primavera, vestidos de niño y niña, etc. Ellas les hacían creer a la clientela que todo venía de Madrid y Barcelona. Un año, una de ellas, la menor,

que tenía catorce años menos que la otra, viajó a París, y fue muy notado en su clientela. Todo lo que yo hice aquel año era de París.

Estas mujeres me habían puesto unas condiciones que yo cumplí al pie de la letra. No querían que se supiera que lo que vendían en la tienda lo cosía yo, pues la gente le daba más importancia, si era de esas capitales. Y vendían así más, según decían ellas. Engañaban a sus clientes diciéndoles que ya tenían la factura de cualquier talla, que había sido grande o pequeña, y al punto tenía yo el encargo que necesitaban. Como la habitación que yo trabajaba daba a la calle, para que nadie me viera lo que cosía, no abría la ventana ni el verano, angustiándome de calor y de falta de ventilación. Si alguien se paraba en el cristal de la ventana me tenía que hacer la desentendida, siempre disimulando y escondiendo las prendas que cosía, pues si la gente veía aquellas prendas y luego las veía en el escaparate se descubría el misterio. De esas encerronas yo creo que viene la facilidad de constiparme en todo tiempo. Yo consideraba una suerte esta proposición de trabajo seguro, y con el pago al canto, que tanta falta me hacía. Trabajaba a gusto, parecía que alguien me ayudaba.

Siempre me había gustado trabajar para niños. De pequeña siempre fue mi ilusión tener una muñeca, más por coserle la ropa que por jugar con ella. Aquellas muñecas que tanto nos gustaban con la cara de porcelana, que la primera vez que se caían al suelo te hacían llorar. Menos mal que también abundaban aquellas de cartón que les decíamos "Pepas", y los niños de barro, porque la muñeca con la cara de porcelana había que esperar el día de la feria para recuperarla. A mi hermano le compraban el típico carro de madera y el caballo de cartón. Siempre me acuerdo del deseo de mi hermano: "Papá, ¿cuándo me vas a comprar la bicicleta?" Mi padre siempre le contestaba: "El lunes".

Trabajaba con mucha velocidad, y muchísimas horas, desde las ocho de la mañana hasta las tres de la otra mañana. Un día a la semana descansaba llegando sólo hasta las once o doce de la noche. Me alimentaba bien y tantas veces como horas trabajaba para poder resistir, pues estaba pagando la casa en que vivíamos con unos intereses del 8 por 100 que me preocupaba mucho. Ocho años me persiguió la deuda. Me prometí no pagar alquiler de casa, y para poder salir con la mía tuve

que luchar demasiado.

Con esas apreturas de trabajo, cuántas veces se me quemaban las comidas. La mayoría de los días. Un día eché al cocido las patas de un pollo sin quitarle las uñas, comida perdida también. Para el domingo dejaba la limpieza de la casa, lavar la ropa y planchar. Procuraba lavar la ropa primero para que diera tiempo a secarse y poder dejarla planchada por la noche. Bueno, lo primero era irme a misa de siete. Ahora que ya no tengo esos agobios (hay que ver con las costumbres qué alma tienen), los domingos es cuando más me gusta y más fácil me es realizar esos quehaceres.

Una de estas señoras para las que trabajaba se quejaba diciendo que aguantaban la tienda sólo por darme trabajo a mí. La pobre tenía razón, pues estaba muy enferma con desgaste cerebral. La trataba el doctor Marañón, y las únicas medicinas que le recetaba eran pastillas de optalidón, café y unas inyecciones que decía ella que contenían seis cafés cada una. Me contaba que si no tomaba café, para acostarse por la noche, no podía dormir. Yo le dije que lo comprendía, y que yo también estaba cansada y con grandes molestias en los ojos. Con todo esto y al ir publicándose más la obra de Miguel, pude dejar aquella vida de bestia que tanto me perjudicó. Al tiempo de operarme empecé de nuevo a coserles, pero con más reposo. A ellas les daba pena dejar la tienda que habían creado desde muy jóvenes, y que tan bien les había ido con su espíritu de comerciantes. Terminaron traspasándola a un primo suyo, pues tenían interés de que fuera para la familia y no a un extraño.

Por aquel entonces, ya descansada, me ilusionó ir a Francia a ver a una de mis hermanas que vivía allí, y en esos días me repitió el ataque de glaucoma. Yo ignoraba que con esa enfermedad se tenía el peligro de quedarse ciega. A mi regreso fui al oculista varias veces y no tuve ninguna mejoría. Esta vez era imprescindible una operación. Aunque siempre lo fue. Menos visión hubiera perdido. Me fui a Barcelona a la clínica de Barraquer acompañándome mi hermana Carmen, y en una semana de preparación me operaron. Nos hospedamos en una pensión que hay junto a la clínica. Era jueves de la misma semana que llegamos, cuando a la media noche nos despertaron las voces fuertes de seis personas murcianas. Eran de Cehegín. Sólo una --la

mayor de cuatro hermanas-- estaba enferma de la vista. Las acompañaba el apoderado de sus fincas, decían ellas, y el chofer del coche que las había llevado. Las dos menores tenían sesenta años y eran mellizas. Aún vestían igual, el mismo peinado y cualquier detalle que llevaban era exacto. Decían que a todas partes iban siempre las cuatro juntas acompañadas del apoderado de sus fincas, lo mismo a una excursión, que cuando estaban enfermas y así se libraban de la preocupación esperando la noticia.

En el salón de la pensión nos reuníamos. Yo llamaba la atención con mi semblante de tristeza y me animaban queriéndome quitar la preocupación. Yo les dije que era mejor morirse que quedarse ciega. El señor que las acompañaba dijo: "Yo quiero quedarme ciego mejor que morirme, porque si me muero aún veo menos". Estas señoras me dieron todas las estampas de los santos en que ellas tenían fe. Una, de la Virgen de las Maravillas, patrona de Cehégín. Otra de Santa Marta. Me decían que me encomendara a ésta que era una santa muy milagrosa, que cubría las necesidades del día. Me contaron el milagro que hizo la santa con ellas. Decían que una vez tenían un cerdo engordándolo para matarlo y que un día se dieron cuenta de que el animal no comía e iba perdiendo kilos, y lo mataron pidiéndole a la santa que por cada kilo que había perdido que aumentara muchos más. El pobre animal no comía porque tenía un clavo en la boca que, seguramente, se hallase en el pienso. Decían que aquel cerdo les había lucido más que el de otros años, y que hicieron de toda clase de embutidos, arreglaron los jamones y que veían cómo aumentaba todo ya que, a veces, tenían invitados y sacaban un plato de embutidos a la mesa y, cuanto más comían, más había en el plato. Yo estuve a punto de decirles que con ayuda de Santa Marta se podía poner una carnicería.

Por la noche soñé yo a la Virgen de las Maravillas y que ya me habían operado quedando muy bien. Yo me miraba al espejo y me extrañaba que los ojos que me habían dejado eran muy pequeños y de otra expresión a los míos; pero no eran feos y con un brillo como cuando tenía quince años, pero lo que más me conformaba a mí era que veía muy claro. Cuando me desperté, les prometí a estas señoras ir a visitar a la Virgen de las Maravillas si quedaba bien de la operación. Tardé nueve

años en cumplir la promesa. Yo me había inventado que Cehegín, estaría junto a Murcia, y cuando me puse a hacer gestiones para el viaje, ví que no me daba tiempo de ir y volver en el mismo día, hasta que un matrimonio amigo me llevó en su coche. Lo primero que hicimos fue ir a ver a la Virgen. Estaba la puerta de la iglesia cerrada, y fueron a llamar al cura. Este nos abrió y nos explicó que era la misma imagen que había antes de la guerra. Después fuimos a ver a estas señoras, preguntando por el número de hermanas solteras que eran y otros detalles, pues, yo no encontré las señas que ellas me dieron. Luego supimos que les decían "las Boticarias". La mayor estaba ciega desde seis meses después de aquel viaje a Barraquer y el apoderado de sus fincas había muerto tres meses después de entonces. Las mellizas, tan iguales como las conocí.

Menos mal que mi enfermedad de los ojos no fue, muy progresiva. Vengo padeciendo con ellos desde muy niña, a consecuencia de un viaje que hice con mi madre a Cox, allí que abundaba tanto la gente legañosa por la gran laceria que había. Ellos lo achacaban al tiempo de las granadas. Había en esta ocasión unas primas mías que decían tenían granulación, que continuamente se restregaban los ojos con el puño, y de ellas se me contagió a mí. Mi madre siempre decía: "Nunca que hubiera ido a Cox." Y me contaba ya siendo yo mayor, que ningún médico acertaba mi enfermedad de ojos. Y con un agua que le dio una persona que a ella le fue bien se me curaron, pero dejándome la vista quemada también.

Yo me noté corta de vista cuando trabajaba en la fábrica de la seda, tenía que acercarme demasiado a la devanadera para buscar la hebra de la seda que se había roto, y las otras chicas me preguntaban si era miope. Se lo dije a mi padre, y me llevó al oculista don Manuel Gómez Pardo, "El médico de Orihuela" le decían en Cox. Era éste un médico famoso allí entonces, y a mi me recetó un reconstituyente en gránulos diciéndole a mi padre que necesitaba gafas pero, que era lástima que me las pusiera, que estaba feo. En realidad que si en aquel tiempo, cuando apenas las llevaba algún viejo que miraba por arriba de ellas, me pongo yo gafas, me hubieran apedreado en

Orihuela. Miguel se preocupaba mucho por mis ojos sabiendo que los tenía delicados. En sus cartas está patente su preocupación. "Que no pierda yo tus ojos" me decía en una de ellas y me contaba desde la cárcel que a él también se le habían puesto enfermos, que de mañana amanecía con los ojos "tan pegados y pringosos como almejas fritas".



XII

Una tarde del mes de agosto de 1936 fui con Miguel y mi tía Gertrudis, hermana de mi padre, al campo de Cox. A medio camino nos tropezamos con una prima de mi padre. Nos detuvimos con ella, y le preguntó a mi tía: "¿Esta es hija de tu Manuel, verdad? La he sacado por el carañete". Cuando Miguel y yo oímos esa palabra en vez de carácter, tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no reírnos, pero yo no pude aguantarme de mirar a Miguel, ni él tampoco de mirarme a mí, que explotamos con una risa a borbotones, como él decía, que sufrimos vergüenza. La prima nos dispensó diciendo: "Déjalos, que son jóvenes".

Miguel se pasó todo el mes de agosto de ese año en Orihuela. Venía todas las tardes a Cox a verme, en bicicleta. Eran diez kilómetros los que nos separaban. Me traía tres panecillos redondos muy buenos, del horno de Fenoll. Su precio era entonces tres un real. Llevaba pantalón claro, camisa blanca y un gorro pequeño de paja, y alpargatas de cintas negras.

Casi siempre lo pasábamos sentados en una silla en casa de mi abuela, que es donde yo vivía en esa temporada. Allí, sentados, me dió el retrato en que está subido en una escalera leyendo el discurso a Ramón Sijé, al descubrir la placa de la calle que se le dedicó en abril de 1936. me puso una dedicatoria que dice así:

"A la paloma mía,
de todo corazón,
para que no me olvide
y me dé siempre amor.
Por sus ojos de garza,
serenos de mirar,
por su boca que quiero
y por su alma de mar."

Algunas veces, acompañada de mi hermana Carmen, paseábamos por el campo, que era allí mismo. Nos hicimos algunas fotografías con una máquina que le dejó un amigo de Orihuela. Un día subimos al castillo con mi tía. También había fotografías de allí. Todo esto hasta que nos enteramos de la muerte de mi padre. Miguel lo sintió mucho. No sabía cómo consolarme. Una de las cosas que me decía era que no llorara: "Aún quedamos personas en el mundo".

Finalizadas las vacaciones se marchó a Madrid en el tren un viernes como por costumbre tenía. Siempre se marchaba a Madrid el viernes porque ese día costaba el billete la mitad de precio. Sin embargo, cuando venía de Madrid hacia aquí, lo hacía los miércoles por la misma causa. Por ese motivo iba el tren tan repleto, que le tocaba ir de pie y en mala posición. En su primera carta me contaba las molestias que sufría durante el trayecto.

Poco después me decía que estaba voluntario en el frente. Para mí no fue agradable la noticia, después de la terrible pena que yo tenía con el reciente golpe de la muerte de mi padre asesinado en Elda. Por muchos ánimos que él me diera, sufría de verle en el peligro de la guerra. En un frente le alcanzó una bala en la espalda, rozándole la chaqueta de pana marrón que llevaba entonces. Por lo demás, yo estaba segura de su honradez y de sus buenos sentimientos y amor a la justicia.

Con fecha 27 de septiembre de 1936 me decía Miguel:

"Me encuentro en un pueblo que se llama Cubas con cerca de doscientos hombres más. Hemos venido aquí a hacer fortificaciones para no dejar pasar a los fascistas que hay en Talavera de la Reina y te reirás mucho si me vieras dormir en una fábrica de tapices metido en un estante de los que hay para colocar la lana. No hay camas para tantos hombres como hemos venido y todos nos acostamos encima de la lana que se ha de utilizar en la confección de los tapices que te digo."

Y en otra carta del día 30 del mismo mes me escribía diciéndome:

"Sé que estarás esperando impaciente mi carta, que tanto comprendo que tarda en llegarte, No me eches a mi ninguna culpa, que no la tengo por mucho que yo mismo la busco para encontrarla y decirte que me perdones por ello. Tengo que escribirte así, y a lápiz y de prisa, porque todos los que tenemos aquí escribimos a nuestras novias y no hay plumas más que para unos dos o tres. Además no nos queda casi tiempo para escribir por la sencilla razón de que trabajamos todo el día haciendo trincheras en el campo y a mí me tienes aquí cavando los rastros para hacer zanjas. Desde aquí vemos pasar los aviones con bombas para Toledo y oímos los estampidos de las explosiones y los cañonazos."

Y desde Madrid el día 9 de octubre me volvía a escribir y decía así:

"Perdóname, perdóname todo lo que creas hago mal, pero, nenica mía, guapa de mi corazón, lo hago con la mejor intención del mundo cuando no me queda otro remedio (...) No digas a nadie, si vas a Orihuela, que me encuentre como me encuentro ahora, que no lo sepa mi madre. Si me hubiera sido posible ocultártelo a tí, también te lo hubiera ocultado, pero a tí no puede ser." (...) "El permiso con que estoy aquí me lo han dado por enfermo. Otra vez he sufrido una infección de estómago, pero ya me encuentro casi bien. Hoy ya no tengo fiebre y sólo notarás mi enfermedad en que la letra me sale con poca fuerza."

El día 1 de noviembre, me da Miguel más explicaciones.

"Estoy en Madrid, aunque sin tiempo, porque me tienen encuartelado la mayor parte del día. Yo creía que salía de aquí varios, me despedí de mi hermana y hasta hoy no había podido pasar a verla para que supiera que no me había ido."

Y el 17 del mismo mes de noviembre, desde Alcalá de Henares me decía que le enviara mis cartas a estas señas: Cuartel de Caballería, del Batallón del Campesino, 1ª Compañía.

Desde Alcalá de Henares, 24 de noviembre, me contaba Miguel sus cargos, que fueron pasajeros, pues su misión no podía ser otra que dedicarse a escribir. Y así lo hizo dedicado a las circunstancias.

"Soy comisario político. He tenido que suspender la escritura de esta carta, Josefina querida, porque me he tenido que ocupar de muchas cosas que me mandan, y a los dos días vuelvo

a reanudarla y resulta que me han nombrado ahora comisario de guerra, a lo mejor, cuando recibas ésta, soy general o poco menos."

El día 22 de diciembre desde Ciudad Lineal, hablándome de casamiento para el próximo enero me decía que iba a tratar de tener una casa en Ciudad Lineal.

"Es un pueblecito de las afueras de Madrid, donde trabajo escribiendo para las tropas. Aquí no ofrece peligro alguno los bombardeos, porque está todo de campo. No es como en Madrid, donde te vería expuesta a un sin fin de peligros diarios y de molestias para encontrar comida."

Muchas personas me preguntan si Miguel era comunista, y yo respondo que nunca ví que tuviera el carnet de ese partido, aunque es verdad que iba con los comunistas, como también tenía amigos pertenecientes a otros partidos. Yo le veía como un hombre con capacidad de ayudar a cualquier persona.

Recuerdo que en Cox, cuando estalló la guerra, recogieron los aparatos de radio. Teníamos en la familia a un primo, que decían era fascista, casado con mi prima Carmen. Este se hizo de un aparato clandestino, que de día escondía en un baúl en su dormitorio y por la noche lo sacaba y le veíamos feliz oyendo a Queipo del Llano, y nos contaba con entusiasmo, cuando oía decir a éste que Largo Caballero tenía más de largo que de caballero. El mismo se lo enseñó a Miguel con mucha alegría y toda confianza, aún sabiendo que Miguel no era de su opinión, y a Miguel le hacía mucha gracia y respetaba su ilusión. Poco después hicieron una recogida de presos en Cox incluido él. Mi prima le pidió a Miguel ayuda. Creía ella que Miguel tenía esa posibilidad, y, aunque él intentó varias veces, hablando con el gobernador y con otras personas, fue sin éxito. Cuando terminó la guerra salió de la cárcel, emprendió su negocio, pues él siempre había tenido tienda de comestibles, y vino de nuevo el bienestar y la prosperidad a su casa.

Unidas a tantas alegrías les nació un niño a quién pusieron de nombre Santiago, por ser el patrón de España. En la actualidad es del partido comunista, junto con uno de sus hermanos. En la tienda colgó un gran cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, que con su mano se señalaba un corazón grande y rojo. En septiembre de 1939 entró Miguel a la tien-

da con Carlos Fenoll y Molina a tomar un refresco, y le llamó la atención el cuadro y al día siguiente me contó mi prima muy enfadada, que le había preguntado Miguel: "¿A cómo da ese tío los tomates?"

La primera vez que estuvo preso Miguel, me escribió diciéndome que le pidiera un aval al marido de mi prima Carmen. Yo sabía la contestación que me iba a dar, pues me dijo muy nervioso que él no entendía de eso y no podía. Hace unos años que falleció y habían quedado en la más triste pobreza. Hace poco le pregunté a mi prima si guardaba la poesía que le hizo Miguel a ella en una ocasión que nos invitó a comer y me dijo que ni lo recordaba. Yo recuerdo que era un poema largo y que nombraba su nombre.

Don Luis Almarcha, entonces canónigo y secretario del Obispo de Orihuela, el que dicen por ahí protector de Miguel, sí que le hizo un aval diciendo que era un buen chico de buena familia, pero que tenía que regenerarse. Esto me lo contó Miguel cuando salió de la cárcel en 1939, con el disgusto de que le había dicho degenerado. Este señor lo visitó en la enfermería en compañía de Justino Marín y Antonio Fantucci, italiano. Miguel me lo dijo con su voz temblorosa, por la enfermedad que padecía, y que Fantucci lloraba al verlo en el estado en que se encontraba. En esa Semana Santa, en la revista "Momento" de Orihuela, publicó Fantucci un poema con esta dedicatoria: "A Miguel, que se muere solo".

El abogado don Juan Bellod, amigo de Orihuela, también le envió un aval a petición de Miguel. Así me lo decía en su carta.

"También he recibido el aval que me envía Juan Bellod desde Valencia y lo utilizaré en cuanto me llamen a declarar."

Pero lo que deseaba Miguel y le pidió era que Juan Bellod estuviera en el juicio. Este no pudo, por estar veraneando en Torrevieja, según dijo. Miguel lo sintió mucho.

Miguel creía que iba a ser juzgado en su primera detención, y por eso buscaba tantas prevenciones. Pero cuando verdaderamente él supo que iba a ser juzgado, otra vez pensó en la necesidad de que estuviera en el juicio Juan Bellod. Pero, según dicho señor, no complació a Miguel, y así les decía a sus padres desde la cárcel Plaza Comde

Toreno, 2 --Sala 7ª, número 1.101, Madrid, el 9 de febrero de 1940.

"Me esperaba que Bellod no se atreviera a garantizarme como yo quería. No hace falta por suerte ya, pero ya podeis ver que son pocos los amigos dispuestos a serlo de verdad y con todas las consecuencias. No me deis más recuerdos suyos, que es una manera muy cómoda de cumplir dar recuerdos. Y no me gustan los cumplidos."

El juicio se celebró poniéndole la "sabrosa" pena de muerte. Yo no supe esto hasta que él me lo dijo en la primera comunicación que tuvimos en la prisión de Alicante. A los seis meses, cuando le conmutaron la pena de muerte por 30 años de cárcel, me escribió desde Madrid, el 23 de julio de 1940, diciéndome:

"Alégrate, Josefina. Me han juzgado y he firmado doce años y un día de prisión menor. No te miento. El fiscal pedía treinta y, al fin, me han rebajado dieciocho. No es mucha edad doce años. Y a casi todos los condenados a esta pena los suelen poner pronto en libertad."

Pero yo no me podía alegrar porque sabía que sí me mentía.

Aunque Miguel me ocultaba su pena de muerte, me iba contando las gestiones que hacían sus amigos, que no eran otras que intentar la conmutación de la misma, y así me decía Miguel el 29 de abril de 1940:

"Hoy o mañana vendrán Cossío, Aleixandre, un abogado que ha designado Cossío para mi causa y algún otro amigo a darme noticias concretas. Si me las dan, te las contaré esta semana que viene."

También el 3 de junio de ese mismo año me manifiesta Miguel su alegría por las buenas noticias que le iban llevando sobre su situación.

"Esta semana me han dado mejores noticias que otras veces. Hasta me han traído una carta que ha recibido Vergara, en la cual se interesa por mi asunto el Ministro Rafael Sánchez Mazas. Tengo bastante confianza en él, ya que es un antiguo amigo y espero que, como amigo, dará solución a esta situación mía."

Cuando Miguel quería que lo trasladaran desde el penal de Ocaña al reformatorio de Alicante, según sus padres, le habían preguntado si hablaban con D. Luis Almarcha para que influyera. Miguel me

decía en una carta:

"Dirás a mis padres que ya les diré si es conveniente hacer algo desde ahí para el traslado. Creo que no va a ser preciso. Almarcha y toda su familia y demás personas de su especie, que se guarden muy bien de intervenir para nada en mis asuntos. No necesito para nada de él, cuando he despreciado proposiciones de otros mucho más provechosas. Ya te contaré y comprenderás que no es posible aceptar nada que venga de la mano de tantos Almarchas como hay en el mundo.

Sería una verdadera vergüenza. Pronto estaremos juntos y te contaré las cosas más sabrosas que me he callado hasta hoy."

En otra carta me decía:

"¡Cuánto he de contarte hija!"



XIII

Nadie cría que la guerra duraría tanto tiempo como duró. En un principio recuerdo que hasta decían que acabaría en 24 horas. Durante la marcha de casi sus tres años no era difícil comprender el resultado, y yo no dejé de preocuparme y sufrir por la suerte que a Miguel le podía venir. Durante el tiempo que estuvo Miguel en Rusia yo deseaba la terminación pensando que allí lo tenía fuera de peligro. Estuvo en Rusia un mes y, cuando vino, para mí, además de la alegría de tenerlo, sentí mucho desconsuelo. Mis alegrías de todas las épocas siempre han estado mezcladas de penas y zozobras. Yo le llegué a decir varias veces, y siempre, que la guerra se perdía y él no se daba cuenta con su exceso de trabajo, dentro de su buena fe. Tuvo buenos consejos míos, y él desde la cárcel me decía en una ocasión:

"Desde luego seguiré tus consejos y haré lo que tú crees que debo hacer. Si los hubiera seguido antes, a estas horas estaríamos donde están Poveda y Josefina trabajando. Pronto estaremos, te lo aseguro."

Se refiere Miguel al matrimonio formado por Jesús Poveda y Josefina Femoll (que había sido novia de Ramón Sijé) que estaban entonces en América, de donde no han regresado todavía.

Desde Rusia me escribía a menudo, aunque él no podía recibir mi contestación, porque iba de un pueblo a otro y temía que se perdieran mis

cartas. Y por indicación de él yo no le escribía. En sus cartas me iba contando cómo lo pasaba, que veía representaciones de teatro (que es a lo que él fue con otros compañeros), el trabajo aperreado que llevaba. Me contaba las costumbres de los países y poblaciones que visitaba:

"En París se guisa con mantequilla y parece que come uno cirios fritos."

De Suecia decía que las muchachas eran casi todas chatas y con los ojos azules, y que tenían las piernas gordas de montar en bicicleta, y que echaba de menos el sol, que parecía que siempre era de noche, y que si tuviera que vivir siempre allí se pudriría de pena, pero su deseo de saber le ilusionaba. Me decía que esas experiencias de trabajo allí y las representaciones que veía, le servirían para su trabajo aquí en España. Su idea era dedicarse al teatro y hasta el cine.

Aquí pongo algunas cartas, y encabezamientos de otras, de su paso por aquellas tierras extranjeras:

"Valencia, 27 de agosto de 1937.

Mi querida esposa y triste Josefina: Desde la tarde que salí de tu lado me encuentro en Valencia. Voy con cuatro compañeros más a asistir a unas representaciones de teatro ruso en Moscú y Leningrado y otras ciudades más, para que me sirvan de estudio y en beneficio del teatro que yo hago en España."

"Paris, 30 de agosto de 1937.

Querida Josefina: Tardarás en tener noticias mías y no has de impacientarte, porque eso es causa natural del viaje. Salí de Valencia el sábado día 28, y he llegado a París esta mañana. Mañana saldremos a las 8, para donde me ha enviado el Ministerio de Instrucción. El viaje durará un mes. En este tiempo procuraré escribirte todo lo posible y lo imposible.

Me acuerdo mucho de España, como si la hubiera perdido para siempre, y de mi española como si te hubiera perdido para siempre.

Te llevaré varias cosas que te gusten y ya voy pensando en qué te llevaré. Cuídate mucho, nena. No te olvides de quien te quiere bien. Espérame, cuando vuelva, estaremos más tiempo juntos que hemos estado esta última vez. Aquí, en comparación con la nuestra, la gente me parece de cartón. No hay nada como España y más en estos momentos en que vivimos. Recuerdos y abrazos para todos, familia y amigos. Te besa grandemente Miguel."

"Estocolmo, 1 de septiembre de 1937.

Mi querida Josefina: Ayer tarde hemos llegado, los tres compañeros que vienen conmigo y yo a la capital de Suecia. Hemos hecho el viaje de París aquí en aeroplano y ha sido el mejor de todos los que he hecho hasta hoy. Esta nación, Suecia, se encuentra a la parte norte de Europa y está compuesta casi por completo de lagos."

"Moscú, 3 de septiembre de 1937.

Mi querida nena Josefina: Anteayer por la tarde he llegado a Moscú y hasta este momento me había sido imposible escribirte. Tú no sabes lo que nos hacen trabajar al cabo del día los rusos. Es una gente que no quiere que nos vayamos de aquí sin llevarnos una impresión profunda de todo y continuamente nos llevan de un lado para otro y nos acosan a preguntas y atenciones."

"Moscú, 8 de septiembre de 1937.

Mi querida nena: Delante de tu fotografía, después de besarla mucho, mirándote con todos los ojos del cuerpo y del alma, te escribo. Ocho días llevo ya en Moscú y todavía no he conseguido olvidarte, mira tú si será fácil para mí hacerlo. No sabes que vida más aperreada llevo en estos ocho días de trabajo constante con periodistas y otra cantidad de gente de aquí. Aún no me he despertado y ya está sonando el teléfono de mi habitación, y es que me llama la peribochi, la intérprete que se llama peribochi, para que me levante y vaya a cualquier parte donde me espera fulanito de tal para hacerme una interviú, o menganito para tocarme los cojones. Luego tengo que escribir para periódicos, revistas... Anoche me acostaba a las cuatro, aunque aquí el reloj va adelantado dos horas y sólo eran las dos en realidad. La suerte mía es que como mucho y bueno.

Ayer tarde he estado en una escuela de niños españoles evacuados y no puedes imaginarte de qué manera los tratan. Están como solamente pueden estar los de mucho dinero y no carecen de nada. Hay de Madrid, de Valencia, de Elche."

"Leningrado, 14 de septiembre de 1937.

Queridísima Josefina: Acabo de levantarme para escribirte estas líneas, ya que el mucho quehacer que me dan en Rusia no me permite escribirte a todas horas como yo quisiera. Tengo más ganas de que sepas de mí fuera de España que dentro de ella y, se me antoja que no te escribo porque no recibo contestación tuya."

"Moscú, 16 de septiembre de 1937.

Querida Josefina: Hace unos minutos que he llegado a Moscú de Leningrado, de donde salí anoche. Son las doce de la mañana y esta tarde, a las ocho salgo para el sur de Rusia, donde voy

a estar hasta el día 24 de este mes. Después vendré con mis compañeros de viaje a Moscú, estaré aquí cinco o seis días y marcharé a Leningrado otra vez, porque es allí donde embarcaremos, el día 5 de octubre, para España. Yo quería salir antes, pero la combinación de aeroplanos y barcos no lo permiten y he de esperar hasta el día 5."

Cuando vino de Rusia lo trajeron en un coche hasta la puerta de la casa de mi abuela, que entonces todavía vivíamos allí. ¡Qué alegría llevó más fuerte al verme! Recuerdo que parecía un cura moderno, con su traje azul marino oscuro, jersey blanco de cuello alto, pelado y con zapatos negros, y su alegría impresionante que no olvido. ¡Cómo gozaba de sus alegrías! Concentradas para todas sus penas que le habían de venir después, de las que no demostraba, con su arte bondadoso para disimularlas.



XIV

Cuando venía Miguel del frente, de sus permisos, con su maleta al hombro--una maleta de cuero que pesaba más vacía que llena--para llegar a nuestra casa tenía que pasar antes por otra calle donde vivía una hermana de mi abuela. Apenas alguien le veía, al grito de "¡Miguel viene!", salían de sus casas familia mía y vecinas a recibirlo, y él descansaba la maleta en el suelo y a todas las besaba. Una de las primas de mi padre había sido monja y deseaba la terminación de la guerra para incorporarse de nuevo al convento. Cuando yo le dije a Miguel que era monja le hizo mucha gracia y en muchas cartas me mandaba besos para la monja. Ya terminada la guerra, desde la cárcel, y suponiendo que la monja había vuelto al convento me decía:

"Besos para la monja donde haya ido a parar".

Había ido a parar a un convento de Orihuela y allí murió al poco tiempo.

En Cox me nombraban mucho a Miguel los que lo conocieron y los más jóvenes que han oído hablar de él. Un día hablaban de Orihuela y nombraron a una señora de allí que estuvo en Cox con su hermano, Don Monserrate Celdrán Mogica, siendo cura párroco del pueblo. Yo también la recordé. Se llamaba Cirila, algo jorobada y solterona. Fue amiga de mi madre siendo soltera. Cuando se vieron en Orihuela, viviendo nosotros

allí, se llevaron mucha alegría. Vivía en la calle del Colegio, paralela a la calle de Arriba. En esta calle está el colegio de Santo Domingo. Ese es el motivo del nombre de la calle. Y esta mujer, cuando se enteró que yo hablaba con Miguel, alarmada le dijo a mi madre que no me dejara hablar con él, pues estaba loco. Los motivos que le aplicaba a la locura, era que se subía a la sierra y bajaba quemado del sol y se bañaba en el río. Ella no podía imaginar que Miguel llevaba medio siglo de adelanto en aquel tiempo en que la mayoría de la gente no se lavaba la cara más que cuando llovía.

Estas aventuras del sol me las contaba también Miguel. Me decía que el sudor de su cuerpo dejaba la mancha de su silueta en la piedra y que esas quemaduras se las aliviaba poniéndose vinagre. Era Miguel muy aficionado a las medicinas caseras. Cuando se constipaba me hacía darle potingues de los que la gente decía por Cox. Para el dolor y desgaste de la cabeza se ponía, para acostarse, un unguento amarillo, que le decían "Sain", de caballo, que los campesinos de allí componían y se lo daban con mucha recomendación. Con seguridad que lo harían con materias de caballo. Aquello estaba pegajoso y con un tufo insoportable. Se ponía aquello y se cubría la cabeza con paños, y dormía con un sacrificio de mártir con la creencia de la ciencia campesina.

Le atraía el campo y las conversaciones con los campesinos, y esas largas caminatas de su costumbre de siempre. En el campo de Cox descubrió una vaquería. A su propietario le decían el tío Rosaria. Era la única vaquería de aquel contorno, y Miguel, todos los días traía de allí una botella de leche, alimento que estaba escaso y que, en Cox, era de cabra. Después compramos una cabra que Miguel ordeñaba todos los días. Cuando él no estaba, la ordeñaba mi tía o mi hermana Carmen, que la había enseñado él. Yo nunca pude aprender ese oficio. Me fue difícil. Miguel cogía a la cabra del collar y se la llevaba a pastorearla. A veces la llevaba un cabrero con su ganado.

Miguel me contaba algunas costumbres naturales de las cabras. A mí me había llamado la atención ver a la cabra masticar sin comer, y él me explicaba que las cabras, al rato de tragarse la comida, la vuelven a la boca paramasticarla otra vez. Me contaba las veces que tuvo

que hacer de profesora en partos cuando iba con el ganado, y las multas que le ponían a su padre porque se le metían las cabras en los sembrados mientras él se embelesaba en sus versos.

Me decía con mucha pena lo que le gustaba estudiar y que sólo lo dejó su padre ir al colegio hasta los catorce años para dedicarse al pastoreo, y que estudiaba por la noche en la cama y su madre se levantaba a media noche a apagarle la luz temiendo que cayera enfermo. Después de morir Miguel, me dio su madre las tarjetas blancas, verde y rosa con las buenas notas de sus estudios en el colegio de Santo Domingo, y unas cuantas medallas de premios, unas en dorado y otras plateadas. También me dio la cinta con la medalla de la Virgen de la Milagrosa, de la Congregación. Todo eso lo conservo.

Me contaba Miguel muchas cosas de esas épocas. Pero aquellos tiempos, es natural que no fueran para mí de observación. Recuerdo a Miguel, eso sí, con raíces en sus costumbres, con añoranzas a sus vivencias pasadas, pero siempre dentro de la naturaleza.

Muchas veces recuerdo que estando nosotros tan felices juntos, sentados en el corral, y enfrente la cabra en su aposento, tan triste y sola, rumiando, se me ocurrió decirle a Miguel: "¡Qué lástima me da que la cabra sea cabra!". Y él me respondió: "A lo mejor ella se está compadeciendo de tí porque eres persona."

Por los animales es que sufro. No sé por qué en aquel tiempo mataba un conejo o un pollo de los que criábamos en el corral. Seguramente con la mentalidad de la gente que dice que la mejor carne y de más confianza es de los animales que uno alimenta y cría. En realidad así es, pero ahora si hubiera votaciones para que no mataran animales, mi voto sería el primero, y hasta haría trampas. Lo mismo me pasa con las corridas de toros. Desde los quince años a los veinte iba algunos domingos a los toros. La empresa regalaba un par de entradas a cada guardia, y como las corridas de toros eran la diversión más importante en Orihuela, y además para mí gratis, pues allí iba yo sin entender de toros (ni los entiendo). La animación de la gente, la música y los pasacalles de los toreros, me animaba un poco, y cuando mataban al toro, o éste destripaba al caballo, no me daba cuenta. Ahora una corrida de toros es terrible para mí, y no la vería por nada del

mundo. Cuando me entero que muere un torero en la plaza me da mucha pena, aunque pienso que él se lo ha buscado y el toro muere defendiéndose sin culpa alguna y sin causa que justifique lo que le hacen. Los que no podían ir a los toros iban paseándose a ver a la gente que salía de la corrida. Al último toro, dejaban entrar a la gente que se amotinaba en la puerta de la plaza. Cuando salíamos de ver el espectáculo, ya estaban los carniceros con sus mesas en la puerta, descuartizando a los burlados. Y la gente compraba carne más barata que la otra de la carnicería. En una carta le dije a Miguel que había ido a los toros. El me contestó:

✕ "El día 20 de julio de 1935, me dices que has ido a los toros el domingo pasado, que has salido algo, que te has cansado. Yo estoy harto de cuernos y toreros, pues no hago otra cosa que escribir historias de toreros célebres y de gamaderías." ✕

Este sentimiento de no poder matar animales se lo debo a mi hijo. Teniendo él una edad, que aún lo podía yo dominar, le obligué a que matara una rata. Esta se encajonó en un hueco que había en el corral entre la escalera que había para ir a la terraza y la ventana de mi dormitorio. Al abrir la ventana, cuando me levanté por la mañana, se me echó la rata encima. Yo, gritando, lo llamé para que la matara y no quería. La rata salió del cuarto. Yo me encerré en él y con un palo la mató a la salida del corral. Luego lo quise obligar a que la tirara y me dijo: "Eso no lo consigues, y no te perdono lo que me has hecho hacer". Era en el tiempo que una peseta tenía el valor de unas veinte de ahora, y para el entierro me valí de unos chiquillos que jugaban en la puerta y por una peseta, tan contentos, se llevaron la rata.

Otra vez, un sábado, me regalaron un conejo que yo destiné para el día siguiente. Cuando fui a matarlo, me oyó mi hijo afilar el cuchillo y no sé de dónde salió alarmado y me preguntó: "¿Qué vas a hacer?" Yo le dije que iba a matar el conejo. "Aquí no se mata a nadie", me contestó. Yo le hice los cargos de que no me había preparado de otra cosa para comer ese día, y me aconsejó que comiéramos patatas hervidas y que tiráramos el conejo a la sierra. "Y hasta te perdono, lo que me tienes que dar esta tarde". A los tres días maté el conejo dicién-

dole que lo había vendido y había comprado un cuarto. El no comió.

También me pasó otra cosa terrible con otro conejo que me regaló la misma persona que me había regalado el anterior. Era una amiga del campo a la que yo le cosía. Lo maté degollándolo y cuando volví de poner el plato de la sangre en la mesa, al ver el conejo tendido en el suelo, pensé en mi padre, recordándolo en el suelo muerto, aunque yo no lo ví. Me habían contado que los milicianos pisotearon a los cuatro guardias civiles que mataron, diciendo: "Estos cerdos son los que a mi me gusta matar."

Continuando con el recuerdo de los curas párrocos y sus familias que hubo en Cox, nombraban mucho a un tal don Julio López Maimón, que el hombre se ve que sabía convivir con la gente del pueblo. Cuando más sentado y feliz se encontraba en compañía de sus feligreses, recibió la orden de traslado y lo mandaron a Murcia. Creo que era murciano. Sus feligreses también sintieron mucho el traslado del cura y lo añoraban y se buscaban la recompensa trayéndole con mucho empeño a predicar todos los años el día de la Virgen del Carmen. El cura, agradecido, les seguía la corriente y les recordaba en el púlpito aquellos versos chistosos que tanto les habían hecho reír en aquel tiempo pasado. Solía decir: "Don Julio López Maimón, hijo de muy buenos padres, cura párroco de Cox. ¡Viva la Virgen del Carmen!" Y la iglesia en pleno se desgarraba en la contestación del viva. Y continuaba al empezar el sermón: "Cuando vengo de mi Murcia y llego al portichuelo, y veo los hijos de Cox, parece que veo el cielo". Vivaaaa.

Yo recuerdo a un cura de los primeros que llegaron a Cox, en la terminación de la guerra, que decía en el púlpito que robar en el negocio no era pecado. Este señor, además de la buena casa que se le da al cura allí, con su huerto de palmeras y su cosecha de dátiles, decían que se metió en negocios de compra y venta de cáñamo. Cosecha fuerte que había en Cox. Y no quiero decir más, pero lo desterraron del pueblo.

En Orihuela conocí, siendo jovencilla, a dos curas ya muy mayores: don José y don Francisco Abril. Los veía pasar por el pasaje del cuartel con dirección a la iglesia de Santa Justa y Rufina, que creo que era su parroquia. Estos también estuvieron de vicarios en Cox, en

diferentes ocasiones. Tenían dos hermanas solteras, que estuvieron allí en compañía de sus hermanos. Mi madre había sido amiga de ellas. En Orihuela vivían en una casa con altos y escalera de mármol blanco, cerca de la glorieta. Eran cinco hermanos ya muy mayores, y vivían los cinco juntos, todos solteros; los dos curas, otro hermano y las dos hermanas. A una de las dos la conocí por desgracia de ella, a Teresa. Tenía ya su setenta años brincados, cuando la rondó un muchacho de veintisiete años, picotoso, más feo que el hambre, que de apodo le decían "la leona". Sus frases serían más bonitas que él para poder empujar a la abuela con su herencia. Así fue que se la llevó y los tuvieron que casar. Fue el trueno de la época, en aquel tiempo, que todo se consideraba más escandaloso que ahora, y en aquella familia tan distinguida de curas y católicos. Los hermanos se negaban a darle su parte de herencia correspondiente, porque sabían dónde iba a ir a parar, pero la ley manda. Al año ya lo había echado todo a perder él. Lo primero que se compró fue un coche. Eso estaba bien, porque era chofer de punto, y era para su trabajo. Pero con sus juergas y su manera de vivir se quedó más pobre que antes. Ni coche ni nada les quedaba. Los echaron del piso en que vivían por falta de pago y los recogieron en la casa de los padres de él.

La suegra era mucho más joven que la muera, y de tan baja educación que maltrataba a la señora Teresa. Mi madre la encontraba muchos días por la plaza con sus lágrimas de arrepentida, y se la llevaba a mi casa, y le daba una taza de sopas de café con leche. Sus hermanos no la querían, pero años después, la hermana se compadeció de ella y le decía que fuera a su casa a las horas en que no estuvieran sus hermanos, y le daría de comer. Y esa fue la salvación de la pobre mujer. En esa época contrajeron matrimonio muchos jóvenes con mujeres que les doblaban la edad, como, por ejemplo, la tía de Miguel, que parecía que su marido era su hijo menor.

Al cura que había en Cox antes de la guerra, don Manuel Serna, le salvaron en el pueblo la vida en tiempo de guerra. Contaban que venían de Callosa de Segura a matarlo, pero las autoridades les cortaron los pasos echándolos para su pueblo, diciéndoles que en Cox no estaba el cura, ni sabían dónde paraba. Estas mismas personas que atajaron a los

matachines fueron a decirle al cura que huyera del pueblo. Ellos mismos lo sacaron de allí a medianoche a él, con los muebles, en un camión y lo mantuvieron escondido todo el tiempo que duró la guerra. A la terminación de la contienda volvió de nuevo el cura a la feligresía de Cox. La primera misa que ofició fue de campaña, en la puerta de una prima de mi madre. Todavía guarda ella la copa de cristal que dejó, sirviendo de cáliz.

En este pueblo no mataron a nadie, ni durante la guerra, ni después de ella, aunque hubo sus presos antes y después. Ya en la "Paz", cuando iban a detener a las personas en sus casas las llevaban por la calle con empujones y dándoles bofetadas. Una mujer que presencié uno de estos atropellos, clamaba: "Por Dios, estáis haciendo lo que no hicieron ellos".

El cura estaba tan agradecido con la gente de Cox, que les dijo a las nuevas autoridades que si no sacaban a los presos se marchaba de allí. A los tres o cuatro meses se marchó despreciándolos, pues le dolía y no veía justo que estuvieran en la cárcel unos hombres que le habían salvado la vida, tanto a él como a otros del pueblo. Solían venir los callosos con frecuencia con el propósito de matar a los que ellos decían eran fascistas. Los dirigentes de Cox los echaban diciéndoles que Cox no se manchaba las manos de sangre. Se volvían a Callosa rabiosos, diciéndoles que eran unos fascistas, porque no mataban.

De don Monserrate Abad Huertas, el vicario que trajeron a Cox después de marcharse don Manuel Serma, recuerdo, cuando fui a pedirle un aval para ir a hablar con Miguel en comunicación extraordinaria en la cárcel de Alicante, que me dijo: "Que contraste; a su padre lo mataron los "rojos" y ahora su marido preso". Esto lo sabía él por un pariente mío lejano. Este estuvo preso y cuando acabó la guerra, tanto él como todos los que habían estado presos en el pueblo, se hicieron amigos del cura. Al conocer yo a mi pariente, en tan buena unión con el cura, le pedí el favor de que le dijera que me hiciera un aval para poder hablar con Miguel, en comunicación extraordinaria, y según le contestó el cura, que fuera yo a hablar con él y me daría el aval.

Con ese documento pude hablar con Miguel esa semana con más sosiego y me permití no levantarme a las cuatro de la mañana para poder

coger en Callosa el tren, ya que era esa la combinación mejor para llegar a tiempo, porque las comunicaciones terminaban a las doce más o menos. Estaban los coches de línea, pero no se podía confiar en ellos, porque iban hasta el tope y sólo paraban para bajar algún viajero. También había un tren de mercancías que pasaba por Callosa a las diez, pero llegaba a Alicante a la una o después, y en ese tren me fui yo ese día, porque las comunicaciones extraordinarias empezaban de la una en adelante.

Uno de los curas que llegaron a Cox por el año 1947, muy viejo, con dentadura postiza y una criada gorda, rubia, guapetona y coja. Este no les cayó muy bien al pueblo feligrés, seguramente porque su antecesor, don Juan, muy romántico en el púlpito y en las tomas de dicho. Solía ir a estas ceremonias y a los convites de las bodas, con preferencia en la mesa de los novios. A este pobre viejo se le movía la dentadura cuando explicaba el Evangelio, o en el púlpito amonestaba o decía alguna plática, y los ingratos feligreses se reían de él. Más lo criticaron un año, que cayó el día de San José en Viernes Santo y allí, en casi todas las casas, no faltaba un José o una Josefa.

Todo el pueblo respetó el Viernes Santo, con comida de vigilia en vez de la típica comida de arroz con costra. Les indignó cuando vieron a la criada que compraba la carne correspondiente para un buen banquete. Tenía el cura invitados a unos frailes contratados para decir sermones de aquellos días de Semana Santa. La gente terminó por acostumbrarse a él. Era un cura simpático, y a él no le fue mal en el pueblo. Engordó, con buen color de cara y se marchó del pueblo, ya jubilado y con su dentadura postiza bien ajustada.

Ahora hay en Cox un cura fiel y bonachón que lucha con palabras de mucho oído, queriéndole meter a sus feligreses en un cristianismo que él cree verdadero. Es mitad cura de antes y mitad de ahora. Cox ha sido siempre un pueblo agrícola, pero ahora la mayoría son mercaderes. Compran y venden en los mercados. El cura no los puede echar del templo, pero les dice con desahogo que no quieren a la Virgen. Y ellos se ríen.

• • •

El mercado de Cox estaba en una plaza que había en la puerta de la iglesia, y las campanas del campanario a las diez de la mañana, tocaban a alzar a Dios. En ese momento se paraba la venta y, compradores y vendedores, se mantenían en silencio dándose golpes de pecho y moviendo los labios. En una ocasión, a un pescatero le cogió el momento liando un cigarro, y un joven de aspecto grande y brutal, que estuvo en la División Azul, le dió una bofetada al viejo. Este señor hacía poco tiempo que había salido de la cárcel, y no tardó mucho tiempo en morir.



XV

Tenía yo en Cox una clienta que le decían "María la leche", que yo también era su clienta. Tenía un ganado de cabras que pastoreaba su marido. También tenía tres hijos, casi iguales, que todos los años, en todas las temporadas les hacía el típico traje de marinero. Yo me sabía tan de memoria aquella práctica que me salían más perfectos si no se los probaba. Pues poco habían crecido de una remesa a otra, además de que a ellos les habían echado poco guano como a los padres. El segundo era tan bonito y diminuto que le decían el "monín", nombre que le continúa, siendo ya un hombre de treinta y tantos años. Y le continuará mientras viva, pues nadie sabe su verdadero nombre, ni nadie sabe el nombre de los que poseen un apodo allí. Ya se sabe que, en los pueblos, por lo que más se conoce a la gente es por ese privilegio. Había uno que le llamaban "tres panes". De pequeño era caprichoso y un día pedía para merendar tres pedazos de pan. Era costumbre, por la pobreza, comer pan y aceite echándole encima sal, y decía: "Mama, dame tres panes, tres aceites y tres sales". Un día iba con su padre y la mula a la huerta y ésta se espantó del ruido de la bocina de un coche, y fue el pobre animal a parar a la acequia. Su padre sufrió Dios y ayuda para poderla sacar y él se pasó todo el tiempo riéndose. Al niño le quedó tan impreso aquello que a él tanto le había divertido

que, cada vez que recorrían el mismo camino, decía: "Tata, tire usted la mula a la acequia para que yo me ría". Ya de hombre, era negociante. Vendía simientes, y muchas personas forasteras iban preguntando por Navarro y nadie sabía indicarles. Cuando el forastero se explicaba diciendo lo que quería de él, entonces exclamaban: "¡Ah, sí, tres panes", y hasta los acompañaban a la misma puerta de su casa.

Hace poco me enteré de un apodo mío que yo ignoraba. Sabía que a mi bisabuelo le decían "Palomo", pero no sabía que hasta aquí llegaba el vuelo. Iba yo en el tren, camino para Cox y me encontré con dos mujeres de allí. Una, parienta de mi madre, me saludó y le dijo a la otra: "Chica, mira ésta es paloma". A ella le dio risa cuando yo le dije: "Sí, paloma mensajera". No me desagradó el recuerdo del abuelo de mi madre, del que no quedará ya ni el polvo.

Este pueblo lo tengo presente en sus apodos, en sus ignorancias y sus miserias. Cuando moría una persona vieja, pobre y abandonada, los piojos, huyendo del frío, se salían del puro cuerpo y se cubría el muerto como una alfombra, semioscura y reluciente. Las ignorantes de entonces decían que todos tenemos la piojera, pero que a unos se les revienta al morir y a otros no. Ahora ya no se les revienta a nadie la piojera, hay agua corriente en las casas, que no tienen más que abrir el grifo sin necesidad de sacarla a brazo a tantísimos metros de profundidad, quien la tenía. Y la miseria aquella general ha desaparecido, lo mismo que ha desaparecido la aparición de los muertos por falta de distracción.

Los piojos negros abundaban en todas las cabezas; si no se criaban, se pegaban de las personas que los tenían, y se veía tan natural temerlos que, a la hora de la siesta, y los domingos principalmente, se ponían las mujeres en la calle, en la puerta de sus casas o en el corral, sentadas en una silla, y detrás de ellas, en pie, la hija, la madre, o la vecina, sacándoles las liendres. Yo recuerdo a estas piojosas poniéndose la mano extendida en la cabeza decir a quien fuera de su amistad o familia: "Dame una pasaica", y se dormían mientras las espulgaban. La espulgadora tiraba de cada pelo donde estaban agarradas las liendres y las ponían encima de la uña del dedo pulgar de la mano izquierda y la mataban con la uña del otro

dedo pulgar. Lo mismo se hacía con la matanza del piojo. Por eso, Miguel, en la carta donde me dice que me manda las "coplillas" de la cebolla, más adelante me explicaba de esta manera cómo mataba los piojos:

"También paso mis buenos ratos espulgándome, que familia menuda no me falta, y a veces, la crío robusta y grande como el garbanzo. Todo se acabará a fuerza de uña y paciencia o ellos los piojos, acabarán conmigo. Pero son demasiada poca cosa para mí, tan valiente como siempre, y aunque fueran como elefantes estos bichos que quieren llevarse mi sangre, los haría desaparecer del mapa de mi cuerpo; ¡Pobre cuerpo! Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin tí, Josefina, y sin tí, Manolillo de mi alma, no sabe a ratos que postura tomar, y al fin, toma la de la esperanza que no se pierde nunca. Así veo pasar un día y otro día esperanzado y deseoso de correr a vuestro lado y meterme en nuestra casa y no saber en mucho tiempo nada del mundo, porque el mundo mejor está entre tus brazos y los de nuestro hijo. Aún es posible que vaya para el día de mi Santo, guapa y paciente Josefina. Aunque yo, la verdad, creo que estos amigos míos llevan las cosas muy despacio. Han estado de vacaciones fuera de Madrid y han regresado esta semana pasada. No han podido venir a verme porque ahora es imposible para todo el mundo, es casi seguro que los veré esta semana que viene."

En la biografía de Miguel, escrita por Concha Zardoya, aparece la cita de esta carta en la que, por error, se lee "...a fuerza de riña y paciencia", en lugar de "a fuerza de uña y paciencia". Este mismo error circula en todas las biografías publicadas posteriormente.

XVI

Cuando terminó la guerra estaba Miguel en Madrid y vino hasta Cox, andando y en algún carro que encontraba en los caminos. En Cox estaban celebrando los vencedores su victoria con volteos de campanas y cohetes sin cesar. Nosotros teníamos conejos en el corral y cuando llegó Miguel me ayudó a matar uno para la comida de aquel día. Estábamos los dos muy nerviosos y yo me hice un gran corte en un dedo.

Al día siguiente, fue Miguel a Orihuela a ver a su familia. Días después volvió a ir y por mediación de su hermano le hicieron un salvoconducto y marchó a Sevilla con 200 pesetas que le dio. A los pocos días de marcharse vino de Orihuela, preguntando por él uno que le apodaban "el Patagorda", acompañado de un empleado del Ayuntamiento de Cox, llamado Tomo. Yo les dije que estaba en Madrid. "El Patagorda" me pidió la pistola. Yo le dije si él sabía si Miguel tenía dicha arma, a lo que me contestó. "¡Vamos, un comisario político del Campesinismo, no va a tener pistola!". Y a continuación me registraron la casa.

En Sevilla no lo quiso refugiar el amigo en el que Miguel confiaba, diciéndole que iba a ser descubierto por los caseros de aquella finca. Entonces quiso marchar a Portugal. Sufrió mucho por aquellos desiertos encontrándose con animales salvajes. Atravesó el río nadando con una mano, y con la otra llevaba el equipaje, que era una caja de cartón en vez de maleta, con la muda y el traje azul que le rega-

laron cuando fue a Rusia. En Rosal de la Frontera vendió el traje y el reloj, de pulsera, regalo de boda que le hizo D. Vicente Alexandre. Allí, un desconocido que vivía solo con su madre, le ofreció su casa. La madre siempre le decía a Miguel: "Cuitadiño, cuitadiño". Yo le pregunté a Miguel que quería decir eso, y me dijo que "desgraciado".

Pronto fue detenido por la policía portuguesa, que lo entregó a la policía española. Miguel dijo que era de Alicante. Allí se encontraba también un tal Salinas, de Callosa de Segura, propietario del cine Salinas y de la "Banca Salinas", de Callosa. Este fascista se había pasado a los nacionales en la guerra y estaba allí al servicio de ellos. Cuando le preguntaron si conocía a Miguel contestó que no lo conocía para nada bueno. Con estos informes le dieron una gran paliza que lo destrozaron. A continuación, durante nueve días seguidos, lo sacaban a las dos de la mañana y le daban una paliza. Querían que confesara que él mató a José Antonio. Yo le pregunté si se vengaría, si pudiera alguna vez, y me dijo que no. También me dijo Miguel que a otros también le pegaban en los riñones y orinaban sangre.

El 8 de mayo es conducido a la prisión de Huelva; dos días después, a la cárcel de Sevilla, y el día 18, a Madrid, Torrijos, 65, Prisión Celular, 4ª galería, 1ª sala. Se sintió muy solo. El 28 de mayo me escribió, dándome estas indicaciones:

"Mira, nena: ve si Luis Almarcha, Juan Bellod y demás amigos pueden conseguir mi libertad provisional, avalándome y haciendo lo que sea preciso. No he podido comunicar aquí con ningún amigo, y me parece que Cossío debe haberse ido a su pueblo. De modo, que no encuentro a quién recurrir de momento, porque ningún otro amigo de aquí puede hacer mucho".

Por un decreto del Gobierno, que decía que pusieran en libertad a los detenidos indocumentados, salió Miguel a los cuatro meses de la cárcel sin que fuera identificado. Sin pensar más me puso un telegrama diciéndome que venía. A mí me causó mucho disgusto su decisión. Llegó con mucha alegría y gran seguridad. Estaba contento y confiado. Se reía recordando ciertos acontecimientos en la cárcel

y cuando entraron a darle la libertad, que le dijeron: "Miguel Hernández, que salga con todo lo que tenga", y el ademán que hacían todos los presos en esta circunstancia. Cantaba con mucha risa la canción con que se distraían y se reían en la cárcel, que lo recuerdo así: "Y a pesar de todo esto no hay mi un gesto mi una cara de aflicción, de aflicción. Las letejas se hacen viejas haciendo la digestión."

Fue a Orihuela dos veces a ver a su familia y el día veintinueve de septiembre, día de su Santo, lo detuvieron llevándolo al Seminario, cárcel entonces. El, que me había dicho desde Madrid, en carta 22 de agosto de este año.

"Es verdad Josefina, que saldré pronto; para el día de mi Santo es seguro que estoy contigo."

Y precisamente ese día lo volvieron a encerrar para siempre. Sólo estuvo medio mes libre. Desde allí me escribía cartas clandestinas. Se las daba a su padre por mediación de un conocido suyo que estaba allí al servicio de la cárcel y me tardaban mucho en llegar. Lo mismo ocurría con las que yo le enviaba a él. No quería que fuera a verlo para que no sufriera yo; pero con el deseo de vernos al niño y a mí me dijo que fuera. Fuimos una vez, pero me lo prohibió de nuevo diciéndome que no quería verme así:

"Eso sí: te pido que no vuelvas a aparecer por estas rejas porque cada vez que me acuerdo, y no puedo olvidarme de tu visita, me pongo de mal humor. Parecíamos dos perros ladrándonos el uno al otro, pero sin entendernos ninguno de los dos. Yo te quiero ver de otra manera, y no como si estuviéramos los dos enjaulados. Y además, sin poder besar a mi niño. No vuelvas. Yo iré cuando me harte de verme así, como carne en conserva pudriéndome también de tanto tiempo que llevo sin recibir el aire puro y sin que me coma nadie. Preferiría que me comieran aunque fueran los lobos. A veces quiero quitarme el aburrimiento aprendiendo francés, y me cago en francés y en español en los que tienen la culpa de mi mala suerte.

As-tu vu chose plus malade, madame Josephine? L`enfant motre est tres beau que tout le monde. Ah, mon Dieu! Le petit enfant que as-tu amamante! Tres-bon, tres-beau, tres bien! Ah, madame Josephine, et quel plaisir arait moi avec tu!

¿Qué te parece? en cuanto salga, vamos allá a terminar de aprender el idioma este por encima de todo."

En la mañana del día 3 de diciembre, lo trasladaron en el tren a Madrid a la prisión de Conde de Toreno; iba esposado de la mano de otro preso. Uno de los guardias civiles, Pepe Fuentes, de la edad de mi padre, muy conocido nuestro de cuando vivíamos en Orihuela, se portó muy bien soltando a Miguel para que pudiera tener a su hijo en brazos. También vino a despedirlo a la estación su padre y su hermana Encarnación.

Por aquellos días, Miguel había querido ir con mi tía a Elda a trasladar los restos de mi padre a Cox y sintió mucho no poderlo hacer. No esperaba que en su tierra lo detuvieran, y precisamente lo detuvieron allí por denuncia de "El Patagorda", hermano mayor del "Patagorda" que cito anteriormente, según me comunicaron. Tan confiado en la buena fe de sus paisanos, me decía el infeliz desde Sevilla, el once de mayo de 1939: "Que manden de Orihuela y Cox los informes mejores sobre mi conducta." Y sin cesar de pedir avales, me escribía: "También sería oportuno otro del Ayuntamiento de Orihuela, pero el principal es el de Don Luis." Este se lo mandó, como ya está bien dicho dejándolo bien amargo. "Es que soy un degenerado", me contestó cuando yo le pregunté si presentó el aval, aunque no le hizo falta ninguno en esa época de su primera detención, puesto que no sabían el Miguel Hernández que era y salió de la cárcel con esa suerte para meterse después en la boca de los lobos.

Algunas personas que leyeron cartas de Miguel, para servirse de datos para escribir sobre él, entendieron que a Miguel lo pusieron en libertad por influencia de Pablo Neruda. Es cierto que Pablo Neruda le prometió a Miguel hacer gestiones que ayudaran a sacarlo de la cárcel. No sé si lo hubiera conseguido, pero se adelantó el decreto del Gobierno, como así me lo contó Miguel cuando vino a Cox, y que ese decreto decía que pusieran en libertad a los detenidos indocumentados, el cual le alcanzó a él, dicho decreto, ya que él se encontraba en esta situación.

Desde la cárcel de Torrijos, con fecha 18 de julio de 1939, me escribía Miguel sobre esas gestiones que estaba haciendo su amigo Pablo Neruda, sin dejar de desear la presencia y la ayuda del abogado amigo de Orihuela, Juan Bellod. Aquí transcribo dicha carta.

"Mi querida Josefina: Por aquí seguimos esperando la mamá de Pascua, y carta tuya con las fotografías que me has prometido. Han telefoneado a Bellod de mi parte. Es preciso que venga en cuanto pueda. Tengo muy buenas noticias de Pablo Neruda que se preocupa de mí, desde su pueblo y me ayudará mucho. Por él podremos salir de Cox creo que pronto. También se interesa otra persona influyente, pero necesito a Bellod aquí. Se ha marchado Cossío, ya te lo dije, me parece, y nadie mejor que Juanito puede sustituirle en las diligencias por hacer. Me dicen que está en Torrevieja. ¿No va por Orihuela? Sigo bien, mejor que vosotros seguramente, aunque más solo y echámdoos más de menos. Di en casa de mi familia que me escriban, que yo no puedo escribir más, y por eso no les escribo, quiero saber de mi madre sobre todo. ¿Qué tal Manolillo? Cerca de otro mes, de siete meses ya, casi un hombre de novia... Tres meses hace que salí de tu lado, bien contados los llevo. No dejes de confiar en que pronto nos veremos, ahí o aquí, que a lo mejor te llamo cuando salga desde aquí; nos vamos a donde tenemos proyectado hace tiempo. Animo, nena. Come mucha fruta, trabaja lo menos posible, que no se te desgasten más las manos y los ojos, que tengas ojos y manos suficientes para mí, que los veré pronto. Niño: a engordar tranquilamente. Besos. Miguel."

Y en otra carta, con fecha 25 del mismo mes, continúa hablándome de esas gestiones que Pablo Neruda estaba haciendo. De una manera desconfiada y humorística me lo contaba así:

"Tengo mejores impresiones que nunca y creo que no tardaré en ir o en llamarte. Ese amigo chileno que te decía, se preocupa grandemente de todo y hasta un cardenal francés hace gestiones. La Virgen Santísima, el Señor y el cardenal y este amigo de verdad, conseguirán lo que deseamos todos, pero más que todos tú y yo. No creas que te digo esto por animarte. Es cierto y no van las cosas todo lo de prisa que quisiéramos, porque son muchos, muchos los casos como el mío. Pero estate muy segura de que pronto nos veremos juntos y con el bienestar que tanto deseamos, y ya no gastarás tus ojos y tus manos en otra cosa que no sea tu hijo y yo."

. . .

Durante el tiempo que estuvo Miguel en la cárcel de Orihuela, el Seminario, le enviaba a casa de sus padres todas las semanas latas de conserva, un kilo de cada una de todas las legumbres y un litro de aceite, para que su madre los guisara y le llevara un plato, al

tiempo que lo hacía para ellos. Mi hermano iba en bicicleta a llevarlo todas las semanas. Yo estaba en Cox sin poder estar más cerca de él, en Orihuela, para poderlo atender, lo que hubiera sido mi gusto, porque tenía que trabajar. De ese modo le enviaba más que él podía comer, ya que sus padres le enviaban, según me decían, las frutas y el pan. Miguel se quejaba en sus cartas que pasaba hambre, y yo no sabía qué pensar. Yo creía, como es natural, que la comida se la llevaría diariamente su familia, pero un día me enteré que lo hacían por mediación de Fermín, el betunero, casado con su tía Antonia, hermana de su madre, treinta y cinco años menos que ella a la que Miguel en ese acontecimiento de boda le hizo una prosa titulada: "Mi tía Relemta".

Este joven, que era un desastre, y hambriento y con peleas y separaciones con la mujer y también tenía hijos con una amiga, según decían, era de suponer lo que haría diariamente con los alimentos que le entregaban para Miguel. Era mucha la necesidad de Fermín y demasiada cuesta de caracol el camino de San Miguel. Y la familia de Miguel, ignorante de ello.

Fermín era soltero cuando se casó con la tía de Miguel. Siempre iba huyendo de la vieja, a pesar del sacrificio que ella hacía queriendo disimular tanta distancia de edad. Yo la conocí cuando tendría ya más de sesenta años. Su aspecto era el de una auténtica gitana. El pelo lo tenía sin canas, propio, muy negro. Llevaba unos pendientes que le llegaban hasta los hombros, y una pintura en la cara que parecía, de tan basta, haberse restregado papel de aquel de seda rojo, que dejaba color en las manos cuando se revestía con él el cordón eléctrico que colgaba con la bombilla para protegerlo de los excrementos de las moscas. Yo misma recuerdo que la única vez que me pinté fue con ese papel en casa de una amiga teniendo yo sobre trece años. Me marché a mi casa sin acordarme de los colores y ya era de noche, mi padre me preguntó si me había pintado. Entonces había un temor en eso, y le dije que no, y el infeliz me tocó la frente.

Los vestidos que solía llevar la tía de Miguel eran estampados en colores vivos, y unos tacones tan altos que iba dando trompicones. Además de sus años, se veía muy poco. Era muy buena y cariñosa, con

buen humor y gracia. Vivía el matrimonio en una caaucha casi chabola de las que había en el callejón por donde sacaba Miguel las cabras, junto a su casa. A mí me gustaba visitarla siempre que iba a Orihue-la en tiempo de guerra. Una vez de las que fui, iban a empezar a comer. Era un buen plato de legumbres y querían que comiera con ellos. Me quedé un rato acompañándolos, cuando vi que Fermín, al empezar a comer, se encontró un pelo. Lo cogió con los dos dedos, y subiéndolo a más altura que él, le preguntó: "Antonia, ¿es de arriba o de abajo?". Ella se avergonzó, diciéndole embustero varias veces.

Esta pobre mujer se había quedado soltera vieja, por cuidar a su madre que estaba postrada en la cama. Me contaba Miguel que a su abuela hasta se le fue la cabeza y no dejaba que le cortaran las uñas de los pies, y se le hicieron tan largas que se le emrosaron. Y las veces que le daba por decir: "Traedme los chirlos mirlos, y también los carabitates". Cuando murió, la tía Antonia se quedó sola y según decían tenía unos ahorros de tres mil reales. Fermín creía que serían más y cargó con quien podía ser su madre. Era mayor que la madre de Miguel, y al enterarse ésta de los amores de su hermana y que no aceptaba consejos, le perdió hasta el saludo. Lo mismo hizo el resto de la familia. Ella sintió mucho la muerte de Miguel, y decía llorando: "Mi sobrinito Miguel era el único que me quería. Me decía: Tía, cástate y no hagas caso de nadie". Terminó separándose de Fermín y se ganaba la vida, siendo ya tan anciana, yendo a casa de unas sobrinas algo pudientes a ayudarles a las faenas de la casa. Acabó su vida en el asilo de ancianos.

. . .

Estoy mirando con el pensamiento un canasto que conservo, de caña: artesanía gitana: El que tantas veces me sirvió para lavar lana para los colchones. Ese y otro más pequeño que no tengo ya, los adquirió Miguel a cambio por dos cigarros. Iba Miguel atravesando el campo camino de Orihuela, y se tropezó con unos gitanos, y con la insistencia que le hicieron retrocedió camino andado, con la risa y los canastos.

Esos cigarros se los habían regalado y se los llevaba a un familiar, pues él no fumaba. En la cárcel empezó a fumar, y me lo contaba

entre otras cosas.

"Como ves, aún sigo aquí. Estudio inglés y, cosa nueva, fumo, me ha dado por fumar ahora. Ahora que, como no puedo comprar tabaco, fumo sólo del que me dan."

Era tan cosa nueva y provisional, que solía repetir tantas veces la novedad.

"Mientras, aquí me tienes quemando días, porque verdaderamente los quemo a fuerza de esperar fumando un cigarro tras otro. Nunca pensé que me llegara a gustar el tabaco, y aquí no puedo pasar sin él. Ahora que, a pesar de que llevo varios meses de fumador, aún no he aprendido a liar el tabaco. Es seguro que cuando esté con vosotros ya no me dará por quemar otra cosa que el cariño, mema."

Y me decía en otra de estas ocasiones:

"Me distraigo fumando cuando tengo tabaco y paseando por el patio con los compañeros cuando hace buen tiempo, que no lo hace nunca."

Yo le enviaba un cigarro en cada carta y él siempre me contestaba a ello.

"Sabrás que cuando viene tabaco en la carta me la dan media hora antes que de costumbre, Josefina. De modo que te ruego no te olvides de poner el cigarrillo como vienes haciendo. El de hoy, como el de la pasada carta, me los he fumado leyendo tus noticias."

Desde Ocaña, Reformatorio de Adultos, sala 11, 2ª sección, número 45, con fecha 29 de abril de 1941 me escribe diciéndome:

"Mi querida esposa: Mira que casualidad, Josefina: tus dos cigarros cayeron en mis manos el día que ya no me quedaba tabaco. Con los paquetes pasa lo mismo, siempre llegan cuando se han agotado las subsistencias. Tú siempre tan oportuna, como si te dieras cuenta del momento en que más falta me hace una cosa, aunque todavía no se te ha ocurrido mandar lo que más necesito: el niño y la niña."

En otra carta, de mayo de ese mismo año, no deja de contestarme a ese envío.

"Mi querida esposa: Bien; ha llegado tu carta a punto para contestar, con su cigarrillo y sus cinco duros, ¿Tan rica estás que estás tan espléndida, Josefina? Bueno, tú te lo pierdes y yo me lo gano."

XVII

En Cox, cuando acabó la guerra, se iban al campo diariamente bandas de chicas jóvenes a hacer la instrucción. Las capitanas eran tres chicas del pueblo que habían estado presas en tiempo de guerra. Por otra parte estaban las filas de los chicos. Los niños aprendieron el juego haciendo lo mismo y levantando la mano de "Arriba España". No jugaban a otra cosa en las baldosas de las puertas de las casas. Los juegos de los niños no podían ser otros que los que mandaba el ambiente. Y los hijos de los vencedores no querían jugar con los otros. Recuerdo que a una niña de cinco años muy rubia le dijo otra: "Tú no juegas, que eres roja". Y ella, con su inocencia, la contestó: "Y tú, que eres más megra y más fea".

A mi hijo le decían que no tenía papá, y él contestaba: "Sí que tengo, que está "peso"". Miguel, que en todas las cartas me decía que le contara todo lo que hacía el niño, cuando le dije que hacía eso jugando le di un gran disgusto. Su contestación me amargó bastante. Al contrario que cuando le contaba gracias propias de su edad y su naturaleza, recibía esas noticias con mucha alegría.

El niño empezó a andar muy pronto, de once meses. Miguel le mandaba estos mensajes:

"Manolillo de mi alma; sabrás que hoy has cumplido tu primer año, y que tu padre te felicita como puede, desde

tan lejos. Puesto que ya andas, ven aquí conmigo y apremde-rás a ser hombre en la cárcel, donde tantos hombres desapremden. Me dice tu madre que no te gusta mucho el juguete que te he mandado y que te gusta más el biberón. Mejor. A mí me pasaría lo mismo."

También empezó a hablar muy pronto y muy claro. Sólo tenía dificultad al pronunciar tres palabras que no se parecían en nada a las auténticas. A la música le decía "chútata"; a la máquina "cámanga" y a la sémola, "sémdanda". Miguel me contestó:

"Me da risa saber que no pronuncia bien esas palabras esdrújulas. Se le hará la lengua un nudo al hijo mío al pronunciarlas. Me acuerdo que yo tampoco podía tragar palabras de ese tamaño y aún hoy me cuesta trabajo tragarlas."

Antes, en la misma carta me decía:

"Razómale todas las cosas y no dejes de satisfacer su curiosidad y su fantasía recién despierta a la vida."

La emoción que le causó a Miguel cuando le notifiqué la salida de los dientes del niño ya se ve en la seguidillas de la cebolla. ¡Y en cuántas cartas están presentes esos dientes que le iban saliendo! Pongo unas citas de cartas sobre ese acontecimiento:

"Dime si además de los dos que me decías, tiene o le apunta algún diente más, y también quiero que me digas, qué hace en el rato que tú me escribes, para imaginármelo como tú me digas que hace."

"He descansado, he comido y he lavado la muda y vuelvo a continuar la carta. Josefima. A ver si cuando la recibas le han salido esos dientes que me anuncias le apuntan a ese tragón que tengo ganas de tragarme. Mañana cumple los siete meses. Felicítalo dándole un par de pellizcos de mi parte."

"Bésale los cuatro dientes que le han salido de mi parte, que pronto se los besaré yo con toda mi alma."

"Ayer fue su cumpleaños y si hubiera podido lo hubiera felicitado. Mamolillo mío, hijo: aunque tarde te felicito en tu octavo cumpleaños y te deseo una salud muy grande, tengo unas ganas muy grandes de oírte nombrarme y de verte y comer-te esos dientes, esos cinco dientes que ya tienes y los que te han de nacer también. Vengo de recoger la carta que tu madre me envía, y me dice que eres muy listo y que se te quita lo malo que te ha cogido. Si eres tan listo no sigas malo que yo por lo tonto me veo con esta enfermedad de cuatro meses. Pero no pasará mucho tiempo sin que me cure, aunque no de mi

tomaría porque esta enfermedad es de nacimiento, hijo."

Le enviaba en su cumpleaños tarjetas con dibujos, y en cuantas cartas se dirigía directamente a él:

"Mi Manolillo querido, tengo varias novias para tí, alguna de ellas con buena dote. Una tiene tres meses y otra catorce, otra diecinueve y otra siete años. Elige simvergüencilla, dime cual prefieres en una carta y yo elegiré por tí. Tengo grandes ganas de cogerte por mi cuenta y comerme. Aprende mi nombre y aprende a morder que me comas tú también cuando me cojas. Sigue alegrando a tu madre, que merece tu alegría y la del mundo entero. Di a tus tías que me escriban, que me gustaría tener algunas letras suyas."

Pudo abrazar Miguel a su hijo en la cárcel de Alicante el 24 de septiembre, día de las Mercedes, que dejaban entrar a los niños a la cárcel a ver a sus familiares presos, y mi hijo y los tres hijos de Elvira entraron a ver a Miguel. Días antes, Miguel le decía al niño, en una carta:

"Manolillo: prepárate para entrar en la cárcel de tu padre el día 24. Muchos besos de tu padre que no te olvida."

La comida que mandamos ese día fue arroz y conejo, además de la oportunidad de llegar ese día un paquete que le envió el amigo Carlos Rodríguez Spiteri. Miguel me decía en carta dos días después, que no comió hasta que no se fueron para no perder el tiempo, y empezaba así la carta:

"Mi querida esposa: Ya sé lo que es tener un hijo en brazos, Josefina. Y sé que Manolillo me conoce muy bien. A Rosita le decía: Mi papá es mío, el tuyo es Paco. También he podido comprobar que está muy alto y muy gordo y que no le ha faltado que comer aunque tú hayas pasado muchas hambres."

La emoción mía cuando le ví despuntar el primer diente, me llevó de casa en casa de las vecinas y las invitaba a que le metieran el dedo en la boca. ¡Qué error y horror era eso! Entonces no me daba yo cuenta con aquella alegría, aquella juventud y aquella soledad. El semblante de algunas de esas gentes era más bien de incomprensión y reían de la exageración que ellas veían. Otras participaban de mi alegría y me decían que el niño, a pesar de estar echando los dientes, estaba muy hermoso. ¡Qué lejos y que solos nos encontrábamos los dos

para celebrar con muestra comprensión y cariño ese gran acontecimiento!

Lo que más deseaba Miguel era que le hablara de su hijo. En una de sus cartas me decía:

"Háblame siempre de mi hijo. Me haces casi feliz con lo que me dices de él."

Y en otra carta decía:

"He leído lo que me dices de mi hijo un montón de veces. Tus cartas se me gastan en las manos, y sólo las dejo cuando se me caen de rotas."

Toda su ilusión era saber de su hijo. Hasta en la hora de su agonía fue su último recuerdo.

En otra carta, desde la prisión de Madrid, con fecha 4 de marzo de 1940, me decía:

"No quiero dejar de cumplir en lo que puedo mi palabra, y ya que no puedo ir de carne y hueso, iré de lápiz, o sea, dibujado por un compañero de fatigas, como verás, bastante bien. Se lo enseñarás al niño todos los días para que vaya conociéndome, y así no se extrañará cuando me vea."

Se refería al dibujo que le hizo Buero Vallejo, tan difundido ya.

Por desgracia me desapareció este dibujo en la visita que me hizo Juan Guerrero Zamora cuando vino a Cox, donde yo vivía entonces, a recoger datos para la biografía que estaba escribiendo sobre Miguel. Lo puso en la biografía y ya no me lo devolvió, a pesar de que le escribí pidiéndoselo, el cual no me contestó. Me devolvió el dibujo en que está Miguel de cuerpo presente y todos los retratos que yo le había dejado para la biografía, menos éste.

Esto hacía también Elvio Romero: no contestarme a las cartas que le escribí pidiéndole unos dibujos hechos por Miguel, con poemas autógrafos, que le envié para que los pusiera en una biografía, que decía estaba escribiendo sobre Miguel, el cual me iba pidiendo datos al que atendí con toda mi buena fe. Como aquí entonces no había fotocopiadoras, le envié el original, no acusándome recibo de él ni me los nombró jamás. Sin embargo, no los publicó en dicha biografía sino que lo hizo unos meses antes en una edición de Cancionero y Romancero de ausencias, publicado en Editorial Lautaro de Buenos Aires,

con prólogo suyo.

Puso entre el prólogo una cara del papel con dos dibujos; uno a mí, mi cabeza con el pelo negro suelto, a la parte abajo del poema: "Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío", y al lado el poema "El hombre no reposa, quien reposa es su traje". La otra cara del papel con el poema "Con dos años dos flores cumple ahora" inédito, y unos pájaros dibujados. Esta hoja no la utilizó; ignoro si la habrá publicado en facsimil en alguna parte. Solo sé que el poema lo incluyó en el completo del libro, en la página 54. Era una hoja de papel rayado con un doble, con poema y dibujo en cada parte, dos en cada cara del papel, uno de los poemas creo que era "El pez más viejo del río". Esta hoja doblada me la encontré dentro de un libro, sin acordarme cuando la pondría yo, titulado "La lactancia" que me regaló Miguel cuando nació el primer hijo. Miguel me regaló durante la vida de casados tres libros: "La perfecta casada" de Fray Luis de León; "La lactancia" del Dr. Hernández Briz; y "El niño sin defectos", del Dr. Gilberto Robin, traducido del francés por Jacobo Orellano Garrido (Primera edición).

Alguien tendrá también el ejemplar del Auto sacramental con esta dedicatoria:

"A Josefina Manresa Marhuenda (movia mía) con lo más elegido de mi persona suya, Miguel"

y El rayo que no cesa en el que, debajo de la dedicatoria impresa que lleva el libro, me puso Miguel esta con su letra:

"A tí sola, a tí sola, por aquella promesa de color de amapola, que hoy te besa y me besa, juntos de nuevo estamos respirando las flores, y cogiendo los ramos de tu amor y mi amor".

También me falta un ejemplar de Perito en lunas y tantísimas cartas que echo de menos y de todo. ¡Qué pena y qué injusticia que se apoderen de estas cosas tan mías y tan sagradas para mí, que forman parte de mi compañía y que tanto perjudican a Miguel no teniendo las yo!

Cuando publicó Miguel el libro de poemas, El rayo que no cesa, estábamos disgustados, y a principio de febrero de 1936 reanudamos

nuestras relaciones, y me decía en una carta, al mes de la publicación del libro:

"Mira una cosa: me acaban de publicar otro libro. ¿Te acuerdas que te prometí dedicártelo el primero que saliera? Antes de que yo te escribiera por primera vez ahora ya había salido y dedicado a tí, aunque no ponga tu nombre. Yo, que creía que ya no te acordabas de mí, he puesto esta dedicatoria: "A tí sola, en cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya". Resulta que ni tú ni yo hemos dejado de pensar en nosotros. Todos los versos que van en este libro son de amor y los he hecho pensando en tí, menos unos que van por la muerte de mi amigo."

Para esta edición del Cancionero y Romancero de Ausencias en Editorial Lautaro de Buenos Aires, le envié a Elvio Romero bastantes canciones inéditas, una de ellas es la que sigue:

"¿Para qué me has parido, mujer?
¿Para qué me has parido?
Para dar a los cuerpos de allá
este cuerpo que siento hacia aquí,
hacia tí traído.
Para qué me has parido, mujer,
si tan lejos de tí me has parido."

Yo la copié así exacta al original. El la entendió tan corriente, creyendo que yo copié mal, y las erratas se las puso él, publicándola así:

"¿Para qué me han parido, mujer?
¿Para que me han parido?
Para dar a los cuerpos de allá
este cuerpo que siento hacia aquí,
hacia a tí traído.
Para que me han parido, mujer,
si tan lejos de tí me han parido."

Y así la han seguido otros editores. Ya ha quedado fiel conforme al original, en la Obra Poética Completa y en Poesías Completas.

En la página 132 de la primera edición de este libro (página 146 de esta segunda), donde denuncié la sustracción del original del dibujo que le hizo Antonio Buero Vallejo a Miguel en la cárcel, habiéndoselo yo dado al señor Guerrero Zamora, y no siéndome devuelto, me vi obligada a poner en mi libro la subsodicha operación. Debo anunciar que después de mi aclaración sobre este asunto, he recuperado el dibujo. Estaba en poder de un amigo que vivía en Alicante en aquel tiempo, en

que yo le dejé al señor Guerrero Zamora dicho dibujo y toda la documentación para el libro que estaba escribiendo sobre Miguel. Posteriormente y tal como aclaré en la segunda edición de este libro.



XVIII

En Palencia, Prisión Provincial, celda 23, pasó Miguel mucho frío, en la tierra de las famosas "mantas de Palencia". Cuando me pidió unas botas ya se le habían quemado los pies. Los tenía negros, así se los vi cuando, al verlo tan grave, se los quise tocar para convencerme del trance que se acercaba, y murió al día siguiente. Los tenía tan fríos como un muerto, que casi era ya. De Palencia lo trasladaron al Penal de Ocaña, y así me decía él desde:

"Madrid, 27 de noviembre de 1940; Mi querida Josefina: Como ves, sigo haciendo turismo. Ahora voy a Ocaña, no sé si por mucho tiempo. Salí ayer de Palencia y en Madrid estoy de paso. Siento haber dejado la ciudad de las mantas porque aquel frío, y aquellas aguas y aquellas hambres no me sentaban mal del todo."

Desde Ocaña me decía el 1 de diciembre de 1940:

"Mi querida esposa: Estoy aquí desde el jueves. No me mandes nada hasta que yo te avise, ya que me de estar quince o veinte días, no lo sé cierto, sin relación con nadie. Es un período reglamentario, del cual pude librarme en Palencia, pero aquí no. No te escribiré en todo este tiempo, ya que nos está prohibido, y tú tampoco me escribas. En cuanto me lo permitan, te daré noticias más."

Cumplido ese tiempo, me escribió diciéndome la acogida que le hi-

cieron los amigos.

"Ocaña, 27 de diciembre de 1940. Mi querida esposa: Hoy o ayer, habrás recibido mis primeras noticias desde Ocaña. Si tú has pasado bien las Navidades me llevaré una alegría muy grande. Yo las voy pasando bastante bien. Hoy he celebrado con los amigos mi llegada a esta, y la comida ha sido de hotel. No ha faltado mi turrón ni pasteles. Ya te enviaré el programa de la fiesta para que veas que, a pesar de todo, nos divertimos."

Y el 1 de enero de 1941 me da más explicaciones sobre esa situación.

"No ha sido otro el motivo de mi incomunicación que el traslado. Es, lo que se llama en lenguaje de prisión, el período, como cierto accidente en la mujer. He pasado veinticinco días completamente solo, en una celda no muy caliente por cierto, sin poder hablar con nadie y dedicado exclusivamente a pensar en las personas que más quiero en el mundo y a releer tus cartas de todo el tiempo que llevamos sin vernos. Cuando he salido de la celda, los amigos que me aguardaban me han recibido con una comida que más bien era un banquetazo y, además, de turrón, jamón, pasteles, queso y frutas, ha habido cigarrillos puros y cigarrillos ingleses, y café moka. Dentro de unos días recibirás el menú completo, y verás los nombres de los amigos con quien me he reunido, gente toda ella conocida desde antes de la guerra y en ella misma. Después de esos veinticinco días nada agradable de pasar, con sus miguitas de frío, cabreamiento y apetito general, una comida así me ha remecheo."

Miguel escribió un discurso en ese acontecimiento, que decía así:

"Ya sabéis, compañeros en penas, fatigas y anhelos, que la palabra homenaje huele a estatua de plaza pública y a vanidad burguesa. No creo que nadie entre nosotros haya tratado de homenajear a nadie de nosotros hoy, al reunirnos, en la sabrosa satisfacción de comer como en familia. Se trata de otra cosa. Y yo quiero que esta comida no dé motivo para pronunciar palabras de significación extraña de nuestro modo de ser revolucionario. Esta comida es justo premio a los muchos merecimientos hechos en su vida de espectro por uno de nosotros, durante los veinticinco días que ha conllevado consigo mismo, con la paciencia de un muerto efectivo, allá, en la ultratumba de esta cárcel. El hambre que he traído de aquella trasvida fantasmal a esta otra vida real de preso; el hambre que he traído, y que no se me va de mi naturaleza,

bien merece un recibimiento del tamaño de una vaca: Eso sí; como poeta, he advertido la ausencia del laurel... en los condimentos. Por lo demás, el detalle del laurel no importa, ya que para mis siemes siempre preferiré unas muebles camas. Quedamos, pues, en que hoy me ha correspondido a mí ser el pretexto para afirmar, sobre una sólida base alimenticia, nuestra necesidad de colaboración fraterna en todos los aspectos y desde todos los planos y arideces de nuestra vida. Hoy que pasa el pueblo, quien puede pasar, por el trance más delicado y difícil de su existencia, aunque también el más aleccionador y probatorio de su temple, quiero brindar con vosotros. Vamos a brindar por la felicidad de este pueblo: por aquello que más se aproxima a una felicidad colectiva. Ya sabéis. Es preciso que brindemos. Y no tenemos ni vino ni vaso. Pero, ahora, en este mismo instante, podemos levantar el puño, mentalmente, clandestinamente, y entrechocarlo. No hay vaso que pueda contener sin romperse la sola bebida que cabe en un puño: el odio. El odio desbordante que sentimos ante estos muros representantes de tanta injusticia; el odio que se derrama desde nuestros puños sobre estos muros; que se derramará. El odio que ilumina con su enérgica fuerza vital la frente y la mirada y los horizontes del trabajador.

Pero, severamente, cuidaremos en nosotros que este odio no sea el del instinto y la pasión irrefrenada. Ese odio primigenio sólo conduce a la selva. Y nuestro odio no es el tigre que devasta: es el martillo que construye.

Vamos, pues, a brindar. (27-XII-40)."

Estando preso, Miguel quería vernos a mi hijo y a mí, aunque fuera en fotografía y por muchas que le enviara le parecían pocas. Me las pedía con insistencia, pero no me era posible mandárselas tan pronto como él las deseaba porque en Cox no había fotógrafo y había que ir fuera de allí a hacerlas. Y mientras las hacían, que entonces los fotógrafos tardaban mucho tiempo en entregarlas, Miguel me las volvía a pedir y, a lo mejor, coincidía con aquellas cartas que devolvía y perdía la censura, y era un motivo más para insistir. Las cartas las retrasaba con frecuencia la censura, y una de las veces me decía Miguel:

"Otra vez me han devuelto la carta. Si consigo que salga con estas letras, que a estas horas aún no lo sé, me daré por satisfecho, además contesto a tu carta que me llega ahora mismo."

Pero el deseo de Miguel siempre fue que nos trasladáramos cerca

de él en cada sitio en que estuviera preso. Pero yo veía imposible poder complacerle, lo que para mí fue también ese deseo, y sentía la pena de no encontrarme en disposición de poderlo hacer. Mi decadencia de salud por aquella circunstancia, que tanto me afectaba el ánimo, además de que yo, conociéndolo bien, sabía que él quería tenernos cerca, porque pensaba que íbamos a estar mejor que en Cox. Tampoco me parecía bien el panorama de tener que irme a vivir a casa de los familiares de sus amigos presos, como pretendía, porque se lo habían ofrecido esos compañeros, y él se ilusionó y lo veía tan fácil y natural, donde podíamos tener sus inconvenientes y representar para ellos un compromiso que es lo que yo tenía en cuenta.

Con todo y con eso me decidí, ya que él me presentaba tan fácil nuestra estancia allí, pero el pobre se llevó una desilusión porque no lo pudo solucionar como creía. También confiaba, al principio, en una libertad movida por sus amigos "pudientes", y desde allí reunidos, darle a su situación lo más conveniente.

El motivo de ese deseo sería también pensando en su pena de muerte y quería vernos por última vez, y también ese deseo suyo se debería, además de tenernos cerca, que quizá se encontraba decaído y enfermo ya que pasó bronquitis con hemorragia, que yo tampoco supe. Todo lo grave que le pasaba lo ocultaba sin pensar el daño que él mismo se hacía. En todas esas épocas nos estuvo necesitando.

La solución la tomó pidiendo el traslado a la prisión de Alicante: vino muy bien de aspecto, manifestándonos que se encontraba muy bien de salud. Parece que lo estoy viendo cuando salió al locutorio a comunicar, como atolondrado, corriendo sin saber en qué parte de la reja se iba a agarrar, con un color de cara sofocante, con una alegría inmensa.

En los días que él esperaba el traslado me aconsejaba que me trasladara a Alicante, a casa de su hermana, para que fuéramos a verle a la estación y abrazarnos. Además me decía que me avisarían con un telegrama desde Madrid, y en carta del 23 de mayo de 1941 me lo decía así:

"Se te avisará telefónicamente desde Madrid el día que salgo. Así lo he advertido por si a mí no me diera tiempo a escribirte."

Yo preferí esperar el aviso en el cual tenía yo confianza, pero no fue así y no me avisaron. En cuanto Miguel llegó a la estación de Alicante envió unas letras con un muchacho a casa de su hermana, que decía:

"Elvira Hernández Gilabert. Pardo Gimeno, 15. Benalua. Querida Elvira: Ya estoy en Alicante, y supongo que vais Josefina y tú a verme al reformatorio. No sé si pasaré el período reglamentario de incomunicación. Ver la forma de que me llegue algo de comida y de que sea el período lo más breve posible para abrazar a mi niño y a todos vosotros si es posible. Os abraza fuerte, Miguel."

Y ella aún llegó a tiempo de verlo en la estación.

Vino a Alicante a finales de junio de 1941, y mi hijo y yo nos trasladamos, de Cox a Alicante, a casa de su hermana y así podía atenderlo llevándole diariamente la comida, lavarle la ropa y verle unos minutos en el locutorio los viernes que era el día que le tocaba comunicar.

Por mediación del Vicario de Cox --que por aquel entonces estaban los curas autorizados para hacer avales y que, por cierto, me dijo: "qué contraste: a su padre lo mataron los rojos y ahora su marido preso"-- hablé con Miguel, aunque a dos rejas, en comunicación extraordinaria, tres veces; aunque en realidad, sólo fue una porque en las otras dos incluyeron a otras personas que también la habían pedido para los suyos y resultaron, como de costumbre, sin podernos entender. Esta sola vez que digo, entre reja y reja, con un pasillo en el centro donde se paseaba un guardia sin distanciarse de nosotros más de un metro. A mí me violentaba hablar con Miguel así, a lo que él me dijo: "¿Qué, te pasarías, toda la comunicación mirándome?" Yo llevaba el niño en brazos, que tuvo la ilusión de estar arriba cogido a la reja. El dicho guardia me mandó quitarlo haciéndole llorar.

¡Qué desconsolado se quedó Miguel el día de su santo de 1941. Ese día le envié mejor comida que de costumbre y un plato de arroz con leche de postre. Al día siguiente cuando fui a la taquilla de la cárcel a recoger la bolsa con los vasijos y me dijeron que no había nada, me extrañó. Se lo dije a Miguel y me dijo que ese día no recibió nada, y que a él le había extrañado que todos los días le enviara la comida, y ese día no lo hiciera. No sé cual sería el motivo. Acaso la etiqueta, que se ponía cogida a la talega con las señas, sería de cartón y

se rompería. A propósito de esto me decía Miguel en otra ocasión:

"Oye mena, las etiquetas de cartón te darán otro disgusto como el del día de mi Santo. Voy a comprar cuatro, cuestan a real, y procurarás no perderlas."

Conservo dos etiquetas de aquellas de madera.

Al poco tiempo nos tuvimos que marchar a Cox mi hijo y yo, pues en Alicante no temíamos de qué pasar, aunque algunos amigos de Miguel me enviaban algún giro. En Cox tenía yo mi trabajo y todas las semanas iba a Alicante con el niño, y le llevaba comida para toda la semana, ropa limpia y nos veíamos. Al enterarme, por Miguel, que no se sentía bien de salud nos fuimos de nuevo a casa de su hermana. Siempre me decía que no me preocupase, que se le pasaría pronto. En la enfermería le tocaba salir al locutorio a comunicar los lunes, pero no podía salir de tan decaído que se encontraba. Yo estaba impaciente y todas las semanas me decía que ese día, si hacía sol, fuera alrededor de la una. Llegaba el lunes y le era imposible. No se encontraba con fuerzas para levantarse de la cama. Así me lo contaba él.

"Desde luego, ni cayéndome me será posible verte el lunes. Al siguiente será."

Transcurrió un mes así hasta que por fin lo pude ver. Lo sacaban entre dos personas, que no sé si serían presos, cogido del brazo y lo dejaron agarrado de la reja. Llevaba un libro en la mano, eran dos cuentos para su hijo que él había traducido del inglés. Al terminarse la comunicación quiso darle él por su mano el libro al niño y no lo dejaron, como era su deseo. Así me lo decía en una esquela. Un guardia se lo tomó, y me lo dio a mí. Cuando el niño supo leer lo hizo dueño del libro, pero más bien su lectura le hacía llorar el acordarse de su padre. Ahí están los borrones de las lágrimas que caían en las páginas.

"Josefina: si hace buen día te espero de una a una y media. Hazme un guisado de pescado blanco, con una patata sola y con una taza de caldo que esté aceitoso. No mandes más de comer. Las dos lecheras de sustancia, desde luego, que no falten. Procura que el guisado venga hirviendo para comerlo algo caliente. Si hace mal día no vengas, que el médico me ha dicho ayer que debiera esperar dos o tres días. Pero yo

quiero ver a mi hijo y a mi hija, dar al primero un caballo y un libro con dos cuentos que le he traducido del inglés.

Bueno, mema, hasta luego. Está haciéndose de día, y creo que habrá sol. Besos para mi niño. Te abraza Miguel."

Estaba ya sin vida, con una voz floja y temblorosa. Ya no pudo salir más. Al principio fue tifus y de ahí pasó a pleura, y él continuaba ocultándome la gravedad de la enfermedad, pero un preso que era de Orhuela escribió a su familia, diciendo que Miguel, "el Visenterre", tenía una tuberculosis aguda. De esta manera nos enteramos. Inmediatamente hablamos, su hermana y yo, con el médico de la cárcel, Dr. Miralles, y éste nos lo confirmó. Le dijimos si podíamos buscar un especialista en esa enfermedad y nos dijo que sí, que él lo autorizaría.

Buscamos a Don Antonio Barbero que, pidiéndonos autorización del Dr. Miralles, fue a visitar a Miguel sin pérdida de tiempo como era su buena condición, atender a los enfermos. Al día siguiente fue llevado al dispensario que existía en el mismo barrio de la cárcel en un coche acompañado de dos guardias. Su hermano iba en el estribo del coche aunque el pago del coche fue a costa suya. Su hermana, los niños y yo, fuimos corriendo detrás del coche. Llegamos antes que bajaram a Miguel, el cual, sin poder mover la cabeza, pegado al respaldo del asiento, me cogió las manos con mucho afán, besándomelas sin cesar. Estaba muy contento y más todavía después del reconocimiento, pues me dijo que le había dicho el médico que había mucha esperanza de ponerse bien por su buena naturaleza. Tuvo un poco de mejoría, pero no tardó en empeorar. Se lo dijimos al Dr. Barbero, por mediación del amigo Miguel Abad e inmediatamente fue, lo reconoció y nos dijo que necesitaba mirarlo de nuevo con rayos X, pero que no se le podía mover. Nos dijo que necesitaba un aparato de rayos X portátil, que sólo había uno en toda la provincia de Alicante, y que lo tenía el director del hospital D. Alfonso de Miguel. D. Alfonso llevó el aparato a la cárcel y en compañía del Dr. Barbero, los dos, le hicieron un buen reconocimiento.

Nota de Miguel Abad, que transcribo:

+ El Dr. Barbero, dice que puede ir esta tarde para intervenir a Miguel Hernández, pero necesita rayos X portátil. El Dr. de Miguel es el único que posee tal aparato. Puede

también ir esta tarde. Que el Dr. P. Miralles diga si sería posible realizar la radioscopia y la intervención esta misma tarde de seis a siete, y si habría inconveniente en la entrada a Alfonso de Miguel con el aparato de rayos X portátil".

El Dr. Barbero le hizo una operación en la que salió tal cantidad de pus como Miguel me cuenta en una de sus cartas. Don Alfonso de Miguel cobró 400 pesetas. Esta gestión de la búsqueda del aparato de rayos X la hizo Miguel Abad Miró y también costó las 400 pesetas que cobró D. Alfonso. Todo con ayuda de otros amigos. Don Antonio Barbero nunca cobró nada. Yo pedí permiso para entrar a verlo a la enfermería; en la cárcel no sabían que no estábamos casados por la Iglesia y naturalmente no me pusieron impedimento alguno, aunque han difundido en algunas biografías que lo hubo. La norma general era no entrar la familia a la enfermería mientras el enfermo no se encontrara en gravedad de muerte. Entonces ya me autorizaron entrar hasta su lecho, unos diez minutos, y siempre con vigilancia al lado. Estaba en una sala alargada con camas, unas enfrente de otras. Unas doce camas en total tendría la sala, todo lo más. Miguel estaba casi al final, a la derecha. Cuando entrábamos, apenas oía la puerta, volvía la cabeza mirándonos hasta que llegábamos junto a él. Siempre me decía que me sentara junto a él, encima de la cama y al niño en pie, junto a la cama, lo tenía todo el tiempo abrazado con el brazo izquierdo.

Viendo que allí cada día estaba peor y pensando de que estuviera más cuidado, y poder estar más tiempo con él, propusimos que lo intermaran en el hospital Provincial y no se consiguió. La primera vez que entré a verlo fui sola con el niño. Recuerdo que un hombre de Orihuela, que yo conocía de verlo en la puerta de una sombrerería que tenía, estaba empleado en la portería y no me dejaba entrar con el niño y me decía: "Es que usted ya sabe cómo está su marido". Se refería al contagio que él suponía que causaría Miguel. Yo le dije que me habían autorizado entrar con él. Y otro empleado que había allí dijo: "Anda, déjalo". Las demás veces venía también su hermana. Entrábamos dos veces por semana y como la gravedad de Miguel fue larga, estuvimos entrando a verlo mucho tiempo. Cuando Miguel se vio sin remedio, él mismo pidió el casamiento canónico ya que entonces eso era lo legal, y

como su preocupación era lo desgraciada que me quedaba obró de esa manera. También puede ser que Miguel quisiera cumplir con ese deseo mío. Miguel vino ya con la guerra terminada. Se estaban celebrando casamientos por la Iglesia, matrimonios casados en guerra. Yo le dije a Miguel mi deseo de casarnos también, y me contestó negativamente diciéndome: "Si yo supiera que lo sientes, sí, pero como sé que lo deseas por la gente... ✕

Después de la operación, hasta que Miguel murió, sus ropas estaban empapadas de pus y sangre. Nos tuvimos que marchar el niño y yo a la calle de San Nicolás, 8-2º donde vivían mis tíos, él hermano de mi padre. Yo no tenía mucha seguridad de que me acogieran allí. Ellos vivieron muchos años en Alcalá de Henares, y yo los conocía muy poco tiempo. Mi tía que era buenísima, nos acogió con mucho cariño y respeto. La ropa de Miguel la lavaba allí y me decía que no me preocupara. La vecina del primer piso sí que se quejó de que tendiera la ropa del enfermo en los alambres de la terraza común.

Esas manchas de pus y sangre, en las ropas de Miguel, no desaparecieron nunca. Los calzoncillos los gastó mi hermano, y ya hechos pedazos, quedaron patentes los rodales de esas manchas. Mi hermano que era de la quinta del 41, estuvo tres años y medio en el servicio militar, y cuando vino cumplido, tenía escasas esas prendas, y me dijo que le diera algo de Miguel. Al decirle yo que los calzoncillos estaban en ese estado, me dijo que no le importaba, que se los diera. Y hasta que se rompieron tuvimos ese recuerdo tan manifiesto, él llevándolos puestos, y yo por tenerlos que lavar.

El médico que trató a Miguel, desde que lo reconoció en el dispensario hasta que murió, fue el Dr. Barbero, además del Dr. Miralles. Y mi tía, que tenía mucha amistad con él y su familia, fue a su casa y le preguntó si lo que tenía Miguel era contagioso. Le dijo que no. Que tenía una tuberculosis galopante, y para asegurarlo más, dijo que hasta se podían poner sus ropas.

Desde allí me resultaba más lejos la cárcel: unos dos kilómetros, o lo notaba yo así por mi agotamiento, ya que iba andando por no poder gastar 15 céntimos que costaba el tranvía. A media mañana iba todos los días a llevarle el alimento y medicinas que me pedía en sus

cartas, y volvía a las dos o las tres de la tarde. Una veces porque entraba a ver a Miguel y otras porque tenía que hablar con los médicos o preguntar por él en el directorio de la cárcel. El resto de la tarde me lo pasaba con ataque de nervios y se me dormían las manos y la cara. Por las noches casi no dormía en un continuo sobresalto, soñándolo siempre muerto.

Las ayudas económicas que tuvimos por entonces fueron las 150 pesetas que me enviaba, a veces, Don Germán Vergara, del consulado de Chile. Una vez me envió 300 pesetas. Y los frecuentes giros de 125 pesetas que me mandaba Don Vicente Aleixandre. También me envió alguna vez el señor Muñoz Rojas, Enrique Azcoaga y Carlos Rodríguez Spiteri. Miguel Abad nos daba 25 pesetas semanales recogidas entre varios amigos. También costó Miguel Abad las 700 pesetas que cobraron de la lápida. Las letras de la lápida van grabadas y las pintó Miguel Abad. Le puso la primera letra del nombre y apellido en rojo, y las demás en negro. Y la palabra poeta, también en rojo. No sé quien las ha pintado ahora todas en negro. La fecha de nacimiento está equivocada en un año más, pone: MCMXI.

Miguel me escribía diariamente contándome cómo se encontraba, al tiempo que me pedía las medicinas que necesitaba. ¡Cuántas frascos del reconstituyente Ceregumil me pedía! Ponía una esquila en el hueco de la tapadera de la lechera. El papel venía empapado de agua, lo tenía que poner encima de la tapadera de la olla que se hallaba en el fuego, para que se secara y así podía leer lo que me decía. Le apetecían muchas cosas de comer, pero cuando se las mandaba ya no se las comía. Muchas cosas de las que no se podían adquirir y además caseras las mandaba yo a pedir a una tía mía en Cox. Empanadas, magdalenas, bizcochos. Todo eso me lo devolvían, sin probar.

Por el poco apetito que Miguel tenía, prefería líquidos y estos alimentos eran leche, sustancia de arroz, ponches de huevo y caldo de gallina. Sus padres enviaron unos días leche de sus cabras porque la de Alicante decía que estaba muy aguada. Pero pronto se cansó

Dos días antes de morir entré a ver a Miguel con el niño y su hermana. Estaba muy grave. Nos pidió que lo sacaran al Sanatorio

que había solicitado y que vino aprobado por aquellos días. El Dr. Barbero me dijo que ya no tenía remedio y además, hubo dificultad para adquirir una ambulancia. Le dije que estaba muy débil y hacía mucho frío, que esperara a ponerse mejor para el viaje. Enérgicamente me dijo: "Para el viaje, inyecciones conmigo, mantas conmigo. Si no me sacáis de aquí, me muero". Al día siguiente fui a preguntar por él y me dijeron que podía entrar a verlo. Esta vez no me llevé al niño, y me preguntó por él. Con lágrimas que le corrían por la mejilla, me dijo varias veces: "Te lo tenías que haber traído". Tenía la ronquera de la muerte, yo le toqué los pies y los tenía fríos y con rodiles negros. Al día siguiente aún fue mi esperanza a llevarle el alimento y, al poner la bolsa en la taquilla, me la rechazaron mirándome. Yo me fui sin preguntar nada. No tenía valor de que me aseguraran su muerte. Me fui a casa de su hermana y le dije que Miguel había muerto. Ella se tomó el caldo que le llevaba a Miguel ese día. Nos fuimos al directorio de la cárcel y nos dijeron que había fallecido a las cinco y media de la mañana.

Era el día 28 de marzo, sábado. Víspera de domingo de Ramos. En la enfermería, me entregaron la siguiente nota:

"Relación de los efectos propiedad del fallecido hoy a las 5,30 horas, Miguel Hernández Gilabert.

1 Momo
 2 Camisetas
 1 Jersey
 1 Camisa
 1 Calzoncillo
 1 Correa
 2 Fundas de almohada
 1 Toalla
 1 Servilleta
 2 Pañuelos
 1 Par de calcetines
 1 Manta
 1 Cazuela
 1 Bote

Pase a desinfección, y desde allí a Almacenes de Administración.

Alicante, 28 de marzo de 1942. El Oficial, Firmado:
 E. L. Sanz."

Propusimos sacarlo a velarlo y nos dijeron que no lo autorizaba Samidad. Sobre las seis de la tarde fue el entierro en coche de caballos. No llevaba ninguna corona. Solo íbamos en una tartana, acompañándolo cinco personas: su hermana Elvira, una vecina que se llamaba Consuelo, Miguel Abad, Ricardo Fuentes y yo. El largo camino del cementerio era de bancales a un lado y a otro. Los campesinos, en el barbecho, se incorporaban apoyándose en los riñones quitándose el sombrero. Muchos de ellos se quedaban largo rato mirando el entierro.

Lo pusieron en la sala de vela y no nos dejaron pasar la noche con él. No era autorizado en aquella época, pues nos dijeron los empleados del cementerio que, por la noche, llevaban presos a fusilar. Jesús Poveda dice en su libro Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández, publicado en México, que yo le corté, a Miguel difunto, las uñas y me las guardé para recuerdo en un papelito, y hasta escribió un soneto sobre este acontecimiento falso, publicándolo en su dicho libro. No es cierto eso ni me dí cuenta si llevaba las uñas largas. Los dientes sí que se los ví durante la enfermedad que los tenía más amarillos que el azafrán. Yo se los lavaba con limón, el día que iba a verlo, pero todo era inútil. Era la muerte de tanto tiempo de enfermedad la que se los puso así. El se ponía muy contento cuando se los limpiaba. Por eso se le quedaron los ojos abiertos, porque durante mucho tiempo de enfermedad estuvo agónico, ya frío, y los ojos ya no tenían el flexible calor para cerrarse al expirar.

En la casa de su hermana pasamos la noche sin acostarnos, ella, su marido, Ismael --marido de su hermana Encarnación y, que llegó de Orihuela después del entierro--. Al día siguiente, a las diez de la mañana se le dio sepultura en presencia de Justino Marín, hermano de Ramón Sijé, que le extrañó que lo metieran en el nicho por la parte de los pies, cosa que él ignoraba; una prima mía, de Cox; mi tío, hermano de mi madre; Elvira, su marido; Vicente, hermano de Miguel; Ismael; Miguel Abad; Ricardo Fuentes; mis tíos, los de la calle de San Nicolás y dos hombres que vinieron de Orihuela con Justino; y yo. Don Eladio Belda, vecino de Orihuela, no pudiendo asistir al entierro le dio a Justino 800 pesetas para gastos, pero como el ataúd ya lo había pagado Miguel Abad con ayuda de otros amigos, se pagó con

con ese dinero 600 pesetas que costó el alquiler del nicho para 10 años y las 200 pesetas restantes me las dieron a mí con insistencia, ya que Abad y Ricardo Fuentes no las quisieron tomar.

Yo no me hubiera venido de Alicante ya, después del entierro, pero me quedé ocho días más visitando a Miguel. A los pocos días de llegar a Cox me disponía a salir a la calle y una conocida, que pasaba por la puerta, me dio el pésame con lágrimas en los ojos. De pronto noto que detiene aquel grifo exagerado y me dice: "Aunque tú no lo has sentido mucho, ¿verdad? Porque no lloras."

Allí quedó Miguel enterrado en el cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, en la calle de San Pascual, nicho 1009. El paraguayo Elvio Romero, en el prólogo que le puso a la edición de Viento del pueblo, publicado por la editorial Lautaro de Buenos Aires, en 1956, se le ocurre decir que Miguel está enterrado en un mísero patio de la prisión.

Lo mismo se le ocurrió decir que Miguel murió diciendo en verso a los amigos que lo despidieran del sol y de los trigos. Esos versos ningún preso se los oyó, ni Joaquín Ramón Rocamora que es el que lo cuidó en la enfermedad muriendo en sus brazos. Ni menos, escribirlo en los muros, como dice en una biografía sobre Miguel publicada por editorial Losada en 1958, Destino y Poesía. Miguel estaba en cama y demasiado débil e inútil y, además, no había pared cerca de su cama sino otras camas con otros enfermos. Por otra parte, escribir en las paredes no estaba en la condición de Miguel. Tampoco era tan vanidoso para querer dejar nombre de sus últimos versos. Y esos versos de: "Adios hermanos, camaradas, amigos, despedirme del sol y de los trigos" circulan por todas partes sin ser un hecho comprobado que los escribiera él. Por ejemplo, han sido incluidos como auténticos, por José Carlos Rovira en Cancionero y Romancero de Ausencias, en una edición en editorial Lumen de Barcelona.

. . .

Respecto al pago de la propiedad del nicho, pasados los diez años de alquiler, apareció en el diario "Información" de Alicante una carta de Vicente Ramos y Manuel Molina afirmando que, gracias a ellos, los

restos de Miguel no pasaron a la fosa común. Pero la verdad de esto es que, cuando ya faltaba sobre el año y medio para cumplirse el plazo del alquiler del nicho, yo pensaba pagarlo con el dinero que me prometieron estos dos señores como pago de una edición que hicieron de 15 poemas de Miguel, seis de los cuales eran inéditos. Me habían prometido 3.000 pesetas en concepto de derechos de autor, pero sólo llegué a cobrar mil pesetas. Por eso tuve que recurrir, para pagar el nicho, a unos pequeños ahorros de que disponía. Al no poder cumplir su compromiso, Vicente Ramos y Manuel Molina escribieron a varios poetas pidiéndome subvenciones para el pago del nicho. Yo estaba confundida y no sabía qué hacer, ni si estaría bien devolverles a estos poetas los giros que me enviaban. No se los devolví para no hacerles un desprecio. Cuando veía al cartero llegar ¡qué sofoco llevaba! El me decía: "Recibe usted más giros que el Litri."

Para mí fue mucha preocupación tener a Miguel en un nicho alquilado. Aunque tuviera diez años por delante, fue siempre mi cavilación. Esto nadie lo sabía. Los que lo supieron y ayudaron, lo olvidaron con naturalidad de que era mi obligación. ¿Cómo iba yo a consentir que los restos de Miguel fueran a la fosa común si hasta mi deseo y promesa fue siempre que me enterraran con él el día que me llegue la hora? Antes hubiera recurrido a la familia, que al exponérselo me hubieran ayudado. Si no hubiera tropezado con estos señores, hubiera sido mucho antes el nicho de mi propiedad, pues ya lo estaba yo gestionando.

Lo que sí me reprocho es que el primer sacrificio para mí tenía que haber sido el comprar el nicho cuanto antes, en un principio, pues de haber fallecido yo antes de esos diez años, sí que hubiera ido Miguel a parar a la fosa común por ignorancia del mundo entero. Aunque pensándolo bien, quizá a Miguel le hubiera gustado más que lo enterraran en la fosa común, bajo la tierra, entre tantos otros desgraciados que murieron en iguales condiciones que él.

A Manolo Molina le tengo que agradecer que me acompañó al Ayuntamiento cuando fui a comprar el nicho, y como el Ayuntamiento no lo pudo solucionar el mismo día, le pedí a Manolo que por favor de que

recogiera él la escritura y me la enviara, puesto que él vivía en Alicante, y así lo hizo.

En el libro que publicaron Miguel Hernández en Alicante dan explicación de cuánto me ayudaron. Pero yo diré siempre, porque así fue, que no contamos conmigo para molestar a tantas personas pidiéndoles subvenciones sin necesidad.

Debido a mi timidez les perdoné semejante actitud, y encima agradecida, lo cual lo utilizaron a su favor publicando en dicho libro una tarjeta mía. ¡Cuánto confiaron en mi ignorancia y mi buena voluntad! Yo era una analfabeta, según el señor Ramos le decía a cualquier persona que nombraba a Miguel y preguntaba qué tal era la viuda de Miguel Hernández.



XIX

De Cox a Granja de Rocamora había un kilómetro de distancia. Ahora se han enlazado los dos pueblecitos. Allí, en Granja, vivía Joaquín Ramón Rocamora, el señor que cuidó a Miguel en la enfermería de la cárcel de Alicante, durante su enfermedad. Este hombre, preso allí, se encontraba en la enfermería operado de la vista. Yo lo recuerdo, en las veces que visité a Miguel, con un ojo vendado.

Ese paseo de un kilómetro lo hice en 1949 cuando Juan Guerrero Zamora vino a recoger datos para la biografía que iba a escribir sobre Miguel. Acompañaban a este joven de 22 años, Francisco Salinas, de Callosa de Segura; Manuel Molina y Vicente Ramos. Ya en el pueblo preguntamos por el tío "Siete Carteras", o el tío "Bolsetero", según me indicaron conocidos de Cox, que éstos eran sus apodos. Con esa facilidad pronto nos encontramos en una entrada de una casa muy pobre, con aquellas personas muy queridas para mí, que nos invitaron, muy atentos, a sentarnos en unas sillas que hacían el conjunto de la casa, sillas de largo uso con asiento de sogas de esparto. Uno de mis acompañantes vestía traje azul marino y gabardina y lo pensó mucho para acomodarse en aquellas pobres sillas.

Empezaron los relatos de Joaquín Ramón Rocamora, interrumpiéndolos su esposa: "¡Cuéntales lo que le dijo a su mujer al morir!"

"¡Ah, sí", dijo: "¡Ay hija, Josefina, qué desgraciada eres!"

Relató la enfermedad de Miguel. Lo estuvo cuidando con mucho cariño pues el enfermero parece ser que le tuvo aprensión y lo tenía casi abandonado. Este hombre se compadeció de él y hasta le curaba las llagas que se le habían hecho a Miguel de estar tanto tiempo postrado y de la poca higiene que había en la enfermería. Miguel me pedía para estas curas la pomada Uvitid "y polvos de los mismo".

Este buen hombre estuvo al lado de Miguel hasta su último momento, haciéndole aire con un cartón. "Murió en mis brazos", me dijo una de las veces que fui a verle a Cox.

También nos mostró el lápiz con el que Miguel escribía aquellas esquelas que me enviaba diariamente durante su enfermedad. Yo se lo hubiera pedido pero dijo que lo guardaba en recuerdo suyo.

Cuando yo entraba en la enfermería a ver a Miguel, le animaba para que tomara alimento y le dije una vez: "¿Tú no decías que lo más hermoso que había en la vida era comer?" Se quedó mirándome. Esto me lo decía él a mí en mis inapetencias. Y alguna vez que lo visitaba me decía que le diera yo una taza de leche u otro alimento líquido y se lo tomaba con el ánimo que necesitaba. La pema mía es no haberlo podido asistir.

Ahora vive este señor en Cox, donde tiene dos hijos casados y una hija inútil. Da pema verlo. Está completamente encorvado; me dijo que tenía los riñones enfermos por el mal trato que le dieron en prisión. Se encuentra tan enfermo y muy viejo y ya no coordina aquellos recuerdos que dejó patentes sobre la enfermedad y muerte de Miguel, pero por aquel entonces, cuando yo proporcioné la visita a Guerrero Zamora y sus compañeros, tenía la memoria tan fresca.

XX

Cuando mi hijo contaba nueve años se presentó en mi casa Efrém Femoll, comunicándome que Don José Martínez Arenas y el director de la Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Monserrate de Orihuela, señor García Roger, habían acordado internar al niño en el colegio de Santo Domingo de Orihuela, donde estudió también Miguel, costeados los gastos dicha Caja de Ahorros. A mí me interesó la idea, porque yo deseaba que mi hijo estudiara, recordando, además, que Miguel quería para su hijo una carrera y yo no tenía medios para ello. Las carreras que Miguel me decía desde la cárcel que le gustaban para su hijo eran las de diplomático, arquitecto e ingeniero.

Me presenté con el niño, en compañía de Efrém, en el despacho de Don José Martínez Arenas y nos acompañaron al colegio de los jesuitas, que ya estaban avisados. Estos examinaron al niño, encontrándolo algo retrasado, pero observándolo muy inteligente, según me dijeron los jesuitas. Al regreso del colegio, Don José me propuso que firmara un documento que impidiera la publicación de Viento del Pueblo aquí y en América, diciéndome que con mi firma formarían un control en América y no permitirían publicar dicho libro. Yo les contesté que no iba en contra de lo que mi marido había escrito, y ya no volví por allí. En otra ocasión vi a Efrém Femoll y me dijo que estas personas le habían dicho que no querían hacer nada en beneficio

del hijo de un rojo.

En carta 19 de julio de 1948, me decía Efrén Fenoll:

✕ "El asunto del chico, días pasados estuve con D. José Martínez Arenas, y me confió que el ingreso en el colegio es cosa segura para mediados de septiembre. No obstante, tú no prepares nada mientras tanto yo no te lo comunique de una manera oficial, pues tengo mis motivos para dudar de la buena voluntad de estos señores.

Sin nada más por hoy, manda cuante gustes de tu amigo,
Efrén Fenoll. ✕

Más adelante, viviendo ya en Elche, tenía yo casi gestionado un colegio intermo en Benisa. Me acompañaba a estas gestiones una amiga que tenía un hijo un año menor que el mío. Ella continuó su propósito de intermar a su hijo y lo consiguió. Yo lo dejé, aconsejada por unos que vinieron por mi casa. Unos que se decían amigos y admiradores de Miguel, y me quitaron la buena idea, y bastante que me pesa, pues no les pareció a ellos para el niño adecuado un colegio religioso. Apañaron de colocarlo en casa de María de Gracia Ifach, en Valencia, donde lo tuvieron unos meses. No tuve queja de esta familia, pero a mi hijo no le sirvió de ningún beneficio. Ahora todo es publicar en cartas a Miguel, en artículos y libros lo que nos beneficiaron. Gentes que se dedican a publicar lo que ellos dan.

Hacia poco de la muerte de Miguel, cuando me aconsejaron que solicitara un estanco, que me correspondía por ser hija de "caído". A mí me alegró mucho la noticia, porque yo deseaba vivir en Alicante para estar cerca de Miguel y lo solicité allí. Lo solicité a nombre de una de mis hermanas que eran las tres las que tenían ese derecho. Mis hermanas estaban sirviendo y quise aprovechar esa ocasión para poderlas recoger y vivir todas juntas. Vino aprobada esa solicitud; nos dieron un estanco en el barrio de las Carolinas de Alicante, y precisamente ese barrio está cerca del cementerio. Pero me encontré con dos inconvenientes; no tenía el dinero necesario para el alquiler de un local mi para empezar el negocio, y otros inconvenientes más, pues entonces estaba el tabaco racionado, y yo creía que me servirían tabaco para las cartillas correspondientes para aquel distrito. Pero no

fue así , me dijo el administrador que yo podía poner el estanco y empezar a ver si alguien se pasaba voluntario.

El hermano de Miguel me había ofrecido ayuda económica para abrir el estanco, pero cuando vino el caso, me dijo por mediación de su hermana Elvira, que él creía que serían unas quinientas pesetas, al exponerle yo que necesitaba unas cuatro mil. Aunque esto era para devolvérselas yo cuando hubiera podido. Pero el agobio más grande era el no poder contar con una venta fija, y así no me atrevía a ponerlo. Me aconsejaban que me dirigiera a alguna persona influyente para ver de conseguir los mismos derechos que los demás estancos tenían. Como yo para pedir favores he sido siempre más corta que las mangas de un chaleco, Elvira, la hermana de Miguel, que era todo lo contrario, me empujó a recurrir a pedirle este favor a don Luis Almarcha, y yo con el temor de no obedecerla, pues en el fondo me repugnaba un favor de este señor, que de ninguna manera me hubiera aprovechado. Nos presentamos en el despacho del obispado en donde él tenía entonces el cargo de secretario. Nos recibió y escuchó con alborozo. Escribió una carta para el administrador de la tabacalera de Alicante, y le decía en ella que me atendiera, y que si él no podía resolverlo desde allí, que lo resolverían los dos en Madrid. A continuación, me dijo que le llevara todo el original inédito que tuviera de Miguel, que tendría gusto de conocerlo. Él observaba mi reacción silenciosa negativa, y repetía el tema. Sabía que su deseo se desvanecía que había dado en piedra. Me salí de allí tranquila de no tenerme que arrepentir de algo que yo misma no me hubiera perdonado, ya que mi conciencia no quería hacer esa visita y me alegró su resultado negativo.

XXI

¿Qué me querría decir Miguel en aquella despedida de tantas sílabas, una noche en un ensueño? Era una palabra muy larga y rara que yo no entendí ni soñando ni despierta. Apenas despertarme la anoté y la busqué en el diccionario, y no la encontré. O sea, no estaba. Claro que "los sueños, sueños son". ¿Sería en otro idioma? ¡Qué lástima que el apunte que hice se me perdiera!.

La despedida era en una estación de autobuses, que se hallaba en un sexto piso. Se levantó del banco donde estábamos esperando y se marchaba hablándome, andando hacia atrás. ¡Cuántas despedidas y regresos, menos el último!. Si ahora abriera yo la puerta lo vería entrar, ya de noche, cuando volvía de Orihuela de ver a sus padres, y me traería unas sardinas saladas con la recomendación de su madre, que fueran para mí. Manjar aconsejado porque decían que hacía leche.

También traía una de esas veces dos raciones de jabón de lavar, que había pedido en Abastos de Orihuela. Tendrían tres centímetros de altura cada pedazo. A propósito de esto me contaba su hermana Elvira que le dijo ella a Miguel si no le daba vergüenza aceptar esa miseria y no se la tiró a la cabeza al individuo responsable.

Ahora lo veo venir de la guerra, de paso. Iba con otros compañeros que se quedaron en el Ayuntamiento de Cox esperándolo. Aquí éramos novios todavía; llevaba un dedo de pelo en la cara, que me sor-

prendió que fuera rojizo. En otro viaje me contaba emocionado que había visto desenterrar a Pablo de la Torriente días después de haber sido enterrado, y en esos días bajo tierra le había crecido el pelo de la cara.

En otro regreso, por la noche, a las dos de la madrugada, tocó el sereno a la puerta con otros muchachos y se lo llevaron a Rojasles a que recitara poesías en un teatro, y lo devolvieron en la misma noche. Era para preocuparse que a esas horas se levantara de la cama y se marchara con unos desconocidos, pero él no desconfiaba de nadie. En otro regreso, insatisfecho repetía: "Hay que ver lo que hay que pelear con la gente."

Siempre le gustaba ir a ver a sus padres y hermanos, y a su tía Antonia que la quería mucho. Sobre las diez de la mañana estoy en el portal de la casa de Cox, de puertas anchas de dos hojas, rodeada de montes y campo. Allí permanezco hasta que pierdo a Miguel de vista, que se ha ido a su pueblo con paso largo y ligero, hasta la noche, que lo veo entrar con alegría, satisfacción y deseo.

El día me ha parecido largo y esperanzador. Pero quizá mañana lo veo irse por otro camino diferente, y a diferente punto, donde mi espera es triste, mientras que oigo una voz que suena así: "El carterero". Me dan una carta que ya me sé de memoria antes de sacarla del sobre. La que mantiene mi vida. Ahora la mantiene estos recuerdos y otros, con la tristeza que siempre anticipó mis presentimientos.

. . .

Esta tarde me la he pasado leyendo, como si hubiera tenido a Miguel a mi lado. Como si él me hubiera dicho que le leyera aquel libro que él quería leer y no podía, en aquel tiempo que su cabeza no lo dejaba. De pronto, rompo en risa, por una palabra que he leído muy diferente a lo que dice, y me hace recordar lo que nos reíamos en idénticas circunstancias. El me dice que no lea más y que no me canse la vista. Yo prosigo, queriendo complacer su primer deseo, además porque a mí también me interesa la lectura de aquel libro y la de éste. Nos levantamos de nuestras sillas y giramos para la calle abajo donde vivía mi tío Carmelo, que nos había invitado a cenar. Había una cena con abundante pan casero, que había que sopar

con él en aquel frito, y que había que beber vino en la botella, que se hallaba en el suelo, por ser la mesa demasiado diminuta. A Miguel lo veo en sus glorias en aquella cena campesina.

En ocasiones, Miguel coge el tintero y la pluma, y se pone a escribir una carta a un amigo, encima de la mesa del comedor, yo me pongo detrás de él y adivino la terminación de cada palabra que ha empezado a poner. Para nosotros cualquier cosa es una felicidad. Escribe sin pausas y muy deprisa. La única pausa es la risa que nos ha causado la misma felicidad.

Yo me voy ahora a hacer la comida: unas patatas hervidas con la piel y así se las come Miguel chafadas con el tenedor, como único plato, y exquisito para él. Después ha cogido al niño, y el niño hace sus necesidades, que pone movimiento en los pañales, y Miguel siente en su mano, ese temblor a través de la tela, y se emociona con alegría. A veces le da pellizcos, y con ese fuerte amor, y el niño ajeno a ese calor, rompe en llanto. Cualquier recuerdo le acompañaba en su vida de soledad lejos de nosotros, y ahora me decía: "¡Ay, que ganas tengo de darle pellizcos, y hacerlo llorar y sentir su mierda en mi mano!".

Pasan tan de prisa las horas del insomnio, que fatigan. Me acosté a las once de la noche y a las dos me tuve que tomar un sedante. Después, aún oí las tres, las cuatro, las cinco, y las seis. Las siete ya no. Lo primero que vi fue a Miguel. Estábamos en un bosque de palmeras: empezó a caer una lluvia de dátiles. Yo abrí el paraguas y Miguel comía dátiles y me indicaba la O que contiene el hueso. "Ya me lo decía mi abuela, en sus cuentos místicos", le dije yo.

Feliz fue el sueño que tuve hace unos tres años. Yo vivía en un pueblo en una casa antigua, primer piso, en una habitación que parecía la que vivíamos en Jaén, en el mes y poco más de recién casados. La ventana estaba en el mismo sitio, los ladrillos del pavimento, rústicos, encarnados como aquellos. La escalera ya no se encontraba igual. Esta desembocaba al entrar en la habitación sin puerta. Yo estaba en el centro de la habitación cosiendo a mano junto a la máquina.

Digo que suben por la escalera. Doblé la cabeza y me ví a Miguel junto a mí. Pero ya no me encontraba en el centro de la habitación. Sin haberme movido, me vi sentada a la salida del cuarto. Y al verlo hice un gran esfuerzo para no despertarme, y con serenidad dije: "Miguel, entra". Miguel entró con su risa y yo me levanté y nos abrazamos diciendo yo en cada abrazo "¡Señor, que no me despierte!". Yo apretaba los ojos con el temor de despertarme, pero ví unos ojos en el aire muy grandes, largos, negros, que con aquellos ojos me esforzaba yo mirándolo.

Todo el tiempo que hace que ha muerto... Venía de un sanatorio, y tenía el mismo aspecto que cuando tenía 25 años. Llevaba el mismo traje recién estrenado, con las solapas muy finas, muy planchadas, por cierto el mismo traje que lleva cuando descubre la lápida a la calle de Ramón Sijé, y la misma chaqueta con la que está amortajado. El pantalón lo conservo muy viejo. Y fijándome en el pelo, me dije: "¡Ay, su pelo castaño!"

Amoche ví a Miguel de medio cuerpo, de tamaño natural, dentro de un círculo que tenía una franja ancha amarillenta por todo alrededor. A la impresión que llevé, desapareció. Entonces comprendí que eso es lo que ven los que creen que salen los muertos. Me acuerdo cuando entró la República que iban por Orihuela unos hombres gritando: "¡Los mártires de la libertad están en el cielo!". Estos hombres vendían unas tarjetas con Fermín Galán y García Hernández juntos, con un punto entre los dos que apenas se veía, y fijándose uno en aquel punto hasta contar cincuenta, a continuación mirando al cielo, por la noche, se veían allí.

Había uno en Cox que de apodo le decían el "Curilla", que muchas veces caía inconsciente al suelo y decía que le salía una sombra. La gente que acudía a socorrerle le decía: "Cuando te salga otra vez, le dices: De parte de Dios te pido que me digas quién eres y qué quieres." A estas preguntas, resultó que era su difunta hermana que le contestó diciéndole que le ofreciera una misa. Durante la celebración de la misa dice que la tuvo sentada junto a él y, cuando terminó la misa, desapareció y vio una paloma que llegó hasta el altar. Pasó aquello y desde hace unos años es el sacristán de la iglesia de

San Juan Bautista del pueblo.

Era tanta la creencia que tenían de que salían los muertos que una vez estuvo a punto de costarle la vida a un albañil que estaba trabajando en el cementerio. Estaba haciendo la fosa de un panteón, le faltó agua y mientras fue por ella al pozo, un tonto del pueblo que se encontraba por allí, apodado "el chitao", se metió dentro de la fosa. Cuando regresó el albañil a reanudar el trabajo, al dejarse caer en el hoyo, el retrasado le cogió las piernas. El albañil, con el susto y sus creencias, no tuvo más salida que decirle: "De parte de Dios te pido que me digas quien eres y que quieres". "Soy el chitao", le contestó el tontuelo. Al albañil le costó la broma más de un año de enfermedad.

Un día me insistió una vecina a que fuéramos a Albatera, porque se había enterado que había allí un espiritista que hablaba con los muertos. Fuimos seis kilómetros andando y allí, preguntando, dimos con un hombre que nos entró en una habitación oscura con tres escalones hacia abajo. Poniendo las manos en una mesa pequeña que movía y los golpes que daba decía que era lo que el difunto contestaba a lo que él preguntaba. Mi vecina quería saber cómo se encontraba su madre, que hacía poco tiempo que había muerto, y según contestaba, se encontraba bien. Yo le dije que le preguntara a la mía, y llamándola por su nombre, le decía que yo estaba allí y quería saber de ella. Mi madre dice que contestó que tenía poca luz y que se encontraba en la misma habitación que había muerto y que no hacía más que llamarnos. El hombre se ve que quiso fastidiarme sintiéndose ofendido porque yo le dije que la mesa la movía él y yo no me creía nada. Volvimos a Cox, ya de noche, andando también; pero nuestra risa y comentarios nos hizo el camino más corto. Cuando se lo conté a la familia, mi hermano que dormía en la habitación donde mi madre había muerto, no quiso acostarse más en ella. Mi abuela se reía del miedo de mi hermano, pues, era en su casa donde murió mi madre y allí dormía mi hermano, porque en la casa que yo tenía sólo había una habitación.

El ambiente de Cox era estar hablando siempre de los muertos. Había gente que decía que tenía la virtud de ver la procesión de los muertos y que veían entre la gente que alumbraba en la procesión a

la persona que iba a morir días después.

A los pobres los enterraban en el suelo, en un ataúd propiedad de la iglesia, y lo más chocante, era que al ataúd le decíamos: "la Josefina". Hacían el entierro y echaban el muerto al hoyo y volvía "la Josefina" a su sitio hasta otro. Había familias que podían pagar un entierro y se aprovechaban de dicho ataúd, aunque después les criticaram diciendo: "Mira que consentir que a su "pare" lo entierren en "la Josefina".

Ahora le dan a los muertos mucha "comodidad". Tienen un panteón para cada dos muertos, los hijos no son enterrados con los padres si no mueren solteros, porque, en cuanto se casan, de lo primero que se preocupan es de hacerse la "casica" en el cementerio, que por muchas veces que lo amplíen siempre se queda pequeño. Hace poco lo visité yo y me llamó la atención uno que han hecho reciente muy lujoso y que parece un comercio, tiene hasta escaparates. "Cementerio, cementerio: siempre triste y siempre serio".

En una temporada que mi hijo se pasó en Madrid, yo me quedaba sola en mi casa y sin ser miedosa, no sé por qué miraba por las noches al acostarme debajo de la cama. Una noche soñé que me cogía las mías una mano muy pálida y muy flaca. Me despertaron mis gritos y, entonces, sí sentía miedo con temor de sacar la mano para encender la luz.

Un domingo, al incorporarme para levantarme por la mañana, sin mucha seguridad de sentirme mareada me volví a acostar. Al rato intenté de nuevo levantarme y entonces me encontré peor. A la tercera vez ya me sentí con gravedad, con vómitos que dieron apenas tiempo de evacuarlo fuera de la cama. Más tarde, como pude, abrí la ventana que la tenía a memos de medio metro de la cama, con el fin de que no olieran tanto cuando me descubrieran. También me puse en buena posición para que no hubiera dificultad para cuando me pusieran en la mortaja. Me sentí feliz, pero la muerte estaba muy lejos todavía. Quizá hará sobre veinte años.

En mi adolescencia, en Orihuela, se visitaba poco el cementerio; lo corriente era el día de Todos los Santos. Para nosotras, las jóvenes, ese día era un espectáculo, ya que no había otro sitio donde ir. Estaba lejísimos e íbamos muy gustosas andando ya que no había

otro medio. En la puerta del cementerio, vendían corona (girasol) y calabaza asada de la que solían comprar un pedazo de ambas cosas principalmente los niños. En nuestras casas también era costumbre de asar una calabaza partida por la mitad, y también se hacían gachas de harina de trigo que una vez frías en el plato se cortaban a cuadritos y se les ponía arrope y matalauva. Por la noche, quien podía iba a ver "la función de Don Juan Tenorio". Ese día, y al siguiente, se hacían las camas muy temprano y con esmero, porque decían que a las doce bajaban las almas del purgatorio a descansar en ellas hasta el día siguiente a la misma hora. Yo me acostaba con temor. Los nichos estaban repletos de velas encendidas y mariposas de aceite. Las emlutadas, sin levantar cabeza del sitio, se pasaban la tarde con llanto y el rosario en los dedos. En aquel tiempo no era moda llevar flores al cementerio, sólo se les ponía a los niños alrededor puesto encima de una mesa y dentro del ataúd, principalmente jazmines. Seguramente por eso no nos gusta la colonia de ese perfume, nos repugna, diciendo que echa olor a "mortichuelo" como se dice por esa tierra.

Nosotras íbamos de nicho en nicho, mirando retratos. A veces nos rompíamos las medias con el tropiezo de alguna cruz de las que había en el suelo. A mí me gustaba visitar todos los años un nicho en el que se leía en su lápida: "¡Como te ves me ví, como me veo te verás; rézame un padre nuestro que Dios te lo pagará!"... En otro nicho también se destacaba un cuadro grande, colgado con la fotografía de una niña en la que sólo era de ella la cabeza, con un cuerpo que le habían aplicado, fachoso, que llamaba la atención a quien pasaba por allí. En esta época no iba yo con Miguel todavía, y no recuerdo que hayamos ido al cementerio juntos alguna vez. La muerte sí que la ponía yo en tema, con frecuencia, sobre nosotros y apretaba los ojos, diciéndome que no hablara de eso.

XXII

No acostumbro a mirar a Miguel en fotografía, y hoy les he dado un repaso a casi todas, y he visto en cada una de ellas, un acontecimiento. Empezando por la que está de niño con sus tres hermanos, lo veo recién salido del tifus. En su aspecto se le nota la reciente salida de la enfermedad, y ahí está el motivo de la fotografía. En la que está con traje de chaqueta y corbata de lazo, a los catorce años, así iba al colegio de los jesuitas. No tengo por costumbre mirar a Miguel en fotografía, y me vuelvo a repetir, me gusta recordarlo a él vivo y así recuerdo todas sus expresiones sin olvidar la imagen de su persona, aunque en algunas fotografías está propio y presencié cuando se las hicieron. Una de ellas de perfil, la publicada en su primera edición de *Viento del pueblo*. Para este libro le hicieron varias, hasta conseguir la auténtica deseada. La posición de Miguel era de pie en la terraza de la casa de Jaén, en la misma terraza en donde nos hicieron la que estamos juntos, a los tres días de casados, tan difundida, hecha por el mismo fotógrafo, Andrés.

Ahora lo miro en una que yo le hice en el campo de Cox el día 13 de agosto de 1936. Está recostado en el suelo con un paisaje de palmeras y montañas y junto a él, un ramillete de piteras. Momentos de felicidad completa. Sin embargo, había pasado este día algo terrible,

que nos enteramos días después. Ahora lo veo sentado en un banco chapado de azulejos escribiendo en aquella terraza de Jaén. Ojeo varias en reunión, en Rusia. Lo miro de niño con el maestro y otros niños y veo el gran parecido a su madre. Ahora en el cementerio de Orihuela, visita que le hizo a Ramón Sijé. "Echado en una sepultura". me decía por carta cuando se la hicieron en abril de 1936. Aquí está muy propio subido en una escalera con las cuartillas recordando a Sijé. Otra veo aquí que está con bañador, en Valencia recién salido del chapuzón.

También tengo algunas, a la vista, en donde estamos juntos en varias ocasiones. En Jaén escribiendo a máquina, en la sierra de Orihuela y Cox. Estoy viendo varias en las que está recitando en una habitación en reunión de amigos. Otra veo que está en el campo de Andalucía, lleva un chaleco blanco de lama de zamarra de cordero, junto a un fotógrafo de los que había en el Altavoz del Frente Sur, llamado Trellez, en el que dicen por error que es Antonio Aparicio. Esta otra fotografía hecha en la guerra, en la que está con los ojos cerrados junto a un árbol, recuerdo que me dijo Miguel, que estaba dentro de una mina, en el frente de Andalucía. Aquí está con el noble toro en los campos de Andalucía. En París de paso para Rusia, con alegría y los ojos muy cansados. Otra tengo en la mano que está en compañía de dos amigos y tres dedicatorias al dorso: "Al amigo Miguel Hernández, Juan Arroyo. Recuerdo de nuestra amistad y de nuestra despedida a Torriente. Antonio Aparicio. Para mi querida Josefina la bonita. Barcelona, 3 de enero de 1936". El año está equivocado, era en 1937. Otra hay hecha en Madrid de 1935, se la hizo para mandármela a mí con esta dedicatoria: "A mi queridísima Josefina con todo el corazón". A él no le gustó como lo sacaron, pues, no está propio ni bien. "Con los ojos retocados de una manera idiota". Otra tengo que está en una barca con las chicas intérpretes que les sirvieron a él y a sus compañeros en el viaje a Rusia. También hay otra en grupo: Está arrodillado, y lleva gorro de miliciano. La primera fotografía, a principio de la guerra. Los tres que le acompañan no sé quiénes son.

Los últimos que veo aquí son los primeros retratos de Miguel publicados. Salieron en el periódico "Estampa". Uno con su ganado de

cabras, y el otro con papeles en la mano y sus ilusiones.

Entre tantos "Recuerdos y lunas" diviso el retrato de una niña de ocho meses. Fue la cariñosa risa de Miguel y le gustaba llevarlo encima, en su cartera. Yo la miro ahora, y digo: "Angelico, que vida más larga la esperaba."



XXIII

Me preocupó siempre, mucho, tener los papeles de Miguel en mi casa, y los llevé en una caja de cartón a casa de mi abuela y mi tía Gertrudis, que los guardaron en un arca. Unos años después murió mi tía, que padecía de cáncer, y entró en la casa una mujer que estuvo al servicio de mi abuela hasta que murió años después. A mi abuela, con más de ochenta años y los avatares de su vida, le marchaba la cabeza poco apropiada para que yo me confiara a tener allí los manuscritos de Miguel. Ya había pasado algún tiempo y me tranquilizó tenerlos en mi casa de nuevo.

Después de un tiempo vino mi tía Concha, con precisión, y me dijo: "Josefina, saca lo que tengas de Miguel que a mi sobrino Antoñico le han hecho un registro en su casa, le han encontrado un libro de Miguel y se lo han llevado preso". Este libro era Viento del pueblo, que Miguel se lo había regalado dedicado a mi tío José y se lo había dejado a él. Este registro que le hizo la guardia civil a este muchacho, fue movido por un complot que decían tenían en el pueblo y como éste había estado preso ya, lo detuvieron de nuevo. Inmediatamente cogí la caja de los manuscritos y se los llevé a Filomena, una prima hermana de mi padre, que también los guardó en su arca, persona muy fiel, pero no sin curiosear el contenido de aquello, incapaz de entender la letra ni su contenido, y a veces me preguntaba: "Josefina

que es eso de "La cola", "El hombrecito"... Había leído la portada del libro Teatro en la guerra. Pues, también estaban en la caja algunos libros de los publicados de Miguel. Dos o tres días después, a consecuencia de este particular, me visitó la guardia civil de Callosa de Segura y yo le dije que no tenía nada, y se marcharon sin insistirme, nada más.

Mi preocupación era constante y cuántas veces le decía yo a Vicente Aleixandre mi deseo de publicación. El me hizo borradores para algunas editoriales. Una de ellas fue a la editorial Losada, de Buenos Aires, diciéndole que se trataba de una obra inhallable, pero eso tenían ellos que verlo. No se atrevieron a publicar nada de Miguel. La editorial Espasa Calpe, sí que sabía que se podía comprometer a publicar El rayo que no cesa. Me costó mucho decidirme a autorizarle dicho libro en las condiciones injustas que me ofrecían, por cuatro mil quinientas pesetas, sin perder yo los derechos del libro, hacer ellos todas las ediciones que quisieran. Era tan grande mi interés de divulgar la obra de Miguel que firmé el contrato en esas condiciones. Después me dijeron que resultaba un libro con muy poca extensión para la Colección Austral, y les autoricé El Silbo Vulmerado y otras composiciones más por tres mil pesetas. En total 7.500 pesetas.

Más adelante le insistí de nuevo a la editorial Losada y, más animados, me dijeron que les enviara el original. Se lo envié y contestaron que le harían un exámen minucioso, y que tal vez se decidieran a publicar la poesía, porque el teatro no iba a tener aceptación en América.

Antes se había decidido la editorial Aguilar. Firmamos contrato el 25 de octubre de 1950. Era una de las editoriales a las que yo me había dirigido. Publicó la Obra Escogida, con bastante original inédito. Todo ese original se lo envié yo a Don Vicente Aleixandre. Y entre él, Leopoldo de Luis, José Luis Cano y dos mecanógrafas que sacaron las copias, se quedó dispuesto y se lo entregaron a la editorial Aguilar. Aquí descansé mucho, porque ya veía que la obra de Miguel no sólo se iba a divulgar, sino, que ya no se iba a perder, que era mi mayor preocupación. Aunque la difusión no fue muy grande,

me sentía más tranquila. Estas copias se sacaron para editorial Losada, y de las mismas se le entregaron más adelante a editorial Aguilar, y cuando al fin se decidió editorial Losada a publicar la obra completa, se añadió más material inédito, copiándolo María de Gracia Ifach, cuando hizo el prólogo para dicha obra completa.

A los doce años de haberme dirigido a editorial Losada, y haberle enviado el original, les dije que me lo devolvieran, puesto que no se habían atrevido a publicarlo. Ellos me contestaron que todo lo contrario, que ya estaba en la imprenta; no estoy muy contenta ni materialmente, ni mucho menos del cuidado de la obra, con una serie de erratas y mala ordenación. Antes se había publicado en Editorial Lautaro de Buenos Aires el libro de Viento del pueblo y Cancionero y Romancero de Ausencias, con prólogo de Elvio Romero, teniendo que lamentar la inexactitud.

Qué terrible fue enterarme que en 1942, en el año que murió Miguel, pobre y abandonado, salieran en Buenos Aires dos ediciones piratas, con prólogo de Rafael Alberti, de El rayo que no cesa en colección Rama de Oro de Ediciones "De mar a mar". Aún ha habido otras ediciones piratas. En 1959 salió en la editorial Quetzal de Buenos Aires la obra Los hijos de la piedra tratando el texto con mucha falta de fidelidad y llevando un prólogo anónimo.

En 1952 salió en editorial Seghers de París una edición que lleva veinte poemas de El rayo que no cesa y mueve de Viento del pueblo, titulándolo con un poema de Viento del pueblo, L' ENFANT LABOUREUR, con una mala traducción por Alice Gascar. Y más adelante sacó este mismo editor el libro de prosa publicado en Madrid en 1957 por Arión, Dentro de luz. El título francés: Au coeur de la lumière, traducido por Mercedes Guillén y Carlos Semprún, publicado en 1961. Mediante las reclamaciones que le hice a este editor me pidió autorización para una extensa selección, que le autoricé por consejo de una amiga. Salió en 1962, con prólogo de Jacinto Luis Guereña con una serie de errores indignantes, en la colección "Poetes d'aujourd'hui". Me dice el editor que no tiene pedidos el libro. Hará dos años, me dijo, que tres que había vendido, se los habían devuelto.

• • •

Vicente Aleixandre, siempre estuvo al cuidado de encaminarme en esta complicada tarea de ir difundiendo la obra de Miguel. El interés de la editorial Espasa-Calpe, en principio fue, por esas 4.500 pesetas, adquirir la propiedad total del libro *El rayo que no cesa*, *El silbo vulnerado*, todo lo que Miguel publicó en la revista *El Gallo Crisis* y siete composiciones inéditas de lo último que escribió. Estos siete poemas inéditos los pude salvar de que entraran en este error, si así se puede llamar, gracias a que me di cuenta, además, de que Aleixandre luchó por ello.

Aleixandre me estuvo orientando más de veinte años después de morir Miguel, me ayudó enviándome dinero y también me enviaban giros a petición de él: José Antonio Muñoz Rojas, Carlos Rodríguez Apiteri, Bernabé Fernández Canivell y José Luis Cano, hasta que ya nos vio protegidos por los derechos de la obra de Miguel.

Vicente y Miguel se quisieron como hermanos. Recuerdo a Miguel con una gran preocupación por la enfermedad de Vicente, y por la recaída que tuvo éste, en tiempo de guerra, en su crónica enfermedad, pues creían que el único riñón que le quedaba se le había dañado, y hasta con el temor de que iba a ser terrible de dolores su acabamiento. En las cartas de Vicente a Miguel se refleja esa gran amistad. En noviembre de 1937 le escribía a Miguel esto:

"Siento que una verdad muy grande me acompaña: La lealtad de tu corazón, con la que hacer camino en la vida. Cuando te llamas hermano, siento que es verdad, lo mismo que cuando nosotros lo llamamos."

Hace unos meses, visité a Vicente en su casa de la calle de su mismo nombre. Alguien recordó lo que tanto se ha escrito de que Vicente orientó a Miguel literariamente. Y muy indignado dijo varias veces: "No, Miguel no necesitó a nadie, fue él solo, él solo que fue un gran poeta, sin ayuda de nadie."

El 17 de diciembre de 1937 le escribía a Miguel entre otras cosas:

"Como todo poeta verdadero serás discutido. La envidia, triste flor de todas las edades, procurará hincarte el diente, aunque se lo melle. Fatalmente, hay que contar contigo, y esto algunos no podrán perdonártelo. Pero todo es bueno,

y al lado de la justicia, la injusticia (para el poeta) de los amargados forma con aquélla el claroscuro en el que se yergue la figura afirmativa del que hace su camino cada vez más libre y seguro."

En esta carta, se despide diciendo:

"Miguel, grandes abrazos de tu hermano Vicente."

En el largo tiempo de mi correspondencia con Aleixandre, lo he visto recordar a Miguel siempre con verdadero sentimiento. No tengo, por desgracia, su telegrama y su carta que me mandó de pésame, pero en el primer aniversario de su muerte, me mandaba su recuerdo en ese día:

"Querida Josefina: no puedo olvidar que mañana, día 28, se cumple el aniversario de la triste fecha de la muerte de Miguel, y no quiero en este día dejar de recordarle con Vd. El tiempo pasa de prisa, pero, sin embargo, parece de ayer mismo la desgracia. Cada día que pasa me parece verle más limpiamente, con aquel corazón tan noble, aquella bondad suya y aquella lealtad en el cariño y en la amistad que me hacía sentirle como un hermano. El día de mañana es un día triste para Vd., y quiero que sepa que en ese día la recuerdo y que en él la acompaño en la memoria del inolvidable Miguel."

Y en otra ocasión, me dice Vicente en su carta:

"¡Cómo pasa el tiempo! ¿Verdad, Josefina? De Miguel me acuerdo mucho, continuamente, y tengo la alegría y el orgullo ver que su nombre y fama de poeta, lejos de amenguar con el tiempo, más bien aumenta. Es una justicia que se hace a su gran talento. Yo recuerdo su gran talento, pero también su gran corazón de hombre bueno, bueno. El que le ha conocido no le puede olvidar."

. . .

Tengo un baúl de madera de haya, tallado con las iniciales de mi madre y mías: "J.M." Su primer viaje fue a Jaén con un ajuar de 1915; sábanas con vueltas de puntillas y una colcha blanca de gamchillo, que yo conservo confeccionada por la mano de mi madre mientras festejaba. Mi padre se encargaba de cortarle el hilo del ovillo como protesta, porque creía que atendía a la labor más que a él.

El mismo baúl que de muy niña le quité de encima de la bandeja

una pieza de dos pesetas en plata. ¿Para qué quería yo aquellas dos pesetas? Se las devolví a mi madre diciéndole que me las había encontrado. ¿Dos pecados o ninguno?

En este baúl estuvieron guardados los papeles de Miguel. Otras veces no ha tenido más que andrajos. Hace un mes que ha llevado el XVI traslado, y otra vez han encontrado su refugio los papeles de Miguel envueltos con alguna ropa para darles sujeción y mejor seguridad en él.

El más perjudicado ha sido el baúl, que ha perdido dos pedazos de moldura y un asa, pero no se queja. Continúa con su brillo, su bondad, "su buena madera". Por mi parte no pienso darle más traslados, a él, ni a mí, ni a los papeles. A la gente le llama la atención por lo bonito y su antigüedad. Yo lo aprecio más por dentro que por fuera, aunque sus iniciales las miro siempre. ¡Cuánto me gustaba de pequeña escarbar en el baúl!



XXIV

Revisando el archivo que tengo de los papeles de Miguel he encontrado unos borradores de cartas que escribió a algunos amigos, casi todos de la época en que se firmaba Miguel Hernández Giner, segundo apellido de su madre; decía que le gustaba más ese apellido que Gilbert, su segundo apellido. Doy a conocer aquí unos fragmentos de dichos borradores.

Hay un borrador, dirigido al pintor Benjamín Palencia, en el que dice:

"Estoy acabando de terminar un libro lírico: El silbo vulmerado... un libro como tú me pedías, de pájaros, corderos, piedras, cardos, aires y almendros."

En un borrador a José Bergamín le dice así:

"¡Qué rabioso tiene amigo querido, a nuestro Sijé con sus juicios de nuestra revista."

En otro dice:

"Ya me explico lo de su posición con respecto a la revista nuestra. Ve en ella ¿no? catolicismo exacerbado, intransigente, resultante de la soledad y el carácter soberbio e impetuoso de Sijé. Yo no le diré nunca nada, porque se irritaría. Ahora quiere que demos un almanaque para marzo con los cuatro evangelios relacionados con cuatro estaciones. Yo voy a escribir una plática mía de pastor en el almendro que ha florecido cuatro en este enero y tal vez,

una serie de consejos campesinos para cada mes."

Mientras tanto, Sijé se interesaba por la opinión de José Bergamín, sobre su revista. En diciembre de 1934 se encontraba Miguel en Madrid con quince días para resolver sus asuntos y sus ilusiones de estreñar sus obras. Y Ramón Sijé le decía en carta 3-12-34:

"¡Cómo he sentido ahora nuestra separación!. Hubiera querido acompañarte en tus andanzas: Tú solo en Madrid, con tu valentía como un ser y una cosa extraña: por humano o extrahumano. ¿Qué dice nuestro amigo José Bergamín? Háblame largo de él: de la situación de sus posiciones respecto de las de "El gallo crisis."

Al final se despide así:

"En fin, aquí te dejo con ese Madrid antikevedesco que a mí y a tí ahoga.

Aquí me tienes: como si estuviera ahí. Porque antes de escritor soy un hombre, y si pequeñas diferencias vanidosas nos han separado inocentemente alguna vez, hoy, ya más puro, me veo compenetrado, cristalinamente contigo.

Recuerdos de Josefina, con abrazos de Ramón Sijé."

En otro borrador dice Miguel:

"Amigo Bergamín: Desde ayer lunes, tengo la triste categoría de obrero parado situación desesperada. No he tenido más remedio. No se puede figurar qué de humillaciones, de insultos, de menesteres bajos he sufrido para llegar a pararme. Me duele y me avergüenza decirlo."

Y a continuación le pide ayuda.

Para José Bergamín hay otro borrador que le dice:

"Ahí van esos dos nombres: "Quien te ha visto y quien te ve" y "El hombre asunto del cielo"; si tiene amigo Bergamín alguno y no lo son bien parecidos éstos dígamelo. Espero ocupado y preocupado por muchas cosas, palabras y alientos suyos. Miguel Hernández..."

Es posible que Miguel sacara el título del Auto Sacramental, de dichos populares que circulaban por Orihuela. Era muy corriente decir: "Quién te ha visto y quien te ve, no eres mi tu sombra". También acostumbraban a exclamar: "Dios lo sabe y se lo calla".

A Ramón Sijé le dice, en la primera carta que le escribe desde

Madrid, recién llegado de su primer viaje en el tren:

"He pasado la noche mirándome un gesto triste en el cristal de la ventanilla sin estrellas... Estoy rendido ... Perdóname... Mañana te escribiré largamente. El sueño me postra los ojos... Adiós."

Y se firma: Jorge Lorca.

A Raimundo de los Reyes, refiriéndose a Perito en lunas, dice:

"He hallado otro título, me parece más feliz más breve y sencillo, y creo explica mejor el libro: POLIEDROS."

Y en otra carta le dice:

"Ahí le envío cinco octavas más, si no le ha de reportar perjuicios póngale estas con las que le dije en lugar de éstas que le había mandado. Perdona, amigo Raimundo, pero es que quiero, ya que voy a publicarme, hacerlo como lo mejor mío."

En otro borrador le dice:

"He recibido carta y telegrama suyos. Por la lectura de la carta presumo no llegó a sus manos la que le envié a los cinco días (no estoy seguro) de nuestra entrevista, mi visita en su casa a usted. En ella le enviaba mi traducción del Remero, de Paúl Valery y cinco octavas para sustituir. (...) Espéreme el jueves próximo por la tarde con sus amigos, si puede. Si jé no vendrá conmigo, pues me he disgustado seriamente con él."

De Federico García Lorca, además de tres cartas que se publicaron (cuyos borradores se hallan en mi archivo), poseo otra en la que Miguel le decía a este poeta sobre "El torero más valiente":

"Querido Federico amigo. Ya estoy en mi huerto escribiéndote con una paz de aceite derramado. Quiero que me digas lo más enseguida que puedas cómo va mi asunto. Interésate con toda tu buena voluntad por él, por mí. Ya sabes espero lo que resulte con un ansia de perro hambón."

A Luis Felipe Vivanco le motifica que:

"A fines de febrero saldrá desde Murcia mí El silbo vulnerado casi todo de la poesía que estoy haciendo en estos momentos críticos de mi vida y mi huerto. Casi todo escrito en un ay: casi todo sangre."

A Pablo Neruda le contesta:

"Si supiera lo que he agradecido su carta... me escribiría otra inmediatamente, (...) No sé, amigo Pablo, por qué cosas me pregunta. ¿Las líricas de un poema? ¿Las trágicas de mi vida? Aquellas van regular, éstas de mal en peor."

En otro borrador a Pablo Neruda encabeza así la carta:

"Desde Orihuela ¿Quién se lo ha dicho que me he venido, querido Pablo? Me despido de usted. Una carta desesperada o mi bolsillo casi acabado me hizo precipitar mi viaje. He sentido bastante no verle para matrimoniar muestras mamos y divorciarlas con un adiós te encomiendo."

Hay otro borrador de carta dirigida a don José Martínez Arenas pidiéndole un favor, y recordándole promesa, y le dice:

"Piense que los poetas no olvidamos nada, que nos acordamos de todo."

El borrador empieza así:

"Amigo ahora que es usted Diputado más don José."

Y también hay un borrador dirigido al alcalde de Orihuela:

"Muy señor mío: Hace más de un año, siendo alcalde Lucas Parra se acordó asignarme una pensión. No recuerdo si era de diez o doce duros al mes con el objeto de ayudarme a perfeccionarme mis cualidades de poeta que soy. Y por motivos de verdad tristes, no llegó a mis manos nada más que un mes."

Existe otro borrador que se dirige al periódico ABC diciéndole que les envía un poema: sobre la muerte del torero Sánchez Mejías. Pidiéndoles su publicación, el cual lo rechazaron, según dice una circular de dicho periódico, que también se halla en mi archivo. Al final advierte:

"Le ruego confiado en su publicación, no corrija ni enmiende las formas en que van colocadas las admiraciones, guiones, y demás gramaticales del poema. Cópielo fielmente."

A Pedro Pérez Cloter, le dice en otro borrador:

"Dentro de unos días, diez... doce, voy de nuevo a Madrid. "El torero más valiente", tragedia española, mía, me lleva en busca de teatro allí. Además, también

quiero ver si estreno, "El auto sacramental". Tengo en preparación muchas cosas... El cine me atrae irresistible. Yo siempre atormentado por mi imaginación."

En otro borrador le explica así:

"Estoy acabando mi segundo libro para enviarlo a octubre al concurso Nacional. Definitivo original. Poemas de factura clásica. Al revés de "Perito en lunas", éste es un libro descendido y descendiente del sol, solar. Claro y concreto."

En un borrador a Jesús Poveda, que se encontraba en 1932 haciendo el servicio militar en Cartagena, en la marina, le decía que quería ser marino, y le pide detalles de cómo había de redactar la instancia para poder ingresar él en ese cuerpo, y le advertía:

"No pretendas obstaculizar mis deseos, amigo Poveda. Aunque sé que he de padecer servidumbre, que odio, he de marchar. Ya te contaré despacio lo que me sucede."

Miguel se libró por número del servicio militar y para él fue tener mala suerte. Hizo en Alicante gestiones para ver de poder ir al servicio y no fue posible. Él quería irse ese año de servicio militar, pensando en los descansos que pudiera tener, para trabajar en su poesía ya que con la comida segura le hubiera sido más fácil y con más sosiego. Desde la cárcel le decía Miguel a su madre:

"Madre, aquí se está como en un cuartel y me hago la idea de que hago el servicio militar que no hice antes."

A Luis Rosales le dice en otro borrador:

"¡Qué día de serenidad y sol éste siguiente al de mi regreso! ¿Cuándo piensas venir por aquí? Cuando sea la hora de la flor del almendro ¿no?"

Al poeta Juan Sansano de Orihuela le dice:

"Ahí en Alicante se han quedado respecto a la poesía, como respecto a otras cosas, en Campoamor. Comprendo que no hayan comprendido el libro y no vean su valor."

Se trata del libro "Perito en lunas".

"Mi vida es la misma, con el mismo aburrimiento de no hacer nada para levantar España." Esto me decía Miguel desde la cárcel, y

en otra carta me contaba sus quehaceres allí:

"Som cerca de las ocho de la tarde y dentro de una hora tendré mi petate en mis dos ladrillos y medio de cama y a dormir hasta las seis y media de la mañana, hora en que me despierta la cormeta, durante el día me recontarán y volverán a recontarme tres veces y haré algunas cosas más que me ordena el reglamento penitenciario. Con estos días tan largos hay tiempo para muchas cosas más. Esto si que es perder el tiempo, mena, aunque yo me preocupo de aprovecharlo cuanto puedo y sé que algún día pronto, te darás cuenta de todo lo que he hecho y hago por mi hijo y por ti."

En otra carta continúa el mismo tema y dice:

"No desprovecho el tiempo, Josefina, no. Estoy dispuesto a servir a mi hijo cuanto pueda, a defenderle de toda clase de miserias, y cuando me lo permite esta cabeza tan loca estudio. Es un deber que me he impuesto, así como otros muchos de que te daré cuenta un día muy cercano."

Uno de los quehaceres y consuelo de Miguel en la cárcel era hacerle juguetes a su hijo. Una de las veces le envió un caballo y un carro perfectamente iguales a los normales del trabajo del agricultor. En la tablilla ponía las señas del niño y la profesión: "Ajero", ya que en Cox se cosechan los ajos mucho. Y Miguel, unas veces dirigiéndose al niño y otras a mí, ¡en cuántas cartas nos comentaba el carro con el caballo de serrín!

"Hoy he acabado el carro y el caballo: un juguete muy bonito para mi Manolillo."

"¿Y tú, qué dices, hijo? Me dirás si te gusta ese caballo y eso que te digo para tu cumpleaños. Pero te gustará muchísimo más el carro con el caballo de serrín que voy a enviarte dentro de poco, si no se pierde en el camino, como el perro."

"No he podido mandar los juguetes que le tengo fabricados a mano: un carro precioso pintado de varios colores y un caballo blanco y rubio de serrín, casi de tamaño natural. Hoy salen de aquí para Madrid, desde donde irán directamente a Orihuela por ferrocarril. Creo que llegarán a las manos de mi niño con menos retraso que el perro, ya que un caballo, siempre avanza y se traga el camino más deprisa que un perro y éste es de los que trotan como si volaran. Ahora voy a fabricar un popeye y otras tonterías más para cuando vengáis y pueda dárselas yo en sus mismas manos."

"Dime si has recibido el caballo y el carro que te mandé. Al caballo le metí en la barriga una sorpresa que saldrá en cuanto lo rompas si no se pierde en el camino. No sé qué pasa con tus juguetes que se retrasan, el perro por ser perro y el caballo por llevar carro. A lo mejor llego yo antes que ellos, que te agradará más."

Cuando recibimos estos juguetes, mis hermanas, decididas, cogieron la tijera para abrirle al caballo la barriga, pero yo lo impedí pensando que era una broma de Miguel. Ya había muerto Miguel, un día vi el caballo tirado en el corral y humedecido por las lluvias, y es entonces cuando me dominó mi deseo de abrirle la barriga y encontrarme con la sorpresa. Eran unos pliegos con una letra emborronada, que sólo pude descifrar muy repetidamente la palabra Josefina. El carro lo conservamos aunque sin las ruedas. Era el deseo de Miguel de que el niño rompiera los juguetes que el enviaba.

"Déjalo que los rompa y los remate mi hijo que para eso han sido fabricados por su padre."

Y no era el niño solo el que jugaba con ellos. Eran unos juguetes que también los disfrutaban los demás chiquillos de la calle. Y el carro no pudo resistir las piedras que le cargaban, y las ruedas y otras piezas desaparecieron. El propietario lo guarda con mucho sentimiento y quiere que lo restauren.

Aquí se dirige al niño y le dice:

"Estoy haciendo para ti un perro que anda como los de verdad. En cuanto lo termine te lo mandaré, pero has de cuidar de que no te muerda. No ladra ni come, morder, y andar, sí. Y lo estoy haciendo de los más rabiosos para que tú lo ates en el patio y guarde la casa de los ladrones. Tiene las orejas muy largas para que le des tirones y es de madera.

"He terminado el perro. Anda muy bien. Ahora falta pintarlo. Esta semana te lo mandaré. Le gustará mucho a mi hijo. Es así."

Y en la carta venía el perro dibujado.

"Le atarás un hilo a la trompa, y tirándole con suavidad, andará como los otros."

"Sabrás que el perro ya va de camino, en busca de su querido amo. Lo he hecho yo y por eso me parece mejor ju-

guete para mi Manolillo. Anda, pero en piso fino, y sobre maderas inclinadas anda solo. Es muy señorito, como yo, y por eso no quiere andar en terreno de tierra. Los señoritos somos así, qué le vamos a hacer."

"El perro no te habrá llegado porque me han dicho hoy que no han podido enviarlo en toda la semana. Creo que ésta si que llegará con la lengua fuera de la boca a lamer las manos de Manolillo, que es lo que le he dicho que haga en cuanto llegue."

"Estoy haciendo otro juguete para Manolillo. Ahora es un gato. Se lo llevará la tía."

Había ido mi tía a Madrid a operarse y fue algunas veces a comunicarse con Miguel, y con ella me envió algún juguete.

"Estoy haciendo otro perro a nuestro hijo: ya no es gato. Se lo llevará la tía para que no se pierda."

"¿Está ahí la tía? Si viene a verme aún esta semana se llevará otro perro, para que mi niño lo rompa jugando."

"Dime si el perro ha llegado por fin. No me gustaría saber que se ha perdido."

"Te mando esos mamarrachos para el niño, para que los haga pedazos en cuanto caigan en sus manos."

"Ahora acabo de saber que la tía marcha a Cox pronto, y que los juguetes para Manolillo, que están aún en Madrid, te los llevará ella."

Y así podría poner muchas citas de sus cartas de esa época.

El 23 de mayo de 1941, esperando el traslado para la prisión de Alicante, me decía:

"En cuanto he sabido que saldré de un día a otro, me he puesto a hacer unos juguetes a Manolillo, que están a punto de estar terminados para sus manos: son un camello, un popeye y un gurriato. Estoy seguro de que le gustarán a mi niño, y pienso ganarme su confianza con ellos, porque si no le llevo nada no sé como puede empezar a quererme y confiar en mí."

"Si me vieras: llevo varios días hecho un pintor, con la brocha en la mano y la pintura en un plato pintando los juguetes para Manolillo. El caballo que es una jirafa al fin, está acabado y mañana quedarán los otros dos muñecos igualmente. Supongo que la burra y el caballo no serán ya ni su sombra, que quedarán muy poco si queda algo de ellos."

"Están embalados y metidos en la maleta los juguetes y sé que le gustarán más que el anterior porque lleva más colorines."

"Se me están apolillando los juguetes de Manolillo y muriéndose de risa en la maleta."

"No quiero perder la esperanza de que voy a ver pronto a mi hijo, no puedo dejar de verle para darle los juguetes."

En la prisión de Alicante le hizo un par de alpargatas al niño y otro para su sobrino, hijo de su hermana Elvira, y me decía así:

"Espero me mandes la tela tú o Elvira."

Refiriéndose a la vez que el niño entró en la cárcel a comer con él el día de las Mercedes me decía:

"Manolillo ha estado enfadado ayer y debe ser porque no le invito a comer de nuevo. Hoy recogerás sus alpargatas y otro par para Paquito."

• • •

Y así se fue Miguel al otro mundo: con todas sus ilusiones, con todos sus deseos, con toda su honradez, y con toda la tristeza que solamente sé yo.

